

JUAN GRAVE



La
Sociedad
Moribunda
y La Anarquía

BUENOS AIRES

LIBRERIA SOCIOLOGICA, CORRIENTES 2041

1902

75 B8=

Envoyé par V.M.

LA SOCIEDAD MORIBUNDA

y

LA ANARQUIA

JUAN GRAVE

LA SOCIEDAD MORIBUNDA

- Y -

LA ANARQUIA

—> Traducción de PEDRO ESTEVE <—



BUENOS AIRES
LIBRERÍA SOCIOLOGICA, CORRIENTES 2041

1902

JUAN GRAVE

SU VIDA Y SUS OBRAS

En el año de 1854, nació Juan Grave en Alvernia, país roqueño situado en el mediodía de Francia. Quizás por esto hay en él algo de irreducible, de estable, de inmoble, á semejanza de las rocas de sus montañas.

Hijo de una familia de obreros menesterosos, fué victima, desde la más tierna edad, de todos los males que acarrea una existencia mísera, cuya atmósfera asfixia las naturalezas mejor organizadas.

Después de haber adquirido una instrucción rudimentaria, aprendió de su padre el oficio de zapatero, que él mismo ejercía. Dotado de una timidez extremada, asaz perjudicial para sacudir la existencia casera que llevaba, empleó la fuerza de su espíritu en el estudio, buscando en él y en la reflexión, los goces que le negaban su precaria condición y su aislamiento.

Llegada la hora de ingresar en el ejército, entró en él sin entusiasmo y con repugnancia, porque había comprendido ya, en parte, la abyección de ese oficio de esclavo. Destináronle á Brest, á un regimiento de infantería de marina. Allí la preconcebida aversión al militarismo encontró la causa. No obstante, como hombre concienzudo que procura hacer bien todo lo que hace,—aun las más ingratas tareas—no fué mal soldado.

Cumplió como bueno.



Al cabo de un año, un suceso imprevisto vino á librarle del servicio militar; su padre había muerto y en consecuencia Gravé fué dispensado de los cuatro años que le quedaban, en virtud de ser él el sostén de la familia.

Hele aquí de nuevo en pugna con la existencia. Al continuar su oficio de zapatero, prosigue sus estudios, y su instrucción, algo desordenada por la ausencia de método, es ventajosamente sustituida por una inteligencia de primer orden, una fuerza de voluntad inquebrantable y un inflexible lógica, que hacen buen conjunto con su invulnerable sentido común.

Como era muy natural, las dificultades de su vida le llevaron á fijarse en las causas de la miseria y á interesarse en los remedios. Comprendió que á pesar del ardor que desplegaba en su trabajo y á pesar de todos los esfuerzos que hacía para buscarlo, permanecía siempre en la miseria; que si alrededor de él veía un sinnúmero de trabajadores en igual situación, era porque los elementos productivos, así como los productos del trabajo, lejos de hallarse á disposición de aquel ó de aquellos que quieren aprovecharlos para su consumo ó para su producción, al contrario: estaban en poder de algunos que no autorizan su uso sino mediante el cambio de un valor superior á su valor real.

Al principio fué socialista demócrata. Frecuentó las reuniones y no tardó en tomar parte activa en el movimiento que acababa de ser recrudecido por la vuelta á Francia de los deportados y de los emigrados de la *Commune*.

Tiene profundos conocimientos de sociología y de antropología, conseguidos á fuerza de constancia, entre el rudo trabajo que se vió obligado á ejercer. Cuando hace cerca de veinte años, se apoderó de él el entusiasmo por el Ideal, comprendió que en su cerebro existía una chispa de genio, envuelta en la ignorancia. Entonces siente vivos deseos de instruirse, de hacerse culto, casi docto, para hacer brotar de aquella escondida chispa otros resplandores más vívidos, otras luces de propaganda y de fé para su partido.

Del Socialismo, Gravé, pasó al Anarquismo comunista. En 1883, cuando Kropotkine fué expulsado de Suiza, refugiándose en Thonon, donde fué arrestado á causa del famoso proceso de Lyon, Gravé trasladóse á Ginebra á fin de continuar la publicación de *Le Révolté*, publicación fundada por Eliseo Reclus y por Kropotkine, y amenazada de muerte por la prisión de este último.

Aquel pequeño periódico que venía muy calmoso, sin violencias inútiles, sin ociosas declaraciones, diciendo la verdad al pue-

blo, pareció á la burguesía un peligro mucho más terrible que los ensordecedores ruidos, frecuentemente desproporcionados, de un sinnúmero de diarios. Comprendió que el verdadero peligro para ella estaba allí: en una crítica motivada, documentada é implacable de los mentidos principios sobre los cuales descansa la sociedad presente, porque aquella crítica tiene por inevitable resultado la formación de hombres conscientes, á quienes impostura alguna logra doblegar. Resolvióse pues, en consecuencia, atajar el mal en su raíz.

Como no existía el mínimo motivo fué necesario apelar á la táctica de siempre: inventarlo. Los gobiernos alemán, suizo y francés se entendieron para fraguar el complot. Acusóse á los anarquistas de haber querido volar el Palacio Federal y con tal motivo realizáronse detenciones.

Gravé volvió á Francia, expulsado de Suiza, y continuó en París la publicación de *Le Révolté*. Apelando al pretexto de que *Le Révolté* había publicado en sus columnas una comunicación de un grupo de los *Antipatriotas* que había organizado una lotería sin autorización, condenóse al gerente del periódico á un mes de cárcel y *mil francos de multa*. De este modo pensábase herir de muerte al molesto periódico. Pero contra la mala fé de los legisladores existe la astucia. *Le Révolté* desapareció, y en su lugar apareció, sin ninguna interrupción, *La Révolte*.

En 1891, Gravé, gerente de *La Révolte*, fué condenado á seis meses de cárcel por un artículo contra el militarismo. Durante su prisión en Santa Pelagia, ocupó los momentos de ocio en escribir una novela contra el ejército: *La gran familia*, que no se publicó hasta 1896.

Un año después apareció la primera edición de *La sociedad moribunda y la anarquía*, crítica seria y despiadada de la presente organización social.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1893-94. La bomba que Augusto Vaillant arrojó en el salón de sesiones en la Cámara de los Diputados, fué la señal de nuevas persecuciones, tan ciegas como encarnizadas, contra los anarquistas.

El 6 de Enero de 1894, Gravé fué arrestado. La inculpación contra este hombre honrado, leal y probo hasta la timidez algunas veces, formulábase así: "miembro de una sociedad de malhechores". Pero como debido á la incertidumbre del suceso, el Jurado no podía conular con ruedas de molino, se buscó otro pretexto para retener más tiempo en la cárcel al que consideraban jefe de los anarquistas. Una nueva edición de *La sociedad moribunda y*

La *anarquía* que acababa de aparecer, fué el pretexto. Con la primera edición, publicada dos años antes, nada podía hacerse, pues según la ley francesa, en materia de imprenta las persecuciones caducan á los tres meses.

Y Grave fué condenado el 20 de Febrero siguiente á dos años de cárcel, y las dos ediciones prohibidas.

Obtenida esta nueva condena, se esperaba que merced á ella, se lograría mandar á Grave á trabajos forzados con unos treinta anarquistas más, escogidos expressamente de entre los más significados. Pero una vez hecha la publicidad de las ideas anarquistas y de sus propagandistas, las dilucidaciones propagadas por los periódicos sobre el carácter y vida de algunos de estos últimos, hicieron comprender al público que los anarquistas no eran aquellos sanguinarios malhechores que el Gobierno pretendía y que la pasión política pretende algunas veces, sino hombres dotados de un grande amor por la justicia y la humanidad.

Por esta razón, cuando los anarquistas comparecieron ante el Jurado, éste no quiso prestarse á la odiosa comedia que se venía representando. Hizo la selección entre los anarquistas y los ladrones, condenando á éstos y absolviendo á aquéllos.

Entonces Grave fué trasladado á la cárcel central de Clairvaux, de donde salió, debido á un indulto para los delitos políticos, en el mes de Enero de 1895.

En libertad apenas, entró de nuevo en la lid. En el siguiente mes de Mayo *La Récolte* se transforma en *Les Temps Nouveaux* que aún continúa. A la vez que atendía á la publicación de este órgano, Grave seguía desarrollando su concepción social en obras que iban apareciendo sucesivamente: en 1895, *La Sociedad Futura*, escrita durante su detención en Clairvaux; luego *La Gran Familia* (1896). *El individuo y la sociedad* (1897) y ultimamente *La Anarquía, fin y medios*.

Es Grave la personificación de la honestidad, de la probidad, de la lealtad y del escrúpulo. No ha mentido nunca ni mentará jamás. En su último proceso por el libro *La Sociedad moribunda y la Anarquía*, Reclus, que fué llamado á declarar, dijo de él: "Es uno de aquellos raros hombres que jamás mintieron".

Por su carácter íntegro, sólido, escrupuloso para su doctrina, Grave es muy estimado, aún por sus adversarios. En el mundo literario, en el verdadero mundo de aquellos que viven la literatura—permítase la frase—Grave cuenta con grandísimas simpatías personales. Cuando en el proceso antes citado—por el que fué condenado á tres años de prisión—el presidente preguntó irónicamente

á un literato, á Octavio Mirbeau: "¿Es apreciado Grave en el mundo literario?" Mirbeau respondió aún más irónicamente: "Disfrutamos, señor presidente; ¿de qué mundo literario queréis decir? Ya sabéis que se puede ir desde la Academia hasta el *Gato Negro*. (Este último es un café de artistas bohemios, disolutos). "Grave, el demoleedor de la sociedad burguesa, no es estimado en las instituciones burguesas del privilegio literario, en la Academia. No es un político, ni de política entiende. Vé más lejos, vive en otro ambiente, siente más profundamente".

Quizás por ser poco accesible, como amante de la soledad, se le atribuye algo de sectarismo. Lo cierto es que muchos no le han comprendido y otros comprendieronle mal.

No obstante sus 45 años, Grave se conserva célibe. Pasa los días, de la mañana á la noche, en la redacción de *Les Temps Nouveaux*, calle Munffettard número 140. El bravo anárquico tiene pasión por las flores. Trabaja, en su mesa de redacción, rodeado de flores, entre crisantemas.

Conserva la *blusa* del obrero, una larga blusa negra que trae siempre puesta, en casa y fuera.

Tiene una cabeza simpática, cubierta de cabellos grises, largos y sueltos, un poco á lo Daudet, rostro y frente de generosidad, sonrisa dulce, acento más dulce aún, mirada dulcísima. Es el verdadero tipo del anárquico, que sabe elevarse sobre la vulgaridad de la masa, exclusivamente por su fé en el ideal.

Para terminar, una última nota característica: Grave recoge todos los sellos de correo usados que los compañeros le envían, los amontona, los clasifica, y los vende para la propaganda: los buenos á un lado, los comunes á dos francos el kilógramo.

PREFACIO

Tengo un amigo que hace uso de toda su buena voluntad, verdaderamente encantadora, para comprender las cosas. Con toda naturalidad aspira á lo que es simple, grandé y bello. Pero su educación, cercada de las preocupaciones y mentiras inherentes á toda educación llamada superior, le detiene, casi siempre, en sus ímpetus de redención espiritual. Quisiera despojarse completamente de las ideas tradicionales, de las seculares rútinias en que á pesar suyo, su espíritu está empapado, y no puede. A menudo viene á verme y platicamos largamente. Las doctrinas anarquistas, tan calumniadas por unos como desconocidas por otros, le preocupan; y su gran honradez le permite, sino aceptarlas todas, por lo menos concebirlas. No cree, como muchos de los de su clase, que consistan únicamente en derribar las casas. Entrevé, por el contrario, en medio de una niebla que se

disipará seguramente, formas armónicas y bellezas; y se interesa por ellas como por una cosa que se ama, una cosa un poco terrible aun, que se teme porque no se la comprende bien.

Mi amigo ha leído los admirables libros de Kropotkine, las elocuentes, fervientes y sabias protestas de Eliseo Reclus contra la impiedad de los gobiernos y de las sociedades basadas sobre el crimen. De Bakounine conoce lo que los periódicos anarquistas, aquí y allá, han publicado. Ha estudiado al sin igual Proudhon y al aristócrata Spencer. En fin, recientemente, las declaraciones de Etievant le conmovieron. Todo esto le transporta, por un momento, á las alturas donde la inteligencia se purifica. Pero de sus breves excursiones á través del ideal, retorna más confuso que nunca. Mil obstáculos, puramente subjetivos, le detienen; se pierde en una infinidad de dudas, en un inextricable bosque del que me pide á veces le saque.

Como ayer mismo me confiara el tormento de su alma, le dije:

—Grave, de quien conocéis el juicioso y varonil espíritu, va á publicar un libro: *La Sociedad Moribunda y la Anarquía*. Este libro es una obra maestra de lógica. Está lleno de luz. No es el grito del sectario, ciego y limitado, ni tampoco el reclamo del propagandista ambicioso: es la obra pesada, pensada, razonada, de un apasionado, es verdad, de uno «que tiene fé», pero que sabe, compara, analiza, y que, con singular clarovidencia de crítica, evolucio-

na entre los hechos de la historia social, las lecciones de la ciencia, los problemas de la filosofía, para llegar á las conclusiones infranqueables que conocéis y de las cuales no podéis negar ni la grandeza, ni la justicia.

Mi amigo me interrumpió vivamente:

—Yo no niego nada... Comprendo, en efecto, que Grave, cuyas ardientes campañas en *La Révolte* he observado con atención, sueña con la supresión del Estado, por ejemplo. Yo, que no tengo su firmeza y ardor, también sueño con ella. El Estado pesa sobre el individuo de un modo cada día más aniquilador, más intolerable. Del hombre, á quien enerva y embrutece, no hace más que un fardo de impuestos. Su única misión es vivir de él, como el piojo vive de la bestia sobre que ha posado sus chapudores. El Estado se apodera del dinero del hombre, fatigosamente ganado en este presidio: el trabajo; le roba su libertad, á cada instante entorpecida por las leyes; desde que nace, mata administrativamente sus facultades individuales, ó las falsea, que viene á ser lo mismo. Asesino y ladrón, sí; tengo bien formada la convicción de que el Estado es doblemente criminal. Cuando el hombre comienza á andar, le quiebra las piernas; cuando tiende los brazos, se los rompe; cuando osa pensar, el Estado le coge el cráneo, y le dice: «Camina, defiéndete y piensa».

—Y bien?—repuse yo.

Mi amigo continuó:

—La anarquía, por el contrario, es la recon-

quista del individuo, es la libertad de desarrollo del individuo en un sentido normal y harmónico. Se la puede definir en una frase: la utilización espontánea de todas las energías humanas, criminalmente despilfarradas por el Estado. No ignoro esto... y comprendo por qué toda la juventud artista y pensadora,—la flor y nata contemporánea,—observa con impaciencia como aparece esta aurora esperada, en la que entrevé, no solamente un ideal de justicia, sino de belleza.

—Y bien?—dije de nuevo.

—Y bien, una cosa me inquieta y me espanta: el lado terrorista de la anarquía. Repugno los medios violentos; me horroriza la sangre y la muerte, y quisiera que la anarquía esperase su triunfo sólo de la justicia del porvenir.

—¿Creéis, pues,—repliqué,—que los anarquistas sean bebedores de sangre? ¿No sentís, por el contrario, toda la inmensa ternura, todo el inmenso amor á la vida de que está repleto el corazón de un Kropotkine? ¡Ah! esas son tristezas inseparables de todas las luchas humanas, y contra las cuales nada se puede.... Más... ¿queréis que os haga una comparación clásica? La tierra está seca y triste, todas las pequeñas plantas, todas las pequeñas flores son abrasadas por un ardiente, por un persistente sol de muerte; se marchitan, se inclinan, van á morir... Pero he aquí que una nube ennegrece el horizonte, avanza y cubre el cielo abrasado. Brilla el rayo y el agua chorrea

sobre la tierra conmovida. ¿Qué importa que el rayo haya roto, aquí y allá, un roble corpulento si las pequeñas plantas que iban á morir, las pequeñas plantas abrevadas y frescas, enderezan su tallo y remontan sus flores al aire vuelto á la calma? No hay que conmovirse demasiado, como veis, por la muerte de los robles voraces... Leed el libro de Grave... Grave ha dicho, á propósito de esto, cosas excelentes. Y si después de haber leído este libro donde tantas ideas se debaten y esclarecen; si después de haberlo meditado, como conviene hacer con una obra de tal potencia intelectual, no lográis formaros una opinión estable y tranquila, mejor será, os lo advierto, que renunciéis á llegar á ser el anarquista que podríais ser, y que continuéis siendo el buen burgués, el impenitente y cerril burgués, el burgués «á pesar suyo», como vos lo soís, quizá....

Octavio MIRBEAU.

La Sociedad moribunda y la Anarquía

I

La idea anarquista y su desarrollo

Anarquía quiere decir negación de la autoridad. La autoridad pretende legitimar su existencia con la necesidad de defender las instituciones sociales: Familia, Religión, Propiedad, etc., y con este objeto ha creado una multitud de engranajes para asegurar su ejercicio y su sanción. Los principales son: la Ley, la Magistratura, el Ejército, el Poder legislativo, ejecutivo, etc. De suerte que, forzada á responder á todo, la idea anarquista ha debido acometer á todas las preocupaciones sociales, penetrar en el fondo de todos

los conocimientos humanos, á fin de demostrar que sus concepciones están de acuerdo con la naturaleza fisiológica y psicológica del hombre y adecuadas á la observancia de las leyes naturales; mientras que la organización actual, como está establecida contra toda lógica y todo buen sentido, hace inestables á nuestras sociedades, conmovidas por las revoluciones que ocasionan los odios acumulados por los que son malbaratados por las instituciones arbitrarias.

Así, al combatir la autoridad, han debido los anarquistas atacar todas las instituciones de que el Poder se há erigido en defensor y de las que trata de demostrar la necesidad para legitimar su propia existencia.

*
*
*

El cuadro de las ideas anarquistas se agrandó, pues. Partiendo de una simple negación política, el anarquista ha debido atacar también las preocupaciones económicas y sociales, buscar una fórmula que á la par que negase la apropiación individual, base del orden económico actual, afirmase, al mismo tiempo, las aspiraciones sobre la organización futura; y la palabra Comunismo vino, naturalmente, á colocarse al lado de la anarquía.

Veremos más adelante que algunos utilizadores de quintaesencia han pretendido, afirmando que desde el momento que anarquía significaba completa expansión de la individua-

lidad, las palabras anarquía y comunismo se repelen. Demostraremos, en contra de esta insinuación, que la individualidad sólo puede desarrollarse dentro de la comunidad, que esta última no podría existir sin que la primera evolucionase libremente y que la una completa á la otra.

*
*
*

Esta diversidad de cuestiones por investigar y resolver es lo que ha dado éxito á las ideas anarquistas y ha contribuido á su rápida expansión, pues aunque lanzadas por un grupo de desconocidos, sin medios de propaganda, invaden hoy, con más ó menos éxito, las ciencias, las artes y la literatura.

El odio á la autoridad, las reivindicaciones sociales datan de lejos: comenzaron tan pronto como el hombre pudo darse cuenta de que le oprimían. Pero, ¿por cuántas fases y sistemas no ha tenido que pasar la idea para llegar á concretarse en la forma actual?

*
*
*

Es Rabelais uno de los primeros que formulan su intuición describiendo la vida de la abadía de Thélèmes; pero ¡qué oscuro aun!; ¡cuán poco lo creía aplicable á la sociedad entera, puesto que la entrada á la comunidad está reservada á una minoría de privilegiados, servida por criados agregados á ella!

En 1893 ya se habla mucho de los anarquistas. Jacques Roux y los *rabiosos* parecennos ser los que vieron más claro en la Revolución y los que más trataron de encaminarla en favor del pueblo. Por esto los historiadores burgueses los hán dejado en la sombra: su historia tiene que hacerse aún; los documentos, enterrados en los archivos y en las bibliotecas, aguardan todavía al que tenga tiempo y valor para desenterrarlos, darlos á luz y revelarnos el secreto de cosas, muy incomprensibles todavía para nosotros, de este período trágico de la historia. No podemos, pues, formular apreciación alguna de su programa.

Se necesita llegar hasta Proudhon para ver á la anarquía puesta como adversario de la autoridad y del poder, y empezar á tomar cuerpo. Pero aun no es más que un enemigo teórico; en la práctica, en su organización social, Proudhon deja subsistir, bajo nombres diferentes, los rodajes administrativos que son la esencia del gobierno. La anarquía llega hasta el fin del imperio con la forma de un vago mutualismo que se hunde, en Francia, en los primeros años que siguen á la Comuna, en el movimiento desviado y desviador de las asociaciones cooperativas de producción y de consumo.

Pero mucho antes de llegar á esta solución im-
potente, una rama se había desgajado del árbol
naciente. La Internacional había dado nacimien-

to, en Suiza, á la *Federation Jurassienne*, donde Bakounine propagaba la idea de Proudhon: la Anarquía, enemiga de la autoridad; pero desenvolviéndola, ensanchándola, robusteciéndola con las reivindicaciones sociales.

*
*

De esta época data el verdadero nacimiento del movimiento anarquista actual. Es cierto que existían aún muchas preocupaciones, que había muchos ilogismos en las ideas emitidas. La organización propagandista contenía aún muchos gérmenes de autoritarismo, muchos elementos sobrevivientes de la concepción autoritaria; pero, ¡qué importa! el movimiento se había producido, la idea se extendía y depuraba y precisaba más y más. Entonces, apenas hace trece años, la anarquía se afirmaba en Francia, en el Congreso del Centro, aunque muy débilmente; y aunque esta afirmación sólo fuese el hecho de una ínfima minoría que tuvo en contra, no solamente los satisfechos del orden social actual, si que también los pseudorevolucionarios que no veían en las reclamaciones populares más que un medio de trepar al poder, la idea tenía en sí misma bastante fuerza de expansión para llegar á implantarse sin otro medio de propaganda que la buena voluntad de sus adherentes, bastante vigor para obligar á los sostenedores del régimen capitalista á injuriarla,

á perseguirla, y á las gentes de buena fé á discutirla, lo que es una prueba de fuerza y de vitalidad.

Así pues, á pesar de la cruzada de todos los que, en mayor ó menor grado, pueden considerarse como los directores de una de las diversas fracciones de la opinión pública; á pesar de las calumnias, de las excomuniones, de las condenas, de la prisión, la idea anarquista prosigue su camino. Fúndanse grupos, créanse órganos de propaganda en Francia, en Bélgica, en Italia, en España, en Portugal, en Holanda, en Inglaterra, en Noruega, en América, en Australia, en idioma eslavo, alemán, hebreo, austriaco, armenio; un poco en todas partes, un poco en todos los idiomas.

Pero el hecho más importante, es que del pequeño grupo de descontentos donde fueron formuladas, irradiáronse por todas las clases de la sociedad. Infiltráronse por todas partes donde el hombre despliega su actividad cerebral. Las artes, las ciencias y la literatura, se han impregnado de las nuevas ideas y le sirven de vehículo.

Comenzaron estas ideas en fórmulas inconscientes, en aspiraciones mal definidas y muy á menudo en arrebatos más que en convicciones reales. Hoy, no sólo se formulan aspiraciones anarquistas, sino que se sabe que la anarquía

se extiende y ostenta arrogantemente como etiqueta.

*
*
*

Los anarquistas no son, pues, los únicos que lo encuentran todo malo y que desean un cambio. Estos lamentos, estas aspiraciones son formuladas por los mismos que se creen defensores del orden capitalista. Además, se empieza á comprender que no hay que limitarse á formular estériles votos sino que debe trabajarse para la realización de lo que se pide; se empieza á comprender y á proclamar la acción, la propaganda por el hecho, es decir, que comparando el goce que trae la satisfacción de obrar conforme se piensa y las molestias que acarrea la violación de una ley social, se trata, cada día más, de conformar el modo de vivir con la manera de concebir las cosas, según el grado de resistencia que el temperamento particular puede ofrecer á las persecuciones de la vindicta social.

Si las ideas anarquistas han podido desarrollarse con tal fuerza y rapidez, es porque, á pesar de venir contra las ideas recibidas, las preocupaciones establecidas, y espantar, á la primera exposición, á aquellos contra quienes iban dirigidas, respondían, sin embargo, á sus sentimientos íntimos, á sus aspiraciones mal definidas. Bajo una forma concreta, aportaban á la Humanidad el ideal de bienestar y de libertad que

apenas había osado bosquejar en sus sueños de esperanza.

Al exponerlas espantan, al principio, á los contradictores, porque predicán el odio ó el desprecio hacia gran número de instituciones que se creían necesarias á la vida de la sociedad; porque demuestran, en oposición á las ideas recibidas, que estas instituciones son malas por esencia y no porque estén en manos de individuos débiles ó pícaros; porque enseñan á la multitud que no debe contentarse solamente con cambiar de individuos en el poder, ni con modificar parcialmente las instituciones que nos rigen, sino que, ante todo, debe destruirse lo que hace malos á los hombres, el hecho de que una minoría pueda servir de las fuerzas sociales para oprimir á la mayoría, y que lo que hasta ahora se había tomado por causas del mal no eran más que los efectos de un mal mucho más profundo aún, que hay que atacar en las bases de la sociedad.

Como hemos visto al comenzar, la base de la sociedad es la apropiación individual. La autoridad tiene sólo una razón de ser: la de defender al capital. Familia, burocracia, ejército, magistratura, son derivación directa de la propiedad individual. La labor de los anarquistas ha sido, pues, demostrar la iniquidad del acaparamiento del suelo y de los productos del trabajo de las generaciones pasadas, por una minoría de ociosos; socavar la autoridad demostrando que es perju-

dicial al desarrollo humano y poner al desnudo su misión protectora de los privilegios, mostrando la inutilidad de los principios gracias á los cuales legitima sus instituciones.

*
**

Lo que ha contribuído á alejar de las ideas anarquistas á los intrigantes y ambiciosos, ha sido lo que ha impulsado á los pensadores á estudiarlas y á preguntarse lo que significan esas ideas que no dejan lugar alguno á las preocupaciones personales, ni á las ambiciones mezquinas, ni pueden servir de escabel á los que sólo ven en las reclamaciones obreras un medio de conseguir puesto en las filas de los explotadores.

Las mariposas políticas nada tienen que hacer en el campo anarquista. Ni caben las vanidades personales, ni los cortejos de candidaturas que abren camino á todas las esperanzas y á todas las palinodias.

En los partidos políticos y socialistas autoritarios, un ambicioso puede efectuar su «conversión» por gradaciones insensibles; no se nota su variación hasta mucho tiempo después de que la conversión se ha realizado. Entre los anarquistas esto es imposible, pues el que consintiera en aceptar un puesto cualquiera en la sociedad del privilegio, después de haber demostrado que los que los ocupan sólo pueden sostenerse en ellos á condición de ser los defensores del sistema exis-

tente, adquiriría al momento el epíteto de renegado, pues no podría dar razón alguna que justificase su «evolución».

Así, lo que provocaba el odio de los intrigantes, despertaba al mismo tiempo el espíritu de investigación de los hombres de buena fé; y esto explica el rápido progreso de la idea anarquista.

* *

En efecto: ¿qué se puede responder á los que os demuestran que si queréis que vuestros asuntos estén bien arreglados debéis cuidarlos vosotros mismos y no delegar para ello á otra persona? ¿Qué reprocharéis á los que os hacen ver que si queréis ser libre no debéis nombrar individuo que os *dirija*? ¿Qué podréis objetar á los que os muestran las causas de los males que sufrís y os indican el remedio, sin que por eso se hagan sus dispensadores sino teniendo, por el contrario, mucho cuidado en indicar á los individuos que sólo ellos mismos son aptos para comprender lo que les conviene, y juzgar lo que deben evitar?

Ideas que han podido inspirar á los individuos convicciones bastante potentes para hacerlos luchar y sufrir por su propagación, sin esperar recompensa directa ni inmediata, merecían ser estudiadas por los hombres sinceros; y es lo que ha sucedido. Así, sin preocuparse de la gritería de unos, de los rencores de otros, ni de los atentados de los gobernantes, la idea crece y progresa sin cesar, probando á la burguesía

que no se puede suprimir ni amordazar la verdad. Hay que contar con ella tarde ó temprano.

* *

La anarquía tiene sus víctimas: sus muertos, sus presos, sus desterrados; pero la idea se mantiene fuerte y vigorosa, el número de sus propagandistas aumenta sin cesar. Propagandistas conscientes de sus actos, porque han comprendido todas las bellezas de la idea, ó propagandistas accidentales que se han contentado con lanzar su grito de odio contra la institución que más les ha herido en sus sentimientos íntimos ó en sus instintos de justicia y de verdad.

Es que por su amplitud, las ideas anarquistas atraen y abrigan á cuantos están poseídos del sentimiento de su dignidad personal, á los que sienten sed de Justicia, de Belleza y de Verdad.

¿El ideal del hombre no sería verse libre de toda traba, de toda violencia? ¿Acaso las diversas revoluciones que ha hecho no perseguían este objeto?

Si sufre todavía la autoridad de los explotadores, si el espíritu humano se debate aún en el círculo de las vulgaridades de la sociedad capitalista, es porque las ideas recibidas, la rutina, las preocupaciones y la ignorancia han sido hasta el presente más fuertes que sus aspiraciones y deseos de emancipación, arrastrándolo, después de suprimir los maestros existentes, á procurárselos nuevos cuando creía haberse manumitido.

Las ideas anarquistas han iluminado los cerebros, no solamente de los trabajadores, si que también de los pensadores de todas categorías, ayudándolos á analizar sus propios sentimientos. Poniendo al descubierto las verdaderas causas de la miseria y los medios de destruirla; mostrando á todos el camino que debe seguirse y la meta que debemos alcanzar; explicando por qué abortaron las pasadas revoluciones.

Es la estrecha relación con el sentimiento íntimo de los individuos lo que explica su rápida extensión, lo que las dá fuerza y las hace incompreensibles. Los furios gubernamentales, las medidas opresivas, la rabia de los ambiciosos burlados, pueden ensañarse con ella y sus propagandistas: hoy la brecha está abierta, no se puede ya impedir que siga su camino, que sea el ideal de los desheredados, el impulso de sus tentativas de emancipación.

La sociedad capitalista es tan mezquina como estrecha; comprime de tal modo toda amplia aspiración, aniquila tantas y tan buenas voluntades, tantas aspiraciones, atropellando y martirizando tantas individualidades que no pueden reducirse á su estrechez de miras, que, aún logrando ahogar momentáneamente la voz de los anarquistas actuales, su opresión haría que surgieran otros tan implacables como estos.

II

Individualismo—Solidaridad

Algunos adversarios de mala fé, nada dispuestos á esclarecer la cuestión, manifestaron que "la Anarquía y el Comunismo protestaban de estar juntos". "El Comunismo es una organización; esto impide el desarrollo de la individualidad; no lo queremos, por tanto. Somos individualistas, somos anarquistas y nada más",—exclamaron enseguida algunos individuos sinceros, que sintiendo necesidad de ser más avanzados que todos sus camaradas propagandistas y no teniendo originalidad propia, se aferran á cuanto tiene visos de radicalismo, y exageran las ideas hasta llegar al absurdo. Al lado de estos fueron á agruparse los que los gobernantes tienen interés en deslizar entre sus adversarios, para dividirlos ó desviarlos.

Y hé ahí, entonces, á los anarquistas lanzados á discutir la anarquía, el comunismo, la iniciativa, la organización, la influencia perjudicial ó benéfica del agrupamiento, el egoismo y

el altruismo y, en fin, una porción de cosas más ó menos absurdas; y después de mucho discutir, se acaba por ver que todos quieren lo mismo, cuando los contradictores son de buena fé, hallando la diferencia sólo en los nombres empleados.

En efecto, los que defienden el comunismo son los primeros que reconocen que el individuo no ha sido puesto en el mundo por la sociedad; sino que, al contrario, ésta se ha constituido solamente para proporcionar á aquel mayores facilidades para evolucionar. Es evidentísimo que, cuando un dado número de individuos se agrupa y une sus fuerzas, es con el propósito de obtener mayor suma de goces, con el menor gasto de fuerzas, y sin tener intención alguna de sacrificar ni su iniciativa, ni su voluntad, ni su individualidad propia en provecho de una entidad que no existía antes de reunirse y que desaparecerá al dispersarse.

* * *

Aprovechar las fuerzas para continuar arrancando á la naturaleza las cosas necesarias á su existencia y que sólo podían alcanzarse mediante la concentración de sus esfuerzos, fué seguramente la idea que guió á los primeros humanos cuando comenzaron á agruparse, ó que debió ser, mas ó menos tácitamente, aceptada, sino

completamente razonada, en sus primeras asociaciones, las cuales fueron probablemente también temporales y limitadas á la duración del esfuerzo necesitado, disolviéndose una vez obtenido el resultado que se apetecía.

Entre los anarquistas, pues, nadie sueña con subordinar la existencia del individuo á la marcha de la sociedad.

Pedimos todos nosotros que el individuo sea libre, completamente libre en todas las manifestaciones de su actividad; y los que rechazan la organización, los que sólo juran por el individuo y dicen burlarse de la comunidad, afirmando que la sola regla de conducta debe ser el egoísmo individual, que la adoración de su Yo debe estar ante y por encima de toda consideración humanitaria, — creyendo así ser más avanzados que los otros, — éstos jamás estudiaron la organización psicológica y fisiológica del hombre, no se han dado siquiera cuenta nunca de sus propios sentimientos, no tienen idea alguna de lo que es la vida del hombre actual, de cuales son sus necesidades físicas, morales é intelectuales.

* * *

La sociedad actual nos presenta algunos tipos perfectos de egoistas: los Delobelle, los Hialmar, Eikdal, no son raros; no es en las novelas solamente donde se encuentran. Aunque no en abun-

dancia, algunas veces encontramos en nuestras relaciones sociales tipos de esos que sólo piensan en sí mismos, que no vén otra cosa que su persona. Si hay sobre la mesa una buena tajada, adjudícanse sin escrúpulo. Vivirán con holgura afuera, mientras en su casa mueren de hambre. Aceptan el sacrificio de cuantos les rodean: del padre, de la madre, de la mujer, de sus hijos, como cosa debida, mientras ellos se pavonean ó regalan desvergonzadamente. Les tienen sin cuidado los sufrimientos de los demás, con tal que ellos no sean molestados. Ni siquiera se aperciben cuando se sufre por y para ellos. Cuando están repletos y tranquilos, la humanidad está satisfecha y descansada. Tal es el tipo del perfecto egoísta, en la absoluta acepción de la palabra; pero puede decirse también que es el tipo de un triste individuo. Ni el más repugnante burgués se asemeja á este tipo; aquel tiene aún algunas veces amor á los suyos, ó al menos á alguna cosa parecida que los reemplaza. No creemos que los partidarios sinceros del más exagerado individualismo, hayan tenido jamás la intención de darnos ese tipo como ideal de la Humanidad del porvenir, como tampoco los comunistas anarquistas han querido predicar la abnegación y el renunciamiento, á los individuos, en la sociedad que vislumbran. Al rechazar la entidad *Sociedad*, rechazan igualmente la entidad *Individuo*, que

tendían á crear extremando la teoría hasta el absurdo.

* *

Que el individuo tiene derecho á su completa libertad, á la satisfacción de todas sus necesidades, convenido está; pero como existen más de mil millones de individuos sobre la tierra que tienen iguales derechos, sino las mismas necesidades, de ahí se sigue que todos estos derechos deben satisfacerse sin que los unos usurpen los de los otros, pues de otro modo habría opresión y quedaría inutilizada la revolución hecha.

Lo que más tiende á embrollar las ideas, es que esta inmunda sociedad que nos rige, basada sobre el antagonismo de intereses, ha puesto en lucha á los individuos forzándolos á desgarrarse unos á otros para asegurarse la posibilidad de vivir. En la actual sociedad no hay término medio: hay que ser ladrón ó dejarse robar, asesino ó asesinado. Hoy, el que va en ayuda del vecino, está en peligro de ser burlado; de ahí la creencia, para el que no razona, de que los hombres no pueden vivir sin combatirse.

Los anarquistas afirman que la sociedad debe basarse sobre la más estrecha solidaridad. En la sociedad que quieren establecer, el bienestar individual no debe realizarse en detrimento de otro individuo, ni en la más ínfima de sus partes: el bienestar particular deberá ser resultado

del bienestar general; al sentirse un individuo lastimado en su autonomía, en sus goces, habrán de sentirse los demás atacados igualmente á fin de que puedan remediarlo.

En tanto no se vea realizado este ideal, en tanto no se haya alcanzado este fin, las sociedades no serán más que organizaciones arbitrarias, contra las cuales tendrán derecho á rebelarse los individuos que se sientan lastimados.

Si el hombre pudiese vivir aislado; si le fuese posible volver al estado natural, no habría que discutir como se viviría: viviríase como cada cual quisiera. La tierra es bastante grande para alojar á todo el mundo; pero si no se la cuidase, ¿proporcionaría víveres para todos? Seguro que no. Esto sería probablemente la guerra feroz entre los individuos, "la lucha por la existencia" de las edades primeras, en todo su furor. Equivaldría á recomenzar el ciclo de evolución ya recorrido: los más fuertes oprimiendo á los más débiles, hasta que fuesen reemplazados por los más intrigantes, que el valor-dinero sustituyese al valor-fuerza.

Si hemos tenido que atravesar todo el período de sangre, de miseria y de explotación que se llama Historia de la Humanidad, es porque el hombre ha sido egoísta en la estricta acepción de la palabra, sin ningún correctivo, sin suavidad alguna. No vió, desde el comienzo de su asociación, más que la satisfacción de sus

goces inmediatos. Cuando ha podido esclavizar al más débil, lo ha hecho sin ningún escrúpulo, viendo solamente la suma de trabajo que obtenía, sin reflexionar que la necesidad de vigilarle y las rebeldías que tendría que reprimir, acabarían, á la larga, por obligarle á un trabajo tan oneroso, que le hubiera valido más trabajar en unión de él, prestándose apoyo mútuo. Así es como han podido establecerse la Autoridad y la Propiedad; si queremos, pues, destruirla, no es para recomenzar la evolución pasada.

Si se admitiese la teoría de que los móviles del individuo deben ser el egoísmo puro y simple, la adoración y la cultura de su Yo, se llegaría á decir que debíamos lanzarnos á la pelea, trabajar para adquirir los medios de satisfacerlos, sin ocuparnos de si se aplasta á otros hombres. Afirmar esto, sería confesar que la revolución futura debería hacerse por y para los fuertes, que la nueva sociedad sería un conflicto perpétuo entre los individuos. Si así fuese no tendríamos por qué afiliarnos á ninguna idea de manumisión general. Nos habríamos sublevado contra la sociedad actual sólo porque su organización capitalista no nos permite gozar también.

Puede ser muy bien que, entre los que se han llamado anarquistas, haya habido quienes miraran la cuestión desde este punto de vista. Esto nos explicaría las defecciones y las palinodias de individuos que, después de haber sido los más

ardientes, han desertado, colocándose entre los defensores de la actual sociedad, sólo porque ésta les ofrecía compensaciones.

Es cierto que combatimos á esta sociedad porque no satisface todas nuestras aspiraciones; pero también hemos comprendido que nuestro bien entendido interés exigía que la satisfacción de nuestras necesidades fuese extendida á todos los miembros de la sociedad.

*
* *

El hombre es siempre egoísta, tiende constantemente á hacer de su *Yo* el centro del universo. Pero, al desarrollarse la inteligencia, llegó á comprender que si su *Yo* quería ser satisfecho, había otros *Yo* que también querían serlo. Los que no lo estaban hicieron comprender que tenían derecho á estarlo. De ahí que los sentimentalistas, los místicos, llegaron á predicar el desprendimiento, la abnegación y el sacrificio en bien del prójimo.

Lo arbitrario de las sociedades, á pesar de continuar predicando la opresión de la individualidad en provecho de la colectividad—dogma que ha contribuído á su sostén tanto como la fuerza,—lo arbitrario, decimos, ha debido suavizarse, conceder mayor amplitud á la individualidad.

Si el egoísmo estrecho, mal entendido, es contrario al funcionamiento de una sociedad, el des-

prendimiento y el espíritu de sacrificio son funestos á la individualidad. Sacrificarse en beneficio de otros, sobre todo cuando nos son indiferentes, no entra en la naturaleza de todo el mundo; además de que esto, á la larga, perjudicaría á la misma humanidad, que se dejaría dominar por los espíritus estrechos, egoístas en la mala acepción de la palabra, y entonces el tipo menos perfecto de la humanidad sería el que llegaría á absorber á los otros. El altruismo propiamente dicho tampoco podría, pues, implantarse.

Pero si el egoísmo y el altruismo separados, llevados al extremo, son perniciosos al individuo y á la sociedad, asociándolos determinan un tercer factor, que es la ley de las sociedades del porvenir. Esta ley es la solidaridad.

Nos unimos, en grupos, con el fin de obtener la satisfacción de una de nuestras aspiraciones; y no habiendo en esta asociación nada forzado, nada arbitrario; motivada únicamente para satisfacer una necesidad de nuestro sér, es evidéntísimo que aportaremos á esta asociación tanta más fuerza y actividad, cuanto mayor sea la intensidad de la necesidad sentida.

Es evidente que habiendo cooperado todos á la producción, todos tendremos derecho al consumo; pero como se habrá calculado la suma de necesidades—entrando las que se puedan prever,—para llegar á producir, para satisfacerse todos, la solidaridad no encontrará dificultad en

establecerse para que cada uno obtenga su parte. ¿No se dice que el hombre abarca más con los ojos que con el estómago? Entonces, cuanto más intenso sea el deseo, mayor será la suma de actividad que aportará para su realización. Llegará así á producir, no sólo para satisfacer á los copartícipes, sí que también para los que se les haya despertado el deseo á la vista de la cosa producida. Siendo infinitas las necesidades del hombre, infinitos serán sus modos de actividad, infinitos los medios para satisfacerse: esta variedad de necesidades será la que concurrirá al establecimiento de la Harmonía general.

* *

En nuestra sociedad, en la cual estamos acostumbrados á reposar sobre el trabajo ajeno para obtener las cosas necesarias á la existencia, sólo se tiene un objetivo: procurarse dinero bastante para comprar lo que mejor parezca; mas como el trabajo manual no alcanza á impedir que se muera de hambre el que tiene este solo recurso, trata de procurarse el dinero por todos los medios, salvo el trabajo, haciéndose ora funcionario, ya periodista incluso el *chantage*; el que dispone de algún dinero, se dedica al comercio y aumenta sus beneficios robando á sus contemporáneos, especulando y dedicándose al agiotaje ó haciendo trabajar á los otros. Se hace toda suerte de cosas más ó menos impropias, á

excepción de lo que sería necesario para que todos encontrasen lo que les conviene: la producción útil. De modo que cada uno tira de la capa sin ocuparse de si despoja á otros; de ahí el egoísmo irracional que parece haya venido á ser el sólo móvil de las acciones humanas.

* *

Pero en fuerza de refinarse, el hombre también llega á no vivir más que para sí y en sí mismo. El perfecto modelo del egoísta, humanamente desenvuelto, es el que llega á sufrir con el sufrimiento de los que le rodean, el que siente amargados sus goces con los pesares de aquellos que, por el hecho de la organización social viciosa en que vivimos, puedan experimentarlos. La burguesía cuenta, en su seno, con individuos cuya sensibilidad está verdaderamente muy desarrollada; cuando las influencias del medio, de la educación y de la herencia les permiten reflexionar sobre las miserias y las torpezas sociales; cuando pueden darse cuenta de la existencia de estos males, procuran remediar la miseria, en lo posible, por medio de la caridad. De ahí las obras filantrópicas. Pero la costumbre de creer á la sociedad normalmente constituida, la costumbre de considerar á la miseria como eterna y como producto del desarreglo del trabajador, engendra el carácter seco é inquisitorial de la filantropía.

Por esto es que para el hombre nacido, educa-

do y desenvuelto en los cálidos invernáculos del bienestar y del lujo, hácese muy difícil y hasta imposible, á menos de circunstancias excepcionales, llegar á dudar de la legitimidad de la situación que goza. En cuanto á los que desde un estado obscuro lograran elevarse á los principales puestos, la dificultad es aún mayor, pues creen que su situación la deben al talento propio y al trabajo. La religión, los satisfechos y los economistas afirmaron de tal modo que el trabajo era un castigo y que la miseria era la consecuencia de la imprevisión de los que son su presa, que naturalmente, aquel que jamás ha tenido que luchar contra la adversidad se cree de una naturaleza superior. Desde el momento en que empieza á dudar y á estudiar la organización social, si está bien dotado para comprender sus vicios, los goces propios se verán emponzoñados en su origen. Este hombre sufrirá al considerar que su lujo se alimenta con la miseria de una multitud de trabajadores, que cada una de sus alegrías está adquirida al precio de los sufrimientos de los que son sacrificados para producirlas. Si la combatividad está desarrollada en este hombre en la misma proporción que la sensibilidad, será uno más que se rebela contra el orden social que ni siquiera le asegura el goce moral é intelectual.

Pues no hay que olvidar que la cuestión social no se limita á una cuestión material. Luchamos, es verdad, para que todos tengan, antes que nada, con que satisfacer el hambre, pero no se limitan á esto nuestras aspiraciones; luchamos también para que cada uno pueda desarrollarse según sus facultades y procurarse las satisfacciones intelectuales que le crean las necesidades de su cerebro.

Es cierto que para muchos anarquistas la cuestión se limita á eso, lo cual ha producido esas diversas interpretaciones y discusiones sobre el egoísmo, el altruismo, etc. Nada menos desarrollado que la cuestión de estómago, cuestión que, por otra parte, sería muy peligroso discutir en demasía pues el éxito de la Revolución se comprometería al detenerse, quizás, en esta conquista; y entonces sería muy probable que se aceptase el Estado socialista, que debe y podría asegurar á todos la satisfacción de sus necesidades físicas.

Si la próxima revolución limitara sus *desiderata* á la sola cuestión de la vida material correría el riesgo de detenerse en el camino y degenerar en una vasta algarabía que, una vez pasada la orgía, no tardaría en entregar á los insurgentes á las mañas y á los golpes de la reacción burguesa. Felizmente, esta cuestión hoy día primordial—lo reconocemos—para el mundo trabajador, de que las suspensiones de trabajo

más y más prolongadas hacen incierto al porvenir, no es la única que será resuelta en la próxima revolución. Indudablemente, la primera obra de los anarquistas para hacer fructífera la revolución será apoderarse de la riqueza social; llamar á los desheredados para que se apoderen asimismo de los almacenes, de la maquinaria y del suelo; instalarse en los locales higiénicos y destruir las covachas hediondas en que actualmente se les obliga á pudrirse; los sublevados deberán destruir los papelotes que aseguran el funcionamiento de la propiedad: los estudios de notarios y ugieres, el catastro, los registros y el estado civil de las personas deberán ser visitados y «limpiados». Pero para hacer todo este trabajo se necesita algo más que hambrientos; se necesitan individuos conscientes de su individualidad, celosos de todos sus derechos, que quieran firmemente conquistarlos y capaces de defenderlos una vez adquiridos; por esto es que la sola cuestión de subsistencia sería impotente para operar esta transformación.

Esto es lo que contribuye también á que al lado del derecho á la existencia, que reclaman los anarquistas, aparezcan todas esas cuestiones de arte, de ciencias, de filosofía que los anarquistas están obligados á estudiar, á profundizar y dilucidar, debiendo, por consecuencia, las ideas anarquistas, abrazar todos los conocimientos humanos. Y estas ideas encontraron argumen-

tos á su favor en todas partes y en todas partes surgieron adherentes que vinieron á aportar su contingente de reclamaciones y á reforzar las ideas con su saber. La suma de los conocimientos humanos es tan grande que los más privilegiados cerebros no pueden apropiarse más que una parte de ellos; así también la idea anarquista no puede condensarse en algunos cerebros que limitan sus bases y trazan su programa, no puede dilucidarse sino con el concurso de todos, con el auxilio de los conocimientos de cada uno. Esto es lo que constituye su fuerza, pues el concurso de todos es lo que le permitirá resumir todas las aspiraciones humanas.

III

Demasiado abstractos

¡Sois demasiado abstractos!

Es esta una objeción á menudo dirigida á los anarquistas por gran número de personas; dicen que, dirigiéndonos preferentemente á los trabajadores, haríamos propaganda más fructífera si no tomásemos miras tan elevadas.

Por el capítulo precedente hemos visto que el mismo desarrollo de las ideas nos arrastraba á tratar cuestiones que no siempre estaban al alcance de aquellos á quienes nos dirigíamos. Es una fatalidad que sufrimos y contra la cual nada podemos.

No negamos que nuestros escritos pueden á veces parecer áridos á los que empiezan á ocuparse de la cuestión social; pero ¿podemos evitar que las cuestiones que tratamos, y que deben tratarse, sean áridas por sí mismas? ¿Podemos impedir que las ideas que defendemos, encadenándose unas con otras, identificándose con

todas las ramas del humano saber, arrastren á los que quieran dilucidarlas á estudiar cosas de las cuales no pensaban tener necesidad?

Y, además, ¿acaso este trabajo preparatorio á que se nos querría condenar no ha sido hecho por nuestros predecesores socialistas? ¿Los burgueses mismos no trabajan en la demolición de su sociedad? ¿No se esfuerzan todos los ambiciosos, radicales, socialistas de color más ó menos subido, en demostrar que la sociedad actual para nada sirve y que debe cambiarse?

Los anarquistas, pues, no tienen más que analizar esta enorme labor, coordinarla, extraer la esencia.

Su misión se limita á demostrar que no es cambiando de gobernantes como se curarán los males que se sufren, ni modificando solamente el engranaje del organismo social como se impedirá que se produzcan los efectos pésimos que tan á la luz presentan los burgueses deseosos de llegar al poder. Nuestra labor es complicada precisamente porque las ideas que removemos son abstractas.

Es cierto que si quisiéramos contentarnos con declamaciones y afirmaciones, sería fácil la tarea para nosotros y para los que nos leen. Cuanto más arduos son los problemas á resolver, mayor gasto de argumentos y de lógica se necesita. Es fácil decir y escribir. “¡Compañeros, los patronos nos roban, los burgueses son unos crá-pulas, los gobernantes unos canallas! ¡Rebeláos,

matad á los capitalistas, incendiad los talleres!"

Por otra parte, antes que esto se escribiese los explotados han, de vez en cuando, matado á sus explotadores, los gobernados hecho revoluciones, los pobres insurreccionándose contra los ricos; pero la situación en nada ha cambiado. Se ha mudado de gobernantes; en el 89 la propiedad cambió de dueños é hicieronse después revoluciones esperando aún que proporcionarían medios de hacerla cambiar de manos; más los gobernantes oprimen todavía á los gobernados, los ricos continúan viviendo á expensas de los pobres. Nada ha cambiado.

Después que se ha escrito, se han efectuado también revoluciones; mas nada ha cambiado! Es que no basta decir ó escribir que el trabajador es explotado, sino que es menester explicarle, sobre todo, que mudando de dueños no deja de ser explotado, y que poniéndose en el lugar de ellos convertiríase también en explotador, dejando tras sí explotados que formularían contra su dominación las mismas acusaciones que él formulaba contra los que habría desposeído. Hay que hacerles comprender, además, que los burgueses les han interesado en la sociedad de modo que les llevan á defender los privilegios de los explotadores, mientras creen defender su propio interés en una organización que no tiene para ellos otra cosa que promesas jamás cumplidas.

*
* *

La misma sociedad burguesa se encarga, por su organización basada en el antagonismo de intereses, de conducir á los trabajadores á la revolución; y los trabajadores han hecho siempre las revoluciones, pero siempre se han dejado escamotear el provecho porque «no sabían». La misión del propagandista es, por consiguiente, «enseñar» á los trabajadores, y para enseñarles es necesario «demostrar». La afirmación hace creyentes, pero no conscientes.

Desde el momento en que, aun para los socialistas más avanzados, la autoridad era la base de toda organización, no había ningún daño en tener solo creyentes; por el contrario, esto facilitaba la tarea de los que se erigían en directores. Se podía proceder por afirmaciones, ya que serían creídas según el grado de autoridad adquirida; y como los directores no exigían de sus prosélitos que supieran porque se les hacía obrar, y si solamente que «creyesen» lo bastante para obedecer ciegamente las órdenes recibidas, no tenían necesidad de esforzarse en proporcionarles argumentos.

Creuyendo que los hombres providenciales debían pensar y obrar en su lugar, la masa de prosélitos no tenía ninguna necesidad de aprender tantas cosas. ¿Acaso los jefes no tenían preparado en su mente un plan de reorganización social que se apresurarían á poner en práctica una vez obtenido el poder? Sólo pedían al vulgo que

aprendiese á batirse y á hacerse matar. Una vez que los jefes estuvieran en el poder, el buen pueblo debía esperar: todo lo obtendría al punto sin que tuviera que inquietarse.

Pero las ideas anarquistas vinieron á desmantelar todo esto. Negando la necesidad de los hombres providenciales; haciendo la guerra á la autoridad y reclamando para cada individuo el derecho y el deber de obrar únicamente por propio impulso, sin sufrir ninguna violencia, ninguna restricción á su autonomía; proclamando la iniciativa individual como base de todo progreso y de toda asociación verdaderamente libre, la idea anarquista no puede contentarse con hacer creyentes: debe tender, sobre todo, á hacer convencidos, que sepan lo que creen porque los argumentos dados les han impresionado y los han pesado, discutido, y se dieron cuenta por sí mismos de su valor. De ahí que la propaganda sea más difícil, más árdua, más abstracta, pero también más eficaz.

..

Desde el momento en que los individuos se alzan por propia iniciativa, deben prepararse á ejercerla por sí mismos. Para que la iniciativa del individuo pueda adaptarse libremente á la acción de los demás individuos, necesitase que sea consciente, razonada, basada en la lógica natural de los hechos; para que los actos separados

puedan converger á un mismo fin, necesitase que sean suscitados por una común idea plenamente comprendida, claramente elaborada; y sólo una discusión, ajustada, lógica y precisa de las ideas puede iluminar el cerebro de los que las adoptan y obligarlos á reflexionar por sí mismos.

De ahí nuestro modo de proceder que hace que cuando nos posesionamos de una idea, en vez de hacer fuegos de artificio con frases de efecto, la tomemos y juzguemos en todas sus fases, la disequemos hasta sus últimos átomos á fin de obtener la mayor suma de argumentación posible.

..

¡Ah! No es trabajo baladí el volcar una sociedad, como nosotros pretendemos, sobretudo cuando el vuelco social tiene que ser universal según nuestro deseo.

Es evidente que los individuos que componen esta sociedad, por maltratos que de ella reciban, no están dispuestos á aprobar de golpe, como nosotros, la necesidad de este vuelco, estando como están acostumbrados á ver en ella el paladión de su preservación, la posibilidad de su bienestar. Fácilmente comprenden que la sociedad no les ha dado lo prometido; pero no pueden comprender la necesidad de una destrucción total. ¿No tiene cada uno, por ventura su pequeña reforma que aportar para engrasar todos

los engranajes y hacer andar la máquina á satisfacción de todos!

Quieren, por lo tanto, saber si el vuelco social será provechoso ó perjudicial; y de ahí un cúmulo de cuestiones que nos llevan á discutir todos los humanos conocimientos á fin de saber si sobrevivirán al cataclismo que queremos provocar.

De ahí el embarazo del trabajado que ve desenvolverse frente á su entendimiento un cúmulo de cuestiones que se han guardado bien de enseñarle en la escuela, y que se le hace difícil comprender porque generalmente oye hablar de ellas por primera vez.

Cuestiones, sin embargo, que debe estudiar, profundizar y resolver si quiere hallarse en aptitud de aprovechar la autonomía que reclama, si no quiere que el uso de su iniciativa sea en detrimento propio, y sobre todo, si quiere saber prescindir de hombres providenciales.

*
* *

Cuando un asunto, por abstracto que sea, se presenta á la investigación del propagandista anarquista, éste no puede hacer que deje de serlo ni pasarlo en silencio con el pretexto de que no han oído hablar de él ó que no están en aptitud de comprenderlo aquellos á quienes se dirige.

Exponerla en lenguaje llano, claro, preciso; evitar las palabras de mil patas,—según la ex-

presión de uno de nuestros compañeros,—es decir, las palabras que sólo comprenden los iniciados; evitar el entierro de su pensamiento bajo una fraseología pomposa y redundante, rebuscar la frase y el efecto, esto es lo que les es dable hacer á los que quieren de corazón propagar la idea, hacerla comprender y penetrar en la masa, pero tampoco no podemos mutilarla con el pretexto de que no es accesible á la masa.

Si se tuviese que eludir todas las cuestiones que la masa de lectores no está en condición de comprender al primer instante, sería condenarse á retornar á lo declamatorio, al arte de ensartar las palabras unas tras otras para no decir nada. Bastante bien usan esa forma los retóricos burgueses para que nosotros tratemos despostrarlos.

Si los trabajadores quieren emanciparse, tienen que comprender que la emancipación no vendrá por sí sola, sino que debe conquistarse, y que la instrucción es una de las formas de la lucha social.

La duración y la posibilidad de la explotación de la clase burguesa proviene de la ignorancia de los trabajadores; es necesario que intenten manumitirse intelectualmente si quieren hallarse en aptitud de alcanzar la manumisión material. Si empiezan por retroceder ante las dificultades de la emancipación que depende sólo de su voluntad, ¿qué hará ante una lucha más

activa en la que será necesario gastar una fuerza de carácter y una suma de voluntad inconmensurables?

Por inútil y enojosa que esa instrucción sea, la burguesía no ha dejado de concentrar en el cerebro de algunos de los suyos todos los conocimientos científicos necesarios al desarrollo de la humanidad. Si no queremos que la revolución sea un paso atrás, necesitase que el trabajador esté en aptitud de reemplazar intelectualmente á la burguesía que quiere despojar; es necesario que la ignorancia no sea un obstáculo al desarrollo de los conocimientos humanos ya adquiridos. Si no los conoce á fondo, debe al menos encontrarse en aptitud de comprenderlos cuando se encuentre en su presencia.

*
* *

Comprendemos todas las impaciencias, nos explicamos perfectamente que los que tienen hambre quieran ver lucir el día en que puedan aplacarla; nos damos perfecta cuenta de que los que sufren la dominación, la cólera, el yugo de la autoridad, están impacientes por sacudirlo y deseosos de escuchar un lenguaje en conformidad con el estado de su espíritu, que les recuerde sus odios, sus deseos, sus aspiraciones, su sed de justicia.

Pero, sean cuales fueran las impaciencias, por legítimas que sean las reivindicaciones y la nece-

sidad de realizarlas, la idea sigue su camino poco á poco, no penetra en los cerebros ni se aloja en ellos hasta que se ha madurado y elaborado.

Cuando se piensa que la burguesía que queremos derribar ha empleado siglos para prepararse antes de derrocar la realeza, nos hace reflexionar sobre el trabajo de elaboración que tenemos que hacer.

En el siglo XIV, cuando Etienne Marcel intentó apoderarse del poder en provecho de la burguesía, ya organizada en corporaciones, sentíase ya fuerte la clase burguesa; hacía mucho tiempo que aspiraba á la autoridad y que se había organizado con este fin, que se había instruido, desarrollado, que trabajaba para su manumisión y perseguía la emancipación de las municipalidades contra el feudalismo.

Y con todo esto, fué cuatro siglos más tarde cuando alcanzó el fin tanto tiempo codiciado.

Es cierto que nosotros esperamos no pasar tanto tiempo para obtener nuestra manumisión y el vuelco de la explotación burguesa. Su completo apandorgamiento después de poco tiempo de estar en el poder, la colocó en rápida decadencia; pero si la burguesía pudo substituir al derecho divino en 1789, es porque estaba preparada intelectualmente para esta substitución, y cuanto más rápida sea su caída, más prisa debemos darnos, nosotros los trabajadores, á

prepararnos intelectualmente, no para reemplazarla en el poder que queremos destruir, sino para organizarnos é impedir que aristocracia alguna sustituya á la desplomada.

*
* *

Una vez establecida la libre iniciativa de los individuos, éstos deben por sí mismos, (nunca lo repetiremos bastante), saber razonar y combinar su iniciativa. Si no tienen bastante voluntad para deshacer su propia ignorancia, ¿cómo tendrían aptitud para hacer comprender á los otros lo que no pudieran aprender ellos mismos? No tengamos, pues, miedo de discutir las más abstractas cuestiones; cada solución adquirida es de hecho un paso en la vía de la emancipación.

Rechazando á los jefes, es necesario que los conocimientos encerrados en sus cerebros sean esparcidos entre la multitud; y no hay más que un medio para ellos: continuar adelante en todo é interesar á la multitud en las cuestiones que nos interesan. Repitémoslo una vez más, seamos claros, tanto como sea posible, pero no nos restrinjamos, pues, entonces, en vez de atraer la masa á nosotros, seríamos nosotros quienes iríamos á ella, en lugar de ir adelante, volveríamos atrás. ¡Curiosa manera de comprender el progreso sería ésta!

IV

¿Es malo el hombre?

Sobre este argumento: «el hombre es demasiado malo para que sepa guiarse por sí mismo» se basan los autoritarios para justificar el poder que desean establecer. «Necesitaríase refundir al hombre», se replica á los anarquistas cuando hablan de establecer una sociedad basada sobre la solidaridad, sobre la más completa igualdad, sobre la autonomía más absoluta del individuo, sin autoridad, sin reglas ni restricciones.

Indudablemente, el hombre es malo; pero ¿puede hacerse mejor y puede hacerse peor? ¿En su estado actual le es dable cambiar hacia el bien ó hacia el mal? ¿Puede mejorar ó empeorar fisiológica y moralmente? Y si es posible la evolución en uno ú otro sentido—lo que la historia comprueba—¿la herencia de las antiguas leyes, los aparejos de las viejas instituciones, tienden á hacer al hombre mejor ó contribuyen á hacerlo más

malo? La respuesta á esta cuestión es la que nos dirá cuál de los dos, si el hombre moderno ó si el estado social, es el que debe reformarse primero.

*
*

Nadie niega hoy que el medio físico tenga una influencia enorme sobre la constitución fisiológica del hombre; luego, con más razón, lo tiene el medio moral é intelectual sobre su constitución psicológica.

¿Sobre qué está basada la actual sociedad?
¿Tiende á crear la armonía entre los hombres?
¿Hace algo para que del daño causado á uno se resientan los otros, á fin de que se sientan inducidos todos á disminuirlo ó á prevenirlo? ¿Deriva el bienestar particular del bienestar general y no está nadie interesado en turbar su funcionamiento? ¿La sociedad de los amos, reyes, curas y mercaderes, permite el desarrollo de todas las ideas generosas ó tiende, al contrario, á sofocarlas? ¿No tiene á su servicio, para aniquilar á los débiles, esta fuerza brutal: el dinero, que pone á los más generosos, á los menos egoístas á merced de los más ávidos y de los menos escrupulosos?

Basta estudiar el mecanismo de la sociedad burguesa, para reconocer que nada de bueno puede ella producir. Es preciso que las aspiraciones hacia lo bello y lo bueno sean muy vívidas en la raza humana, para que no hayan

sido sofocadas por el egoísmo estrecho, irracional, y por la rapacidad que la sociedad oficial inculca desde la cuna.

Esta sociedad, como hemos visto en el precedente capítulo, está basada sobre el antagonismo de intereses y hace de cada individuo el enemigo de su vecino. El interés del vendedor es opuesto al del comprador; el ganadero y el agricultor piden sólo «una buena epidemia y una buena granizada» para sus vecinos á fin de encarecer sus mercancías, cuando no recurren al Estado para que los «proteja» gravando con derechos crecidos los productos de sus competidores; el desarrollo de la mecánica tiende cada vez más á dividir á los trabajadores echándolos á la calle y forzándolos á disputar para suplantarse en los empleos, cuyo número es cada día más inferior al de las demandas. En fin, en la sociedad tradicional, todo tiende á dividir á los individuos: en la hora actual, ¿por qué hay huelgas y miseria? porque los almacenes rebosan de productos. ¿Cómo es que los individuos no han concebido aún la idea de incendiarlos ó de apoderarse de ellos, procurándose así el trabajo que se les niega, creando en sus casas los mercados que los explotadores van á buscar tan lejos? «Es que se tiene miedo al gendarme», se dirá. Este miedo es real, pero no es suficiente por sí solo para explicar la apatía de los hambrientos. ¡Cuántas ocasiones se presentan en la vida corriente en

que puede hacerse el mal sin riesgo alguno y en que no se realiza por otras razones que las del miedo á la «guardia civil»! Y además, si los hambrientos quieren reunirse, son bastantes en París, por ejemplo, para no temer á la guardia civil y tener todo un día en jaque á la policía, vaciar los almacenes y hacer francachela una vez por todas. A los que ván á la cárcel por vagabundos y mendigos, es el miedo á ella lo que les ha hecho mendigar lo que no les hubiera costado más tomarlo. Es que, aparte de la cobardía, existe el instinto de sociabilidad que impide á los individuos hacer el mal por el mal y les hace aceptar las más pesadas trabas, en la creencia de que éstas son necesarias para la buena marcha de la sociedad.

¿Créese que la fuerza por sí sola habría bastado para asegurar el respeto á la propiedad, si en el espíritu de los individuos no se hubiese mezclado un carácter de legitimidad que la hace aceptar como resultado del trabajo individual? ¿Las penas más severas han impedido jamás que la atacasen los que, sin preocuparse de si ella es ó no legítima, quieren vivir á expensas de los otros? ¿Qué resultaría, pues, si los individuos, reflexionando sobre su miseria y descubriendo las causas en la propiedad, tuviesen el carácter tan inclinado al mal como se supone? La sociedad no duraría ni un minuto más; resultaría entonces la «lucha por la existencia» en su más feroz ex-

presión, sería el retorno á la primitiva barbarie. Es precisamente porque el hombre tenía tendencias hacia á lo «mejor» que se ha dejado dominar, esclavizar, engañar y explotar, y por lo que le repugnan aún los medios violentos para manumitirse definitivamente.

* *

La afirmación de que el hombre es malo y que no hay que esperar de él cambio alguno, quiere decir, si se analiza: «El hombre es malo, la sociedad está mal constituida; nada hay que esperar ni del uno, ni de la otra. ¿Para qué perder el tiempo buscando una perfección que la humanidad no puede alcanzar? Hagamos nuestro portillo como mejor podamos.»

«¿Qué importa que la suma de goces que adquiramos sea á costa de las lágrimas y de la sangre de las víctimas que habremos sembrado en nuestra ruta? Hay que aniquilar á los demás para no ser aniquilados nosotros mismos. ¡Tanto peor para los que caigan!»

Ahora bien: que los señores privilegiados que han llegado á solidificar su dominación, á adormecer á los trabajadores, á transformarlos en defensores de sus privilegios prometiéndoles al principio una vida mejor...en el otro mundo; después, cuando cesaron de creer en Dios, predicándoles la moral, el patriotismo, la utilidad social, etc.; hoy, haciéndoles esperar del sufragio universal,

una multitud de reformas y mejoras imposibles de efectuar, pues no se pueden impedir los males que emanan de la esencia misma de la organización social, mientras no se ataquen más que los efectos, sin buscar una causa, mientras no se transforme por completo la sociedad; que los señores explotadores del pobre proclamen, pues, el solo derecho de la fuerza y veremos lo que dura su dominación! A la fuerza, la fuerza responderá.

*
*

Cuando el hombre comenzó á agruparse con sus semejantes, debía ser aún más un animal que un hombre; las ideas de moral, de justicia no existían todavía en él. Teniendo que luchar contra los otros animales, contra la naturaleza toda, las primeras agrupaciones debieron formarse por la necesidad misma de una asociación de fuerzas y no por necesidad de solidaridad. No hay duda alguna, como ya hemos dicho, de que estas asociaciones fueron transitorias, limitadas á la captura de la caza perseguida, al derribo del obstáculo que estorbaba, y, más tarde, para rechazar ó matar á los agresores.

No fué más que practicando así la asociación como los hombres llegaron á comprender su importancia, y las sociedades así formadas sobrevivieron y acabaron por hacerse permanentes.

Más, por otro lado, esta existencia de luchas

continuas sólo podía desarrollar en los individuos el instinto sanguinario y despótico; los más débiles debieron sufrir la dominación de los más fuertes, cuando no les servían de alimento. Debió ser mucho más tarde que la astucia se impuso al igual que la fuerza.

Cuando se estudia al hombre en sus comienzos, débese convenir en que era un animal bastante ruin; pero después de haber llegado á alcanzar el desarrollo en que hoy se encuentra y de haber podido adquirir nociones de ideas que antiguamente no poseía, ¿qué razón hay para que se detenga y no vaya más lejos? Querer afirmar que el hombre no puede progresar más, es tan falso como si se hubiese afirmado cuando habitaba las cavernas y no tenía más que un palo ó una arma de piedra como único medio de defensa, que no llegaría un día en que sería capaz de construir las ciudades opulentas de hoy, de utilizar la electricidad y el vapor. ¿Por qué el hombre, que ha llegado á dirigir la selección de los animales domésticos conforme á sus necesidades, no ha de llegar á dirigir la ciencia hacia lo Bello y lo Bueno, de lo cual comienza á tener nociones?

Poco á poco el hombre ha evolucionado y evoluciona constantemente. Sus ideas se modifican sin cesar. La fuerza física, si alguna vez se impone, no es ya admirada como antes. Las ideas de moral, de justicia, de solidaridad hánse desarrollado y tienen fuerza bastante para obligar

á los privilegiados, si quieren mantener sus privilegios, á hacer creer á los individuos que se les explota y amordaza en beneficio de éstos.

Este engaño no puede durar. Empieza á sentirse demasiada estrechez en esta sociedad mal equilibrada; las aspiraciones que, á través de los siglos, comenzaron á abrirse paso, al principio aisladas, incompletas, comienzan ahora á tomar cuerpo; se encuentran hasta entre los que podrían clasificarse como privilegiados de la actual organización. No hay un solo individuo que no haya lanzado, en algún momento, su grito de rebelión ó de indignación contra esta sociedad, aun gobernada por momias, que parece haberse impuesto la tarea de herirnos en todos nuestros sentimientos, en todos nuestros actos, en todas nuestras aspiraciones, y en la cual se sufre más á medida que se va desarrollando. Las ideas de libertad y de justicia se determinan; los que las proclaman están en minoría aún, pero es una minoría bastante fuerte para inquietar y amedrentar á los poseedores.

El hombre, pues, como todos los demás animales, es el producto de una evolución que se efectúa bajo la influencia del medio en que el hombre vive, y de las condiciones de existencia que se ve forzado á sufrir ó á combatir; pero superior en alto grado á los demás animales, ha llegado á saber razonar sobre su origen, á formular aspiraciones sobre su porvenir. De él de-

pende, por tanto, conjurar esta fatalidad del mal que se pretende ligar á su existencia. Llegando á crearse otras condiciones de vida, llegará á modificarse por sí mismo.

* * *

Además, sin necesidad de ir tan lejos, la cuestión se resume así: «¿Tiene derecho cada individuo, bueno ó malo, á rebelarse si le explotan ó si quieren constreñirle á condiciones de existencia que le repugnan? Los que están en el poder y los privilegiados de la fortuna, pretenden ser los mejores; pero bastaría que los malos los derrocaran y se instalasen en sus puestos, para invertir los papeles y tener tanta razón como los primeros para ser los buenos.

El sistema de propiedad individual, poniendo toda la riqueza social en manos de unos pocos, ha permitido á estos vivir como parásitos á expensas de la masa que han esclavizado y cuya producción sólo sirve para mantener su fausto y su haraganería ó para defender sus intereses. Esta situación, reconocida como injusta por los que la sufren, no puede durar. Los trabajadores reclamarán el libre disfrute de lo que producen y se rebelarán si se les continúa negando; la burguesía se atrincherará inútilmente tras el argumento de que el hombre es malo: la revolución se hará. Y entonces, si el hombre es realmente incapaz de perfeccionarse—acaba-

mos de ver lo contrario—entonces, decimos, la guerra será de apetitos, y cualesquiera que sean los suyos, los burgueses serán vencidos de antemano, ya que son la minoría; y si, por el contrario, el hombre es malo porque las instituciones contribuyen á hacerlo tal, podrá entonces elevarse á un estado social que contribuirá á su desenvolvimiento moral, intelectual y físico; sabrá transformar la sociedad de modo que todos los intereses sean solidarios. Pero, sea que lo fuere, la revolución se hará. La esfinge nos interroga y le respondemos sin temor, pues nosotros, los anarquistas, destructores de las leyes y de la propiedad, sabemos cual es la palabra del enigma.

V

La Propiedad

Antes de ir más lejos en la exposición de nuestras ideas, será bueno pasar revista á las instituciones que queremos destruir, reconocer sobre qué bases reposa la sociedad burguesa, el valor positivo de estas bases, por qué y cómo la sociedad no es transformable más que á condición de cambiar la organización entera; por qué no es posible mejora alguna mientras que esta transformación no se haya realizado, y de este estudio derivarán las razones que nos autorizan á ser anarquistas y revolucionarios.

La sociedad actual reposa sobre este principio: La defensa de la propiedad individual y su transmisión á las mismas familias. La autoridad, la familia, la magistratura, el ejército y toda la organización gerárquica y burocrática que nos consume y sofoca, emanan de ese principio. Hay también la religión, pero la dejamos á un lado;

la ciencia, aunque burguesa, la ha matado. Dejemos que reposen los muertos.

Tampoco queremos rehacer la historia de la propiedad. Ha sido hecha y rehecha por todas las escuelas socialistas, y todas han demostrado que no era más que el producto del robo, del fraude y del derecho de la fuerza. Nosotros, pues, no tenemos que revelar aquí más que algunos hechos que, al demostrar la iniquidad, hagan ver que los males que se sufren de ella emanan, que las reformas propuestas sólo son añagazas para adormecer á los explotados y que, para impedir los males que se quieren curar, hay que atacar la causa principal: la organización propietaria y capitalista.

Actualmente, la ciencia nos demuestra que la tierra debe su origen á un núcleo de materias cósmicas que se destacó primitivamente de la nebulosa solar. Este núcleo, por efecto de la rotación sobre sí mismo y alrededor del astro central, se ha condensado hasta el punto que la compresión de los gases ha producido la conflagración y este globo, hijo del sol, ha debido, como el que le dió origen, brillar, con su luz propia, en la vía láctea, como una pequeña estrella. El globo se enfrió, pasando del estado gaseoso al estado líquido, pastoso, cada vez más denso, hasta solidificarse completamente. Pero en esta hornaza primitiva, la asociación de los diferentes gases hízose de manera que sus combinaciones diferen-

tes dieron nacimiento á los materiales fundamentales que forman la composición de la tierra: minerales, metales, gases que quedaron libres, en suspensión en la atmósfera.

Al efectuarse poco á poco el enfriamiento, la acción del agua y de la atmósfera sobre los minerales ayudó á formar una capa de tierra fértil; durante este tiempo, la asociación del hidrógeno, del oxígeno, del carbono y del ázoe, llegó á dar nacimiento, en el seno de las aguas, á una especie de gelatina orgánica sin forma definida, sin conciencia, sin órgano, pero dotada ya de la facultad de desplazarse, dirigiendo las prolongaciones de su masa hacia el lado que quería, ó mejor dicho, al lado hacia el cual se sentía atraída, y de asimilarse los cuerpos extraños que se adherían á su masa, nutriéndose de ellos, y, en fin, de llegar á cierto grado de desarrollo en el cual podía dividirse en dos y dar nacimiento á un nuevo organismo parecido en todo á su progenitor.

* *

Así fueron los modestos comienzos de la humanidad, tan modestos que solamente mucho más tarde, después de un largo período de evoluciones, y después de haberse formado cierto número de tipos en la cadena de los seres, se llega á distinguir al animal del vegetal.

Seguir toda la serie para llegar al hombre, sería rehacer aquí la historia de la evolución, que

de modo tan claro y tan comprensible explica la ciencia actual á los que quieren juzgar imparcialmente; nosotros sólo podemos remitir á ella al lector, contentándonos con citar aquí los hechos principales en apoyo de nuestra tésis sobre el acaparamiento arbitrario de una parte del suelo, por una determinada parte de individuos, que se han apoderado de él en provecho propio y de sus descendientes y en detrimento de otros menos favorecidos y de las generaciones futuras.

Es evidéntísimo que esta explicación de como apareció el hombre en la Tierra, destruye toda la maravillosa fábula de la creación. No más Dios, ni entidad creadora; el hombre sólo es producto de una evolución de la vida terrestre, la cual no es más que el resultado de la combinación de los gases que, antes de poderse combinar, tuvieron también que sufrir una evolución en sus proporciones y en su densidad, para la producción del fenómeno vital.

*
* *

Descartada la tésis del origen sobrenatural del hombre, la idea de que la sociedad, tal cual existe, con su división de ricos y pobres, de gobernantes y gobernadores, emana de una voluntad divina, tampoco queda en pie. La autoridad, que tanto tiempo se ha apoyado en su origen sobrenatural, fábula que ha contribuido—al menos tanto como la fuerza brutal—á mantenerla,

se ha esterilizado también con la discusión y amenaza ruina; actualmente se ha atrincherado trás el sufragio universal y la ley de las mayorías. Pero la autoridad solo podía mantenerse á condición de no ser discutida. Veremos después que no tiene ya más que la fuerza para aguantarse. Podemos también decir, que la propiedad y la autoridad, al ser discutidas, entran en el período agónico, pues lo que se discute no es muy respetado, y lo que sólo se sostiene por la fuerza, la fuerza puede destruirlo.

*
* *

El vegetal nutríase á expensas del mineral y de la atmósfera, el animal á expensas del vegetal y, mucho más tarde, á expensas del animal mismo; pero no hay en todo esto ideas preconcebidas—con el fin de establecer gerarquía alguna entre los seres—de parte de un Creador ó de la entidad Naturaleza, que crearan el vegetal para servir de alimento al animal, el animal y el vegetal para alimento del hombre y servidores en la raza humana para proporcionar goces á los elegidos. No ha habido más que una continua evolución de leyes naturales en virtud de la cual la condensación de los gases formó los minerales; no hubo más que la vida vegetativa que pudo asimilarse el mineral y transformarlo en la combinación orgánica que facilitó el nacimiento de la vida animal.

Admitido el origen evolutivo del hombre, há-

cese evidente para todos que, al aparecer los primeros seres pensantes en la Tierra, no tuvieron, desde el primer momento, necesidad de una providencia tutelar para facilitar su advenimiento y, por consecuencia, nadie pudo asignar á los unos un poder director sobre sus semejantes, á otros la propiedad del suelo y á la gran masa la miseria y las privaciones, el respeto á sus amos, con la exclusiva función de producir para éstos.

Sólo que, habiendo comenzado por ser la «lucha por la existencia» la sola ley vital para los individuos, la única preocupación de estos fué comer para no ser comidos; mas al comenzar á practicar inconscientemente esta otra ley vital, más elevada, la unión en la lucha, y habiendo la herencia desarrollado entre ellos los instintos de combate, de opresión sobre la presa—y todo era presa para él, incluso el hombre mismo—resulta de modo evidente que este espíritu de lucha y de dominación, almacenado en su cerebro por las generaciones pasadas, trató de imponerse en la colectividad formada. Los individuos que lo poseían en más alto grado se impusieron á los que los tenían en menor grado. Establecida esta autoridad, siguió las fluctuaciones de la inteligencia humana, realizándose las transformaciones de la organización social según que fuera la fuerza, el espíritu religioso ó el mercantilismo quien triunfara. La autoridad,

bajo sus diversas formas de influencia, háse, pues, mantenido y se mantendrá hasta que el hombre, desembarazado del error y de toda preocupación, se reconquiste por completo á sí mismo, renunciando á imponer su voluntad para no tener que sufrir la de los más fuertes.

*
*
*

Mas, habiendo negado la misma ciencia burguesa el origen divino de la autoridad y de la propiedad, los burgueses han tratado de darle bases más sólidas y más naturales, los economistas tomaron los hechos sociales, dimanados de una mala organización, y erigiéndolos en «leyes naturales» convirtiéronlos en causa cuando no son más que efectos; y engalando su ineptitud con el nombre de ciencia, han pretendido legitimar los crímenes más monstruosos de la sociedad, las más enormes piraterías del capitalismo, achacando las causas de la miseria á culpas de los miserables mismos y erigiendo en la ley de conservación social el egoísmo más monstruoso, cuando, por el contrario, como hemos visto en los precedentes capítulos, es sólo causa de conflictos, de desperdicio de fuerzas y de retroceso, sino se atempera y dulcifica por esta otra ley, más evolutiva y más humana: la solidaridad.

Estando la sociedad burguesa basada sobre el capital y estando éste representado por el dinero, los economistas burgueses, á fin de encubrir el

papel excepcional que desempeña en los trabajos de producción y de cambio, lo han reducido todo á capital. ¡El hombre que fecunda á su mujer y engendra infantes gasta un capital, pero también lo crea, pues el niño, al ser hombre, será un capital! ¡Capital, la fuerza muscular que el obrero invertirá en la producción! Notemos, de pasada, que, además de sus brazos, los obreros aportan, en todo trabajo, una suma de inteligencia á menudo superior á la de los empresarios; pero como habría entonces que contar dos partes de capital para el obrero y esto atormentaría en sus cálculos á los economistas, lo pasan en silencio.

Mas, como toda esta reducción de la actividad humana en capitales no explica el origen del capital-dinero, los economistas han encontrado éste: «Es la parte de trabajo que los individuos industriales, previsores, no han consumido al momento, y reservan para las necesidades futuras». Y entonces es cuando el cálculo se hace.

* *

Todo capital, puesto en movimiento afirman doctoralmente los economistas, debe producir: 1º. Una suma igual á su valor, á fin de poderse reconstituir completamente; 2º, como el capital empleado corre riesgos, debe producir una ganancia que represente una prima de seguros que debe cubrir dichos riesgos.

Luego, como el obrero es pagado en razón de sus labores y en consecuencia, no corre riesgo alguno, tiene sólo derecho á la primera suma que le permite reconstituir su capital gastado, es decir, á alimentarse, á vestirse, al alojamiento, á reparar, en fin, las fuerzas que ha perdido. No debe procrear hasta que el excedente de su salario le permita mantener á sus hijos.

Más el patrón ¡oh! es muy diferente. El, desde el principio, aporta un primer capital,—el dinero necesario para pagar á los obreros, satisfacer las compras,—que representa los goces de que se privó. Este capital, como el del obrero, debe producir con que reconstituirse, más la prima de seguros de los riesgos que corre, lo que constituye el beneficio del explotador. Si la empresa es industrial, requiere edificios, máquinas, adelantos en dinero, esto es, otro capital que debe resarcirse y aportar su prima de seguros; pero esto no es todo. ¿Y la inteligencia del explotador, que es un capital también y no el menor? Es necesario que el capitalista sepa emplear juiciosamente sus capitales, que sepa dirigir sus negocios por sí mismo,—lo que generalmente el obrero no sabe hacer,—debe enterarse de los productos que le es más ventajoso producir, del lugar en que se solicitan, etc., etc., Y ese tercer capital es preciso recuperarlo en la empresa. Y notad que si el empresario es ingeniero, docto, médico, la prima debe ser mucho más subida, pues siendo más

cara la colocación, costará, por este mismo hecho, más caro el recuperarlo.

* *

Una vez establecida esta sutil distinción, que transforma en capitales los diversos elementos que toman parte en la producción, parece normal el reparto: el capitalista se embolsa tres partes de los productos para su cuenta, y queda efectuada la farsa. El obrero recibió su cuenta, ¿de qué quejarse, pues? Que economice también y poniendo sus economías en la empresa tocárá triple parte. ¡Que sepa privarse si quiere llegar á ser algo! ¡Que no gaste tontamente su dinero en las tabernas! ¡Que no procree tantos hijos! ¡La lucha es dura y hay que saber reducir los goces si se quiere poder aumentarlos, por consecuencia, después! ¡Gentes sensuales y lujuriosas!

Señores economistas, los que nos habláis del gran talento de los capitalistas, ¿osaríaís afirmar que los que arrebañan millones en las jugadas de Bolsa, en los embrollos y en los acaparamientos han gastado una inteligencia un millón de veces superior, no ya á la del obrero que puede pasar como artista en su oficio, si que ni siquiera á la del más humilde obrero que se ocupa en el más vulgar oficio?

Tomad un obrero de los más favorecidos, ganando, con relación á los menos favorecidos, buenos jornales, que no haya jamás holgado ni

estado enfermo, ¿podrá ese obrero vivir la holgada vida que deberían tener asegurada todos los que producen, satisfacer todas sus necesidades físicas é intelectuales? Quiá, no podrá satisfacer ni la centésima parte de sus necesidades, las tendrá muy limitadas y tendrá que reducir las más todavía si quiere economizar algo para cuando llegue á la vejez. Y cualquiera que sea su parsimonia, jamás llegará á economizar bastante para vivir sin hacer nada. Las economías hechas en el período productivo, apenas llegarán á compensar el déficit que acarrea la vejez, si no le sobrevienen herencias ó alguna otra fortuna inesperada que nada tenga que ver con el trabajo.

Para cada uno de esos trabajadores privilegiados! cuántos desgraciados hay que no pueden apagar su hambre! El desarrollo de la maquinaria ha permitido á los explotadores reducir su personal y los sin-trabajo, cada día más numerosos, han hecho disminuir los salarios, multiplicar los paros, lo cual, junto con las enfermedades, ha hecho que el obrero satisfecho tienda, cada día más, á ser un mito, y que en vez de esperar el poder salir de la miseria, si la sociedad burguesa perdura, debe esperar tan sólo hundirse más cada día.

* *

Supongamos ahora que el trabajador afortunado, en lugar de continuar colocando sus eco-

nomías en valores cualesquiera, se pone, cuando haya reunido cierta suma, á trabajar por su cuenta. Eso se hace más imposible todavía, debido á que los utensilios mecánicos exigen una concentración de enormes capitales y no dejan lugar para el pequeño industrial; pero admitamos la posibilidad y supongamos que este obrero-industrial trabaja solo y para sí. Si las teorías de la economía política son verdaderas, y por tanto, cada facultad es un capital empleado que produce la fortuna al que las hace funcionar, tendremos un individuo que aporta el capital-dinero, el capital-fuerza y el capital-inteligencia, individuo que, no teniendo que repartir con nadie, no puede tardar en ver decuplicar su capital-dinero y en llegar á millonario.

* * *

Más, en la práctica, el obrero que trabaja solo, por su cuenta, casi no existe; el pequeño industrial, con dos ó tres obreros, vive tal vez un poquito mejor que los trabajadores que emplea; pero debe trabajar tanto sino más que ellos, acosado sin cesar por los vencimientos; no debe esperar mejoramiento alguno; feliz él si llega á mantenerse en su bienestar relativo y logra evitar la quiebra.

Los grandes beneficios, las grandes fortunas, la vida regalada, están reservados á los grandes propietarios, á los grandes accionistas, á los

grandes industriales, á los grandes especuladores, que no trabajaban por si mismos, sino que ocupan los obreros por centenares. Lo que prueba que efectivamente, el capital es trabajo acumulado, pero el trabajo de muchos acumulado en manos de uno solo, de un ladrón.

Por lo demás, la mejor prueba de que existe un vicio fundamental en la organización social, es que los útiles mecánicos, que son un progreso engendrado por todos los conocimientos adquiridos, transmitidos de generación en generación, y que, por consecuencia, deberían beneficiar á todos los seres humanos, haciéndoles la vida más desahogada y fácil por el hecho de que aumenta su fuerza productiva y les da el medio de producir mucho más trabajando menos tiempo, los útiles mecánicos, repetimos, no aportan á los trabajadores más que un aumento de miseria y de privaciones. Los capitalistas son los únicos beneficiados con las invenciones mecánicas, las cuales les permiten reducir su personal, y con la ayuda del antagonismo que se establece entre el personal desocupado y el personal ocupado, disminuye en su provecho el salario del último, cuya disminución acepta el obrero, impulsado por la miseria, aunque el precio ofrecido sea inferior á la suma necesaria para su conservación y reproducción; lo que prueba que las pretendidas leyes naturales se encuentran violadas por su propio funcionamiento, y que, en consecuen-

cia, si es que son leyes, distan mucho de ser naturales.

* *

Por otra parte, lo indudable es que los capitalistas, con todos sus capitales y con toda su maquinaria, nada absolutamente podrían producir si no tuviesen el concurso de los trabajadores; mientras que éstos, entendiéndose entre sí y armonizando sus fuerzas, podrían producir muy bien sin el concurso de los capitales. En conclusión, lo que queremos deducir es esto: desde el momento en que los capitalistas no pueden poner sus capitales en ejercicio sin el concurso del trabajador, es porque éste es el factor más importante en la producción; lógicamente, á él debería tocar la mejor parte del producto. ¿Cómo es, pues, que, por el contrario, son los capitalistas los que absorben la mejor parte del producto, y que cuánto menos producen más gozan? ¿Cómo es que cuánto más producen los trabajadores mayores son las probabilidades de holgar, y por tanto, menores las probabilidades de consumir? ¿Cómo se explica que cuánto más rebosan de productos los almacenes más son los productores que mueren de hambre y que lo que debería ser un manantial de riquezas y de bienestar general, lo es de miseria para los que producen?

* *

De todo lo expuesto, resulta claramente que la propiedad individual es sólo accesible á los que explotan á sus semejantes. La historia de la humanidad nos demuestra que esta forma de propiedad no ha sido la de las primeras asociaciones humanas; que fué mucho después, en su evolución, cuando la familia comenzó á desgajarse de la promiscuidad; que la propiedad individual empezó á mostrarse dentro de la propiedad común del clan y en la tribu.

Esto nada probaría en contra de su legitimidad si esta apropiación hubiera podido efectuarse de otro modo que no fuese arbitrariamente; lo citamos sólo para demostrar á los burgueses, que han querido hacer un argumento en su favor pretendiendo que la propiedad ha sido siempre lo que hoy es, que este argumento no tiene valor alguno para nosotros.

* *

Además, los que tanto declaman contra los anarquistas porque apelan á la fuerza para desposeerlos, ¿guardaron acaso muchas formas para desposeer á la nobleza en el 89 y engañar á los campesinos que habían puesto manos á la obra colgando á los gentilhombres, destruyendo los archivos y apoderándose de los bienes señoriales? ¿Acaso las confiscaciones y las ventas, ficticias ó á precios irrisorios, que ellos hicieron, no han tenido por objeto despojar á los poseedores de

entonces y á los campesinos que esperaban su parte, para acapararlas en su provecho? ¿No usaron el simple derecho de la fuerza, que disfrazaron y sancionaron por medio de comedias legales? ¿No fué más inicua esa expoliación,—admitiendo que la que nosotros reclamamos lo sea, que no lo es,—puésto que no fué hecha en provecho de la colectividad, sino que contribuyó solamente á enriquecer á unos cuantos traficantes, que se apresuraron á hacer la guerra á los campesinos—que se habían arrojado al asalto de los castillos—fusilándolos y tratándoles como bandidos?

Los burgueses, pues, están descarriados al calificar de robo la acción que tiene por objeto forzarles á la restitución, pues su misma propiedad no es más que el fruto de un robo.

VI

La Familia

La propiedad, la familia y la autoridad se han desarrollado paralelamente. No queda sobre esto duda alguna. Habiendo convenido en que los hombres unieron sus esfuerzos bajo la presión de una necesidad común, de un obstáculo que era forzoso eliminar y contra el cual se agotaban en vano los esfuerzos individuales, dedúcese que los provechos resultantes de este concurso de fuerzas debían ser repartidos en común. Siendo temporales estas asociaciones y limitadas al resultado inmediato apetecido, es indudable también que el primer humano ayuntamiento debió ser, como sucede aún entre ciertos mamíferos y antropoides, el núcleo familiar; es decir, el agrupamiento de una ó varias hembras y jóvenes en torno del macho más fuerte, quien, para conservar su autoridad, expulsaba de la horda á los varones jóvenes que llegaban á la edad en que podían hacerle sombra.

Pero, ¿esta autoridad del varón fué completa y se impuso en todos los agrupamientos desde el principio? Hé ahí lo que sería temerario prejuzgar, pues si bien encontramos entre los salvajes ejemplos demostrativos de que la asociación, habiéndose hecho más numerosa, habíase formado por el agrupamiento de varios núcleos de familias en que la autoridad del varón se impuso, también por virtud de otros ejemplos muy concluyentes y debido á costumbres como la de la «incubación» (1), parece resultar que la autoridad de la madre sobre la progenitura fué la primera reconocida.

Existen lugares donde los niños forman parte de la tribu de la madre; otros donde la autoridad del varón está reconocida, pero en los que los hijos de su hermana son los que heredan sus bienes, con exclusión de sus propios hijos; lo que establecería una transición entre la autoridad materna y la autoridad paterna. Otro carácter transitorio es la costumbre de incubar, que consiste en que, cuando la mujer acaba de parir, el hombre es quien se mete en el lecho, traga las drogas y recibe las enhorabuenas por su alumbramiento.

(1) Teniendo sólo la intención de hacer un resúmen y queriendo especialmente explicar aquí como concebimos la familia del porvenir, no citaremos todos los datos sobre el asunto. Los lectores que quieran estudiar la cuestión más á fondo, vean las obras de Letourneau: *Sociologie, Evolución de la famille*, y la de Elias Reclús: *Les Primitifs*, en las que encontrarán también el origen de los datos en que se apoyan los autores.

miento. En ello vése que el hombre, para afirmar su autoridad sobre la progenitura, tiene necesidad de hechos que prueban su paternidad. No lo necesitaría si costumbres anteriores no se la hubiesen negado, costumbres que han podido desaparecer, pero cuyo recuerdo se perpetúa por la práctica de las costumbres reactivas por ellas suscitadas.

Y la unión entre el hombre la mujer, ¿cuántas veces no ha variado? Al principio, desde los comienzos de la humanidad, no existe forma alguna de matrimonio; la promiscuidad más completa reina entre los sexos; el hombre se apareja con la primera hembra que halla, ésta acepta ó soporta las caricias de todos los varones que la toman.

Al desenvolverse el hombre y hacerse menos grosero, reina todavía una gran promiscuidad; pero se empieza á distinguir un primer grado de parentesco. No se ha aprendido aún á discernir muy distintamente los términos padre, madre, hermano, hermana; pero se prohíben las uniones entre tribus que lleven un mismo nombre y tengan el mismo común origen; sin embargo las mujeres continúan perteneciendo á los hombres y éstos á todas las mujeres del clan.

Más tarde, habiendo sido reconocido el varón como jefe de la familia, éste empieza á reconocer algunos grados en el parentesco y la filiación; pero los matrimonios continúan realizándose entre hermanos y hermanas, el hijo heredan sin

escrúpulo alguno el harem de su padre; tuvo que darse todavía un paso más en la evolución para que la madre del heredero no entrara en la herencia.

Todavía notamos, que si existen pueblos en los que un solo hombre puede poseer muchas mujeres, los hay también en que, por el contrario, las mujeres poseen varios hombres.

Pero esos progresos, esos cambios de costumbres no se realizan lógicamente unos tras otros, eliminándose mutuamente á medida que aparece uno más complicado. Estas costumbres se refunden unas con otras, se amalgaman, se confunden de manera que no se las puede reconocer. Sus combinaciones son múltiples, las costumbres se sobreponen, eliminando una aquí, otra allá. Sólo gracias al estudio de las observaciones de los viajeros de antaño y de poblaciones aun existentes, es que podemos llegar á formarnos una idea aproximada de la evolución humana.

* *

De todo esto resulta, pues, que la propiedad ha descansado sobre otras bases que las en que se apoya actualmente; que ha estado de otro modo dividida y que su destino actual débelo solamente á la fuerza, á la astucia y al robo; pues es evidentísimo que habiendo comenzado por ser la familia una asociación común, no podía en ella existir propiedad individual, y, por consi-

guiente, lo que primitivamente pertenecía á todos no ha podido pasar á ser propiedad de unos pocos sino mediante cualesquiera medios de expoliación.

La familia también ha sido una cosa muy distinta de lo que actualmente es. Los burgueses que pretenden que ambas instituciones reposan sobre bases inexpugnables é inamovibles, no saben lo que se dicen, puesto que no hay razón alguna para que lo que ha evolucionado no continúe evolucionando. Su afirmación de que ambas instituciones no debían progresar más, solo probaría que estaban muy cercanas á la decadencia; pues es ley de la vida que lo que no avanza, perece, sedisgrega, para dar paso á otros organismos que tienen un período de evolución que recorrer.

* *

Y la verdad de ese axioma es tan evidente, que los burgueses se han visto forzados á reconocerla, añadiendo como correctivo al matrimonio, que querían mantener indisoluble, el divorcio, que sólo es aplicable en casos especiales, que no se obtiene más que mediante un proceso, diligencias sin número y gastando mucho dinero, pero que, sin embargo, no deja de ser un argumento contra la estabilidad de la familia, ya que, después de haberlo rechazado tanto tiempo, lo reconocieron al fin como necesario, viniendo

así quebrantar la familia con la ruptura del matrimonio, el cual es su sanción.

¿Podía pedirse confesión más favorable á la unión libre? ¿No resulta completamente inútil sellar con una ceremonia lo que otra ceremonia puede deshacer? ¿Por qué hacer consagrar por un buen hombre pinchado con una faja, la unión que otros tres buenos hombres, con faldas y bonete, podrán declarar nula y no afectuada?

* *

Los anarquistas, pues, rechazan la organización del matrimonio. Sostienen que dos seres que se amen no necesitan del permiso de un tercero para acostarse juntos; desde el momento que es su voluntad la que los guía, nada tiene que ver en ello la sociedad y menos aun debe intervenir.

Los anarquistas dicen aun más: sostienen que por el hecho de haberse entregado el uno al otro, la unión del hombre y la mujer no es indisoluble, no están condenados á acabar sus días juntos si se vuelven antipáticos el uno al otro. Lo que su libre voluntad ha hecho, su libre voluntad puede deshacerlo.

Bajo el imperio de la pasión, bajo la presión del deseo, han visto sólo sus cualidades, han cerrado los ojos ante sus defectos y se han unido; pero he aquí que la vida común obscurece las cualidades, hace sobresalir los defectos, acusa

ángulos que no saben redondear; ¿deberán estos dos seres, porque se ilusionaron en un momento de efervescencia, pagar con toda una vida de sufrimientos el error de un momento que les hizo tomar por una pasión profunda y eterna lo que sólo era un resultado de una sobreexcitación de los sentidos?

¡Tiempo es ya de apelar á más sanas nociones! ¿Por ventura, el amor del hombre y de la mujer no ha sido siempre más fuerte que todas las leyes, que todas las gazmoñerías, que todas las reprobaciones con que se han querido dificultar la satisfacción del acto sexual?

¿Acaso, á pesar de la reprobación arrojada contra la mujer que engaña á su marido,—no hablamos del hombre que siempre ha sabido hacerse manga ancha en las costumbres,—á pesar del papel de paria reservado en nuestras pudibundas sociedades á la soltera-madre, se ha impedido un sólo momento que las casadas hicieran cornudos á sus maridos y que las solteras se entregaran á quien les pluguiera ó á quien ha sabido aprovechar el momento en que los sentidos tenían más fuerza que la razón?

La historia y la literatura no hablan de otra cosa que de maridos ó de esposas encornudadas, de doncellas seducidas. La necesidad genésica es el primer motor del hombre; se oculta, pero se cede á su presión.

Por unos pocos espíritus apasionados, débiles y timoratos que se suicidan con el sér amado, á veces por no osar romper con las preocupaciones, faltos de fuerza moral para luchar contra los obstáculos que les oponen las costumbres y el idiotismo de parientes imbéciles, es innumerable la multitud de los que se mofan de las preocupaciones... en secreto. Esto solo ha contribuido á hacernos trapaceros é hipócritas; he aquí todo.

¿Por qué obstinarse en reglamentar lo que ha escapado á tantos siglos de opresión? Reconozcamos, pues, una vez por todas, que los humanos sentimientos escapan á toda reglamentación y que necesitan la más amplia libertad para poder dilatarse completa y normalmente. Seamos menos puritanos, y seremos más francos, más morales.

Queriendo el hombre-propietario transmitir á sus descendientes el fruto de sus rapiñas y habiendo sido la mujer considerada hasta aquí como inferior, más bien como una propiedad que como un asociado, es indudable que el hombre ha formado la familia de modo que quedase asegurada su supremacía sobre la mujer; y para poder, al morir, trasmitir sus bienes á sus descendientes, necesitó declarar la familia indisoluble. Basada sobre intereses y no sobre afectos, precisaba indudablemente de una fuerza y una sanción que impidiera se disgregase con los

choques ocasionados por el antagonismo de intereses.

Los anarquistas, acusados de querer destruir la familia, quieren precisamente destruir el mencionado antagonismo, basarla sobre la afección para hacerla más durable. Jamás erigieron en principio que el hombre y la mujer á quienes plazca acabar sus días juntos, no puedan hacerlo con el pretexto de que las uniones son libres. Jamás dijeron que el padre y la madre no podrían cuidar y educar á sus hijos, al pedir que se respete la libertad de éstos y que no se les considere por sus ascendientes como una cosa, como una propiedad.

Lo que ellos quieren es abolir la familia jurídica; quieren que el hombre y la mujer sean libres de entregarse y de dejarse cuando les plazca. No quieren más leyes estúpidas y uniformes que reglamenten sus relaciones en sentimientos tan complejos y tan variados como lo son los que proceden del amor.

* *

Si los sentimientos del ser humano tienden á la inconstancia; si su amor, como pretenden los que quieren reglamentar las relaciones sexuales, no puede fijarse en un mismo objeto, ¡qué nos importa! ¿qué podemos hacerle? Puesto que hasta el presente, la restricción nada ha podido

impedir y sólo ha producido nuevos vicios, dejemos libre á la naturaleza humana, dejémosla evolucionar hacia donde la lleven sus tendencias y sus aspiraciones. En el presente es bastante inteligente para saber conocer lo que le es útil y lo que le es perjudicial, y para conocer, por la experiencia, en que sentido debe evolucionar. Funcionando libremente la ley de la evolución, estamos seguros de que los más aptos, los mejor dotados, serán los que tengan probabilidades de sobrevivir y reproducirse.

Si, por el contrario, la tendencia humana se dirige, como nosotros pensamos, hacia la monogamia, hacia la unión durable de dos seres que, habiéndose encontrado, y aprendido á conocerse y estimarse, acaban por no ser más que uno, de tal modo su unión se hace íntima y completa, de tal modo sus voluntades, sus deseos, y sus pensamientos se hacen idénticos, menos tendrán todavía éstos necesidad de leyes para constreñirlos á vivir juntos; ¿no será su propia voluntad la más segura garantía de la indisolubilidad de su unión?

Cuando el hombre y la mujer no se sientan ya fuertemente unidos; cuando noten que se aflojan los lazos que los unen, si verdaderamente se aman este amor tendrá por resultado el excitarlos, recíprocamente, á buscar la manera de merecer el amor del ser que han escogido. Admi-

tiendo que el compañero ó la compañera que se ama puede volar del nido el día que no halle ya la satisfacción soñada, todos los individuos harán cuanto les sea dable para atraérselo completamente. Del mismo modo que ciertas especies de pájaros en la estación del amor: el macho se reviste de un plumaje nuevo y brillante para seducir á la hembra cuyos favores quiere obtener. Los humanos cultivarán igualmente, las cualidades morales que deben hacerles amarse y hacer su sociedad agradable. Basadas sobre esos sentimientos, las uniones se habrán hecho más indisolubles que lo que podrían hacerlas las leyes más *feroces*, la compresión más violenta.

* *

No hemos hecho la crítica del matrimonio actual, que equivale á la más vergonzosa prostitución. Matrimonios de interés, en los cuales nada tienen que ver los sentimientos afectivos; matrimonios de conveniencia arreglados—en las familias burguesas sobre todo,—por los parientes, sin consultar á los que unen; matrimonios desproporcionados en los que se vé á viejos gastados unir, gracias á su dinero, su vieja armazón, amenazando ruina, á la frescura y belleza juvenil; á viejas bribonas comprando, á fuerza de doblones, la complacencia de jóvenes codiciosos que pagan con su piel y un poco de ver-

güenza la sed de enriquecerse. Esta crítica ha sido hecha y rehecha, ¿para qué repetirla? Nos basta demostrar que la unión sexual no ha sido revestida siempre de las mismas formalidades, y que sólo puede alcanzar su más alta dignidad desembarazándola de toda traba. ¿Para qué buscar más? (1).

(1) Aquí debería entrar lógicamente la explicación de la manera como entendemos nosotros que debe educarse á los niños en la sociedad futura; pero habiendo sido hecho este estudio en *La Société au lendemain de la Révolution*, remitimos al lector al artículo: "L'Enfant dans la Société nouvelle".

VII

La Autoridad

La cuestión de la propiedad está de tal modo mezclada con la de la autoridad que, al tratar aquélla en su capítulo especial, no pudimos menos que tratar del origen y evolución de ésta. No volveremos, pues, sobre el asunto, y nos ocuparemos sólo del período actual, de la autoridad que se pretende basar sobre el sufragio universal, sobre la ley de las mayorías.

Como ya hemos visto, habiendo sido socavado el principio divino de la propiedad y de la autoridad, los burgueses tuvieron que buscar una nueva base más sólida. Habiendo destruído ellos mismos la de derecho divino y ayudado á combatir la del derecho de la fuerza, trataron de sustituirla con la del dinero, haciendo nombrar las Cámaras por el régimen censatario, es decir, por determinada categoría de individuos que pagaban los impuestos más altos. Después tuvieron que añadir á esto las "capacidades"; los

burgueses no clasificados eran los que reclamaban.

Más, esto no podía durar mucho. Desde el momento en que la autoridad era discutida, perdía su fuerza; y los que no tomaban parte en la elección de amos, no tardaron en reclamar el derecho de dar su opinión en la mencionada elección.

La burguesía, temiendo al pueblo, no quería hacer concesión alguna; tenía el poder y quería conservarlo; los trabajadores tuvieron que hacer una revolución para obtener el sufragio universal. Los burgueses que llevaron al poder se apresuraron á embrollarles ese derecho adquirido y á recortar las uñas á ese monstruo que pensaban debía devorarlos. Fué sólo á larga, á fuerza de verlo funcionar, como comprendieron que no era peligroso para sus privilegios, que era sólo una guitarra que debía saberse tocar y que esta famosa arma reivindicadora que los trabajadores creían haber adquirido,—la habían pagado con su sangre,—era solo un instrumento de dominación perfeccionado que esclavizaba á los que sirviéndose de él creían emanciparse.

En efecto, ¿qué es el sufragio universal sino el derecho, para los gobernados, de elegir á sus amos, el derecho de escojer el látigo que debe azotarlos? El elector es soberano... para escojer amo, pero no tiene el derecho de no querer ninguno, ya que será el suyo el que sus vecinos hayan escogido. Desde el momento en que deposita

su papeleta en la urna, firma su abdicación; deberá plegarse á los caprichos de los amos escogidos, que harán las leyes, las aplicarán y le arrojarán á la cárcel si se resiste.

* * *

No queremos hacer aquí el proceso del sufragio universal, ni examinar todos sus correctivos, todas las prescripciones que han querido agregársele para evitar las fantasías de los elegidos, para asegurar la soberanía del elector, dando medios para obligar á que los elegidos mantuviesen sus promesas: eso nos llevaría demasiado lejos, y, por otra parte, no tiene importancia alguna para nosotros, puesto que queremos demostrar que no deben existir leyes de Mayoría como tampoco de Derecho divino, y que los individuos no deben someterse más que á la regla que les dicte su voluntad.

Además, disecando el funcionamiento del sufragio universal llegaremos á demostrar que ni siquiera es la mayoría la que gobierna, y sí una minoría muy ínfima, salida de otra minoría, que no es más que otra minoría escogida entre la masa gobernada.

* * *

Sólo la arbitrariedad es la que excluye á las mujeres y á los niños, que sufren también el peso de las leyes, de tomar parte en las votaciones; y

si deducimos aun á los que, por una ú otra razón, no usan de ese «derecho», nos encontraremos en presencia de una minoría reconocida, muy arbitrariamente, como la sola apta para elegir los amos para todos.

En segundo lugar, el día de elecciones, la mayoría es la que, teóricamente, debe decidir cual es el electo en la circunscripción; pero, practicamente, los electores tienen que escoger entre seis, ocho, diez candidatos y á menudo más,—y no contamos los electores que, no encontrando entre la multitud de candidatos su opinión representada, votan contra sus ideas,—siendo, por tanto, el elegido, aún aquí, el producto de una segunda minoría.

En tercer lugar, una vez reunidos los elegidos, es aún la mayoría la que, teóricamente siempre, debe decidir entre ellos; pero todavía allí las opiniones los dividen en grupos, en innumerables subgrupos; de lo cual resulta que, en la práctica, son pequeños grupos de ambiciosos los que, manteniéndose entre los partidos extremos, deciden de la votación entregando sus á quienes les ofrecen más ventajas.

Se ve, por lo poco que acabamos de apuntar, que la pretendida soberanía del elector se limita á bien poca cosa; pero, además, hay que advertir que para no embrollar al lector, hemos simplificado nuestra crítica suponiendo que todos procedían correcta y lógicamente. Mas, si pa-

sáramos revista y contáramos las intrigas, los chanchullos, los cálculos ambiciosos; si hiciéramos resaltar que antes de ser definitivas las leyes deben pasar ante otra asamblea, el Senado, el cual es nombrado por otra categoría de electores; si tuviéramos en cuenta que el poder legislativo se compone de quinientos y pico de diputados y que cada elector no vota más que por uno (1), que su voluntad, por consiguiente, entra en una quingétesima parte en la voluntad general, reducida aun por el veto del Senado, acabaríamos por apercibirnos de que la soberanía individual está en cantidad tan infinitesimal dentro de la soberanía nacional que no es posible encontrarla por mucho que se la quiera extraer.

Pero esto no es nada: el sufragio universal tiene un efecto mucho más desastroso aún: el de producir el reinado de las nulidades y de las medianías, como vamos á probarlo.

Toda idea nueva, por el hecho de representar un adelanto en su época, encuéntrase siempre en minoría en sus comienzos. Son muy contados los cerebros que se hallan bastante despejados para adoptarla y defenderla. Esta es una verdad comprobada, y de ella se deduce que están

(1) Aunque el autor haya tomado por tipo el sufragio universal tal cual se practica en Francia, su argumentación es igualmente válida en las otras naciones, pues las variantes son nimias.

siempre en minoría los individuos de ideas verdaderamente amplias, los individuos verdaderamente inteligentes. El grueso de la masa profesa las ideas medias que están en curso, y ella es la que constituye la mayoría, la que eligirá el diputado que, para ser nombrado, se guardará bien de atacar las preocupaciones de los electores, de chocar con las ideas recibidas. Por el contrario, para llegar á agrupar el mayor número posible alrededor de su nombre, habrá necesitado redondear sus ángulos, habrá tenido que escoger un montón de lugares comunes para contentar á aquellos cuyos votos codicia. Para no espantarlos, deberá encarecer su bestialidad. Cuanto más chavacano, mediocre y ambiguo haya sido, más probabilidades tendrá de ser electo.

*
* *

Examínese bien el funcionamiento de todas las agrupaciones, comités, cámaras sindicales, asociaciones de socorros mútuos, de artistas, de literatos, etc.: siempre en su organización gerárquica, nombrada por sufragio universal, se verán los cargos en manos de individuos que, aparte su ambición, su afán de exhibirse, de dar que hablar de sí ó de crearse una situación á expensas de sus colegas y de cierto espíritu de intriga, son los más mediocres en todo lo demás.

Es que todo espíritu original que no se ocupe

más que de la realización de su ideal, no puede menos que disgustar á todos los que,—y son los más,—siguen las leyes de la santa rutina. Todo el mundo gritará: ¡Justicia, justicia sobre el jumento! El que busca la verdad y quiere hacerla prevalecer no tiene tiempo para descender á las mezquinas intrigas de entre bastidores: será seguramente derrotado en la contienda electoral por el que, falto de toda idea original y aceptando las ideas recibidas, del mayor número, apenas tendrá que alisar sus ángulos,—pues no los tiene,—para no herir la susceptibilidad de nadie. Cuanto más se quiera contentar al mundo, más la línea media de las ideas adoptadas deberá desembarazarse de ideas nuevas y originales y, por consecuencia, más débil, oscura y mediocre será. He aquí lo que es el sufragio: una piel de asno, sonora, que sólo repite los sonidos á los golpes de los que quieren hacerla hablar.

Pero si bien es cierto que se discute la autoridad, y se la ridiculiza y fustiga, desgraciadamente está muy lejos de haber desaparecido de nuestras costumbres. Están los individuos de tal modo habituados á ser conducidos en trailla que se figurarían perdidos el día que nadie les tuviera por la soga. Están de tal modo habituados á ver aparecer en todos los actos de su vida el tricornio del guardia civil, la banda del alcalde, el ceño y la ingerencia de la burocracia, las figuras estafalarias del polizone y del juez,

que han llegado á acostumbrarse á estas promiscuidades puercas, considerándolas como cosas verdaderamente desagradables, por las que pasan con satisfacción, haciendo la zancadilla, cuando la ocasión se presenta; pero cuya desaparición pueden imaginarse sin que la humanidad se disloque al momento. ¡Extraña contradicción del espíritu humano! Sufre con pena la autoridad, la escarnace y, cuando puede, la viola... y se cree perdido cuando se habla de suprimirla!

¡Cuestión de costumbre, á lo que parece!

Pero esta preocupación es tanto más ilógica, tanto más bestial,—digámoslo claro—, cuanto que el ideal de cada individuo respecto á *buen* gobierno, es el de tener uno que sea fácil mandarlo á paseo el día que quiera impedirle el obrar á su manera. Fué para adular á ese ideal que la burguesía inventó el sufragio universal.

*
**

Si la República ha tenido tanto crédito entre los trabajadores; si, después de tantas decepciones, considérase aún por los gobernados el sufragio como medio de manumisión, es porque se ha llegado á hacerles creer que cambiando de hombres en el poder podrían convertir el sistema de explotación que nos oprime en un sistema del cual resultaría el bienestar y la felicidad para todo el mundo. Error profundo que permite

á los intrigantes desviar á los trabajadores haciéndoles perseguir reformas ilusorias que no pueden traer ningún cambio en su situación, y habituándolos á esperar todo de un cambio de personal en esta máquina de oprimir que se llama Estado. Error que ha permitido, en todas las revoluciones, que los intrigantes escamotearan las victorias populares, que se instalaran en las sinecuras de los que la tormenta revolucionaria había barrido y formaran una nueva casta de explotadores, creando en derredor suyo intereses nuevos que, una vez establecidos, han sabido imponerse y reducir al silencio á los que tuvieron la candidez de colocarlos en el pináculo.

*
**

¡Qué abismo de contradicciones el del espíritu humano! Si se discute con individuos medianamente inteligentes, convendrán fácilmente en "que si todos los hombres fuesen razonables, no habría necesidad de gobierno; en rigor, pasaríase fácilmente sin él. Pero, desgraciadamente, no todos los hombres son razonables; algunos querrían abusar de sus fuerzas para oprimir á los demás y vivir á sus expensas sin hacer nada; para evitar estos inconvenientes necesítase una autoridad que les haga entrar en razón."

Los que, en términos concretos, viene á significar que los individuos, tomados en conjunto,

son demasiado malos para poderse entender; pero que tomados individualmente ó en fracciones, saben gobernar á los demás y que hay que darse prisa á ponerles una fuerza en sus manos para que puedan imponer sus voluntades. ¡Desgraciada lógica! ¡Cómo te hace la zancadilla el razonamiento humano!

Mientras haya individuos para mandar, ¿no estarán los que no manden en forzoso antagonismo con los que ejerzan el mando? ¿Es que los individuos puestos en el poder, aún siendo sinceros, no tendrán sus ideas propias que querrán hacer prevalecer? Y estas ideas, si pueden ser buenas, pueden también ser muy malas. Sumergidas en la masa, estas ideas quedarían sin fuerza; con la autoridad en manos de los que la profesan serán impuestas á los que la rechacen. Y cuanto más sinceros sean los individuos en el poder, más implacables serán con los que se rebelen contra su manera de ver, convencidos de que trabajan en beneficio de la humanidad.

* *

Hemos visto en el capítulo precedente que nuestra esclavitud política está determinada por nuestra situación económica; tenemos gendarmes, jueces, ministros, etc., porque tenemos banqueros, propietarios; lo uno trae lo otro. Si llegásemos á derribar á los que nos explotan en el taller, si llegásemos á desprendernos de los

que nos sujetan por las entrañas, no habría ya más necesidad de la fuerza que los defiende, no tendría razón de ser.

Actualmente, hay necesidad de un gobierno, de leyes, de diputados para fabricarlas, de una magistratura para aplicar esas leyes, de policía para apoyar las decisiones de la magistratura, porque los usurpadores tienen necesidad de una fuerza para defender aquello de que se han apoderado contra las reivindicaciones de los que han desposeído.

Pero el trabajador, ¿qué tiene que defender? ¿Qué le importa todo ese tren gubernamental, cuyos gastos debe soportar él sólo sin obtener provecho alguno, tren que sólo existe para enseñarle que el único derecho que tiene es el de morir de hambre en medio de la abundancia que el trabajador ha creado?

En los días sombríos de revuelta, cuando la miseria, haciéndose más intensa, lanza á los trabajadores á la calle, estas instituciones "sociales" son las que se colocan al frente y les cierran el camino del porvenir. Débese, pues destruirlas, y guardarse muy bien de reconstituir una nueva aristocracia, que tendría por objeto gozar de lo mejor, y lo más pronto posible, á expensas de sus *protegidos*. ¿Qué importa la elección de la mano que nos pega si lo que debemos procurar es que no se nos pegue jamás? *

No olvidemos que, sea el que quiera el nombre

con que se encubra la nueva autoridad, por benigna que trate de parecer, sean cuales fueren las correcciones que se le hagan, y cualquiera que sea el modo de reclutar su personal, no dejará de quedar sentado el dilema siguiente: ó bien sus decisiones tendrán fuerza de ley y serán obligatorias para todos, y entonces tendrá necesidad de todas las instituciones actuales para aplicarlas y hacerlas respetar, y renunciamos así á ser libres; ó bien los individuos quedarán libres de discutir las decisiones gubernamentales, de conformarse á ellas si les place, ó de mandar á paseo á la autoridad si les enfada, y así conservamos la libertad entera, pero el gobierno queda siempre como un obstáculo y una amenaza. Conclusión: "No más gobierno."

VIII

Magistratura

La autoridad, como hemos visto, emana del derecho que se arroga la fuerza. Pero habiendo el hombre ensanchado el campo de su pensamiento, fué necesario que la autoridad justificase su existencia. Combinándose con la religión y apoyada por los curas, pretendió ser de origen divino y constituyóse en casta que llegó con el tiempo á resistir á la fuerza brutal del rey y á la de los señores: la magistratura estaba fundada. Y, en el 89, al apoderarse la burguesía del poder, guardóse bien de destruir ese pilar del orden social. Por otra parte, ¿acaso la nobleza de toga no pertenecía á la burguesía igualmente que la nobleza de espada? Se transó con ella buscándole un modo de reclutamiento más en armonía con las nuevas aspiraciones.

Habiendo recibido el derecho divino un fuerte desgarró con la decapitación de Luis XVI, no

podía la magistratura, sin riesgo de pasar también por ese nivel igualador, continuar apoyándose en ese derecho. Inventóse, ó, más bien, se deificó la *Ley*. Y constituyóse á la magistratura en guardiana y aplicadora de ella, titulándose incorruptible. La farsa estaba representada: la institución más temible, la más necesaria á la defensa de los privilegios llegó á mantenerse haciéndose la sacerdotisa de la nueva entidad: la *Ley*, creada por los nuevos amos.

* *

La sumisión de Francia al régimen de la *ley* es, en efecto, una de las conquistas del 89, la en que más se fijaron los historiadores burgueses para hacer resaltar sus beneficios. La codificación de la autoridad, si se escucha á esos turiferarios, tenía por efecto inmediato legitimar la arbitrariedad más desvergonzada. En lo sucesivo, todós los franceses serían iguales, el pueblo no tendría que reclamar nada más. No habría más que un solo amo, ante el cual, es cierto, debían todos, inclinarse, lo que tenía por efecto igualar su situación. Este amo era la *ley*.

Pero nosotros, que no nos pagamos de frases, si indagamos lo que los trabajadores han podido ganar con esta transformación, veremos que han ganado sólo una nueva mentira. En efecto, en tiempo de la realeza absoluta, cuando el rey y los señores apremiaban al patán á que les

sirviera, no había lugar á engaño: la fórmula "porque así nos place", indicaba de donde arrancaban sus derechos. No se apoyaban en más derecho que en el de la espada,—contaban mucho más con este que con la voluntad divina:—era, por consiguiente, en el derecho de la fuerza donde se apoyaban. Se conformaba á sus órdenes, se sufría sus pretensiones, porque no se estaba en condiciones de resistir; al menos no se encontraban imbéciles que os dijeran, fuera de los interesados, que hay que obedecer porque es la ley, porque es el deber de todos y de cada uno el conformarse á ello hasta que se haya cambiado.

* *

Si se reconoce que la ley puede cambiar, es de presumir que la ley puede convertirse en regresiva; y reconocer esto, es confesar que, desde su principio, puede lastimar á alguien, pues siempre hay individuos más adelantados que su época. Luego la ley no es justa, no tiene el carácter respetable que se le ha querido dar. Si esta ley me lastima en mis intereses ó en mi libertad ¿por qué debo estar obligado á obedecerla y cuál es el fallo inmutable que puede justificar ese abuso?

* *

En materia de ciencia, cuando los sabios, después de múltiples investigaciones y trabajos,

llegan á formular lo que se llama una ley natural, no es que una mayoría ó un cenáculo de individuos, creyéndose superiores al resto de los mortales, decidan que en virtud de su voluntad, ordenan á las fuerzas naturales que se conformen á tal ó cual evolución. Se les reiría en las narices á los imbéciles que tuviesen tal pretensión.

Cuando se proclama una ley natural, es porque se ha reconocido que si tal fenómeno se produce, si tal combinación química se opera, es en virtud de tal ó cual fuerza, por la existencia de tales afinidades, y dado el ambiente en que el fenómeno se ha realizado era imposible que sucediese de otro modo. Tales fuerzas puestas en movimiento en tales condiciones, producen tal resultado; es matemático. Luego, la ley descubierta no viene á *regir* el fenómeno, sino á *explicar* sus causas. Estas leyes, se las puede discutir, poner en duda y aun negarlas; los diversos cuerpos que componen nuestro mundo continúan combinándose según sus propiedades ó afinidades y la tierra continúa girando sin necesidad de fuerza alguna que proteja su evolución y castigue á los que quieran violarlas.

En nuestras sociedades, resulta todo lo contrario. Parece que las leyes se hacen sólo para ser violadas. Es que los que las han hecho han consultado solo sus preferencias personales, el interés de casta que ellos representan, el grado

medio de la evolución moral de su época, sin que sea tenido en cuenta el carácter, las tendencias y las afinidades de los que se trata de someter á ellas, lo que, por otra parte, sería imposible dada la diversidad de caracteres y tendencias individuales. Cada propiedad tiene sus leyes, y no puede, por tanto, haber una ley única y universal en sociología ni en física, so pena de ser arbitraria, inaplicable.

En efecto, en nuestras sociedades, no hay una ley que no hiera, ya en sus intereses, ora en sus ideas, á una parte de los miembros que componen la sociedad; no ha habido una ley que cada partido triunfante no haya podido volverla contra sus adversarios. Una vez conquistado el poder, todo partido ilegal tórnase legal, pues es él el que hace aplicar la ley por sus parciales.

* *

Se puede, pues, deducir que, siendo la ley sólo la voluntad del más fuerte, se vé uno forzado á obedecerla en tanto sea demasiado débil para resistirla; se vé así mismo que nada la legítima y que la famosa *legalidad* no es más que una cuestión de *más* ó de *menos* fuerza. Así, cuando determinados farsantes oponen á los trabajadores su razón suprema, la legalidad, estos últimos pueden reírse en sus barbas preguntándole si se les consultó para fabricar las leyes. Y aunque ellos se hubieran adherido en un momento á ellas,

no podrían tener efecto sino en tanto que los que las aceptaron continuaran creyéndolas útiles y mientras quieran conformarse á ellas.

Sería gracioso que, so pretexto de que en un momento de nuestra vida hayamos aceptado una línea de conducta cualquiera, nos halláramos forzados á adoptarla todo el resto de la vida, sin poder modificarla, porque esto podría displacer á cierto número de individuos que, por una ú otra causa, hallándose de acuerdo con el orden de cosas existente, quisieran cristalizarse en el presente.

Pero lo que es todavía más ridículo, es el que se nos quiera someter á leyes de pasadas generaciones; la pretensión de querernos hacer creer que debemos respetar y obedecer las fantasías que plugo á algunas buenas gentes codificar y erigir en leyes hace cincuenta años; es, en fin, la temeridad de querer sujetar el presente á las concepciones del pasado.

Al llegar aquí es cuando oímos las recriminaciones de todos los fabricantes de leyes y de los que de ellas viven; los cándidos nos salen al paso gritando que la sociedad no podría subsistir si no hubiera leyes; que los individuos se estrangularían unos á otros si no hubiese una autoridad tutelar para mantenerlos en el temor y el respeto á las situaciones adquiridas.

Más adelante veremos que, á pesar de las leyes y de la coerción, los crímenes continuaron

cometiéndose; que las leyes son impotentes para reprimirlos y para prevenirlos, como consecuencia que son de la viciosa organización social que nos rige; que, por consiguiente, no son las leyes lo que hay que tratar de mantener ó de modificar, sino que debe cambiarse el sistema social.

* *

Pero lo que todavía nos indigna más, es que haya individuos bastante audaces para erigirse en jueces de los demás. Comprendemos que cuando la autoridad se apoyaba en el origen divino, cuando la justicia pasaba por una emanación de Dios, los que con ella eran investidos se creyesen seres aparte, dotados, por voluntad divina, de una partícula de su omnipotencia, de su infalibilidad, y se figurasen seres aptos para distribuir recompensas y castigos al rebaño de mortales vulgares.

Pero, en nuestro siglo de ciencia y de libre crítica, en el que se reconoce que todos los hombres están formados de una misma pasta, sujetos á las mismas pasiones, á los mismos impulsos, á los mismos errores; hoy que la Divinidad agonizante no viene ya á animar con su soplo la razón siempre falible de los individuos, preguntámonos como hay hombres tan ignorantes ó tan presentuosos que se atreven á asumir, á sangre fría, y con propósito deliberado, la terrible res-

ponsabilidad de arrebatarse á otro hombre su vida ó una parte de su independencia.

* *

Cuando todos los días, en las cosas más ordinarias de la vida, no podemos, la mayor parte de las veces, llegar á analizar, no solamente las causas que hacen obrar á nuestros semejantes más inmediatos, si que muchas veces ni siquiera los verdaderos móviles de nuestros mismos actos, ¿cómo se puede tener la pretensión de creer llegar á esclarecer la verdad en un asunto del que no se conoce ni los comienzos, ni los actores, ni los móviles que lo impulsaron á obrar, todo lo cual sólo llega al tribunal engrosado, comentado, desnaturalizado por las glosas de los que han participado de algún modo en ello, ó, más á menudo, de los que solo han oído contarle á otros?

Vosotros, los que os presentáis como jueces severos é infalibles del hombre que ha matado ó robado, ¿sabéis cuales son los móviles que le impulsaron á obrar? ¿Conocéis las circunstancias de ambiente, de herencia, ó siquiera las de casualidad que han influido en su cerebro y le han determinado á cometer el acto que le reprocháis? Vosotros, los hombres implacables que lanzáis el anatema sobre el «reo» que la fuerza pública conduce al banquillo, ¿os preguntásteis alguna vez si, colocados en el ambiente y en las

circunstancias del hombre que juzgáis, no habrías obrado peor que él? Aunque fuésteis impeccables, austeros é inmaculados, como parece estáis reputados; vosotros, los que con una palabra troncháis despiadadamente las vidas y las libertades humanas ¿os aríais pronunciar vuestros fallos si hubiésteis reflexionado sobre la fragilidad humana? Si fuésteis conscientes de lo que hacéis ¿no retrocederíais espantados ante vuestra obra?

¿Cómo sería posible que pasaseis las noches sin sentirnos turbados por terribles pesadillas? ¿Cómo no habrían de estar vuestros sueños poblados por los espectros de las víctimas que hace todos los días vuestra pretendida justicia? Sin el estado de inconsciencia que dan la bestialidad y la costumbre, acabaríais por sucumbir bajo el peso del remordimiento y el trato con los fantasmas evocados por vuestras sentencias!

* *

Nuestra época de crítica y de ciencia positiva apenas admite el principio de justicia distributiva y no reconoce ya la legitimidad de una autoridad superior que recompense á los buenos y castigue á los malos. Frente á esta vieja doctrina que las concepciones del tiempo, hicieron lógicamente durante una fase de la humanidad, propagamos nosotros la idea opuesta.

Cada uno de nosotros no ve más que acciones

que considera buenas ó malas, según le sean agradables ó desagradables, y en consecuencia de las cuales obra el individuo. Se aprueba ó nos entusiasmos, se defiende ó ataca, según las ventajas ó perjuicios que reciben nuestros intereses, nuestras pasiones y nuestras concepciones del ideal. La común necesidad de solidaridad que impulsa á los individuos sometidos á los mismos ataques á unirse para la defensa, es, para nosotros, la futura garantía de un orden social menos turbado que el nuestro. Nosotros no juzgamos; obramos y luchamos y creemos que la armonía universal resultará del libre funcionamiento de todos los hombres, una vez que la supresión de la propiedad individual no había de permitir que un puñado de individuos pueda esclavizar á sus semejantes.

* *

No podemos admitir, pues, que, seis semanas ó seis años después de cometido un acto, un grupo apoyado con la fuerza armada se reuna para juzgar en nombre de una entidad cualquiera y recompense ó castigue al autor del acto. Esto es hipócrita y cobarde. Reprocháis á este hombre el haber matado y para demostrarle que es culpable, le hacéis matar por el verdugo, este asesino asalariado. Ni el verdugo ni vosotros tenéis siquiera la excusa de haber arriesgado la

piel, ya que sólo obráis al abrigo de una fuerza armada que os protege.

Estamos en guerra con la casta dominadora, reconoced, señores de la magistratura, que soís sus sostenidores y no nos fastidiéis con vuestras altisonantes palabras y con pomposas frases; mantened los privilegios, cuya guarda os ha sido confiada; usad de la fuerza que la ignorancia os concede, pero dejad en paz á la justicia: nada tiene que ver ella en lo que hacéis.

* *

Para que pudiéscis juzgar bien de la ignominia de vuestra misión de podadores, quisiéramos ¡oh jueces! que llegáseis á caer, siendo inocentes, bajo las garras de vuestros semejantes, para ser juzgados. En tal situación, podríais conocer por qué angustias, por qué terrores han tenido que pasar los que han desfilado ante vuestros estrados, aquello á quienes habéis torturado vosotros, magistrados, como el gato tortura al ratón.

Al sonar en vuestros oídos los rasgos de elocuencia del fiscal, que se expresa contra vosotros, veríais pasar ante vuestros ojos los espectros de los desgraciados que en vuestra carrera habéis inmolado sobre el altar de la vindicta social, y con terror os preguntaríais entonces si aquéllos serían inocentes también.

¡Oh! sí, nosotros quisiéramos de todo corazón

que uno de vosotros, falsamente acusado, pasase por los trances de los que desfilan ante vuestros estrados; pues si un día, reconocida su inocencia, fuese repuesto en sus funciones, es de presumir que sólo volvería á ocupar su plaza en el tribunal para desgarrar su toga y enmendar honradamente su vida criminal de magistrado que juzgó al azar y traficó con la vida de los hombres.

IX

El derecho de castigar y los sabios

Hoy la ciencia admite sin réplica que el hombre es juguete de multitud de fuerzas, de las cuales sufre la presión, y que no existe el libre albedrío; el ambiente, la herencia, la educación, las influencias climatológicas y atmosféricas, obran perennemente sobre el hombre, chocándose, combinándose, pero ejerciendo una acción real sobre su cerebro, y haciéndole girar bajo su impulso, como giran los dados bajo la acción de los dedos del jugador que los lanza.

Según la herencia, la educación y el ambiente en que viva, el individuo será más ó menos dócil á las incitaciones de determinadas fuerzas, más ó menos refractario á otras; pero no por eso está menos admitido que su personalidad es el producto de esas fuerzas.

Después de haber comprobado estos hechos, ciertos sabios, cuyo jefe reconocido es el Sr. C.

Lombroso, han querido establecer la existencia de un tipo criminal. Hânse dedicado á buscar las anomalías que podían caracterizar al tipo que ellos tienen la pretensión de reconocer, y, después de haber ergotizado sobre el tipo por ellos creado, concluyen con la represión enérgica, el encarcelamiento perpetuo, etc. El hombre obra bajo la influencia de causas exteriores, y no es, pues, responsable de sus actos; reconócenlo así, los sabios, y deducen de ello... la represión!

Tendremos ocasión después de explicar esta contradicción; examinemos por el momento las principales anomalías señaladas por los criminalistas como características de la criminalidad:

Heridas antiguas;

Anomalías de la piel;

Anomalías en las orejas y en la nariz;

Tatuaje.

Hay muchas más que nos parece que no tienen mayor relación que las citadas más arriba, con la mentalidad del individuo; pero nuestra ignorancia en anatomía no nos permite el discutir las á fondo. Contentémonos con las que acabamos de enumerar.

Las heridas: Es evidentísimo que un individuo que lleva la señal de antiguas heridas debe ser un criminal empedernido, sobre todo si ha recibido las tales heridas en algún accidente del trabajo ó arriesgando su vida para salvar la vida

de algún semejante! Hasta ahora habíamos creído que la criminalidad consistía más bien en dar golpes que en recibirlos; parece que para la ciencia es al revés: el criminal es el que se deja herir! ¡Inclinémonos, hermanos míos!

En cuanto á las anomalías de la nariz y de las orejas hemos buscado vanamente que relación puedan tener con el cerebro: no la hemos encontrado; pero hay aun algo más chocante. El Sr. Lombroso conviene en que muchos de los casos que el cita como anomalías, se encuentran en gran cantidad entre los que él llama gentes honradas! Son, pues, anomalías que tienden á convertirse en generalidades! ¡Y nosotros que creíamos que una anomalía era un caso que se salía de la generalidad! La ciencia del Sr. Lombroso tiende á demostrarnos lo contrario. Triste consecuencia que prueba, por sobre todo, que las gentes una vez montadas á horcajadas en el caballito de cartón, se confinan á un rincón de la ciencia y acaban por perder la noción exacta del conjunto de hechos y cosas, y no tienen más que un objetivo: reducirlo todo á la porción de estudios por ellos abrazada.

* * *

Tener las orejas ó la nariz mal hecha,—la nariz principalmente,—es muy desagradable, sobre todo si la conformación defectuosa llega hasta el extremo límite del ridículo. Nada más gracioso

que llevar un pedazo de lardo ó tener una mancha de vino en un lado de la cara; esto es, casi siempre, tan desagradable para los que lo miran, como para los que lo tienen; nosotros creíamos, sin embargo, que los que sufren tal anomalía estaban bastante penosamente afectados sin que se les cargue todavía el sambenito de criminales!

Pero ya que el Sr. Lombroso lo afirma, extremando la teoría hasta en sus consecuencias, estamos tentados á pedir que se encomiende á las parteras y médicos comadronas maten á todos los recién nacidos que vengan al mundo con una nariz torcida ó una oreja mal hecha. Toda mancha pigmentaria debe ser, evidentemente, indicio de la más negra perversidad. Así yo, que me parece recordar que tengo manchas de esta clase en... alguna parte, soy anarquista,—lo que es considerado ya por algunos como indicio de criminalidad; esto concuerda bien:—estoy destinado á no ser más que un criminal vulgar. ¡Matadlo, matadlo! La teoría predice que debo perecer en el «patíbulo».

Y aplicando la doctrina á todos los que distribuyen la justicia quedarían, seguramente, pocos supervivientes, ¡qué perfecta, moral y físicamente, sería entonces la humanidad! ¡No debe retrocederse jamás ante las consecuencias de una teoría fundada en la observación, como lo es la citada.

* * *

En cuanto al tatuaje, no lo habíamos tomado, hasta el presente, como indicio de una estética elevada, ¡oh, no!; es un resto de atavismo que lleva á ciertos hombres á realzar «su belleza natural» por medios de adornos practicados en la piel, del mismo modo que podían hacerlo nuestros antepasados de la edad de piedra. Este mismo atavismo lleva aún á muchas mujeres á hacerse agujerear las orejas para colgar en ellas pedazos de metal ó guijarros brillantes, como los botocudos del Brasil ó como ciertas tribus australianas y africanas se hacen incisiones en los labios, en los cartílagos de la nariz y en los lóbulos de las orejas para introducirse aros de madera ó de metal, lo que tiene por efecto, al menos así les parece á ellos, darles una belleza sin igual.

Consideramos nosotros estos procederes como algo primitivos, pero jamás vimos en su práctica ningún carácter de ferocidad; sin embargo, ya que Lombroso nos hace saber que lo tienen, esperamos que se nos desembarazará, no solamente de los que se tatúan, sí que también de los que se agujerean las orejas ó se tiñen los cabellos.

El Sr. C. Lombroso ha intentado también reconocer un tipo de criminal político, apoyándo-

se en datos completamente fantásticos; pero como de seguirle en este terreno nos alejaríamos demasiado de nuestro objeto, nos concretaremos á la crítica del criminalismo propiamente dicho.

* *

Por otra parte, algunos sabios, más esclarecidos no tardaron en hacer la crítica de las teorías de la escuela criminalista por demasiado fantásticas, y han demostrado victoriosamente la poca consistencia de los caracteres de los pretendidos criminales, caracteres con que se quería hacer el patrimonio de los designados con tal hombre.

El Dr. Manouvrier, entre otros, en su curso de *antropología criminal*, dado en la Sociedad Antropológica, en 1890-91, refutó de modo admirable las teorías de Lombroso y de la escuela criminalista, sobre los pretendidos criminales natos. Después de haber demostrado la falsedad de las observaciones sobre las cuales el sabio italiano y sus imitadores se apoyaban para crear el tipo criminal, tomando como sujetos de observación á individuos ya deformados por la vida presidiaria ó por un género de existencia anormal, el Sr. Manouvrier probaba que los individuos pueden tener tales ó cuales aptitudes que les hagan propios para tales ó cuales actos; pero que no están por la conformación de su cerebro ó de su esqueleto, destinados fatalmente

á realizar estos actos y convertirse en lo que se llama criminales.

Tal género de aptitudes, lo mismo puede, según las circunstancias, llevar á un individuo á realizar un acto reputado honroso, como á uno reputado criminal.

Por ejemplo, una musculatura robusta, en un momento de furor puede hacer de este hombre vigoroso un estrangulador, pero también puede hacerlo del policía que arreste al criminal; los instintos violentos, el desprecio al peligro, la indiferencia de dar ó recibir la muerte, tanto son los vicios de un criminal como las virtudes reclamadas al soldado; un espíritu trapacero, inclinado al engaño, insinuante, cauteloso, puede producir el timador que sólo piensa en preparar robos y estafas, pero son también las cualidades requeridas para ser un admirable policía ó un excelente juez de instrucción.

* *

Arrastrado por la fuerza de su argumentación, el profesor no titubeaba en reconocer que á menudo es muy difícil distinguir el pretendido criminal del pretendido hombre honrado, y que muchos que están fuera de la cárcel debieran estar dentro, y viceversa.

Y después de haber reconocido, al igual que otros sabios, que el hombre es juguete de las circunstancias, y que sus actos son la resultante

de aquéllas; después de negar el libre albedrío; después de reconocer que la justicia es sólo una entidad, y de hecho la venganza ejercida por la sociedad substituyendo al individuo lastimado, el profesor detiénese, desgraciadamente, en mitad del camino, concluyendo, después de haber sentado premisas que le acercaban á los anarquistas, en que la penalidad no es bastante fuerte y que hay que aumentarla. Verdad es que se escuda trás la conservación social: los actos reputados como criminales, dice, conmueven á la sociedad; ésta tiene el derecho de defenderse substituyéndose á la venganza individual, sometido á un castigo bastante fuerte á los que la mortifican, para quitarles el afán de continuar.

*
**

¿De dónde viene la flagrante contradicción entre tan amplias premisas y tan estrechas conclusiones, ya que en éstas se pide el mantenimiento de lo que se ha demostrado absurdo en aquéllas? Esta contradicción ¡ay! no es imputable á sus autores: débese esencialmente á la humana imperfección.

El hombre no es universal; el sabio que se entrega apasionadamente á un estudio alcanza prodigios de sagacidad en el surco de la ciencia por él excavado. De deducciones en deducciones llega á resolver los problemas más árduos que forman parte del dominio que se ha propuesto

de cultivar; pero como no puede emprender el estudio de todas las ciencias, de todos los fenómenos sociales, resulta que no puede seguir el progreso de las otras ciencias; y así, cuando quiere aplicar á otras concepciones humanas los descubrimientos admirables por él obtenidos, lo hace á menudo en falso y deduce conclusiones erróneas de la misma verdad por él demostrada anteriormente.

En efecto; si los antropólogos que han estudiado y analizado al hombre, hasta llegar á reconocer su verdadera naturaleza, hubiesen estudiado con igual éxito la sociología y escudriñado todas las instituciones sociales que nos rigen, sus conclusiones serían seguramente muy distintas.

*
**

Ya que han admitido que el hombre obra bajo el impulso de influencias exteriores, deberían buscar cuales son estas causas; estudiando al hombre reputado como criminal, y sus actos, el estudio de la naturaleza de esos actos debe forzosamente imponerse á su espíritu y excitarles á indagar por qué están en antagonismo con las leyes de la sociedad. Es entonces cuando se combinan las influencias del medio, los prejuicios de educación, su ignorancia relativa en las cuestiones científicas que no han estudiado, para dictarles, sin que se aperciban, condiciones tan

favorables al orden de cosas existente que hacen que, á pesar de reconocerlo malo y pedir mejoras para los desheredados, no pueden concebir nada mejor que la autoridad! Acostumbrados á moverse solamente con la cadena al cuello y bajo las mordeduras del látigo del poder, los más independientes bien quisieran desembarazarse de ellos solos, en pequeña minoría; pero su concepción no puede admitir que la humanidad marche sin andadores, sin calabozos y sin cadenas.

* * *

Si estudiamos cuales son los crímenes más antisociales, los más penados por el código y los más frecuentes, no tardaremos en reconocer que, fuera de algunos crímenes pasionales muy raros, y sobre los cuales jueces y médicos están de acuerdo en usar de la indulgencia, son los ataques á la propiedad los que suministran mayor contingente de crímenes ó de delitos. Entonces es cuando se presenta la cuestión, á la cual sólo pueden responder los que han estudiado bien la Sociedad en su naturaleza y en sus efectos: ¿Es justa la propiedad? ¿Una organización que engendra tal número de crímenes, es digna de que se la defienda?

Si este régimen trae consigo tal número de actos que son una reacción ineludible, necesitase que sea muy ilógico, que perjudique muchos

intereses y que el pacto social, lejos de ser unánime y libremente consentido, esté desnaturalizado por la arbitrariedad y la opresión. Demostrar esto es la tarea que nos hemos señalado en esta obra; y una vez reconocido el vicio fundamental de la organización social, comprobaremos de modo evidente que para destruir los criminales hay que destruir el estado social que los engendra.

Haced que en la sociedad todos los individuos tengan asegurada la satisfacción de todas sus necesidades; que nada entorpezca su libre evolución; que en la organización social no existan instituciones que puedan servir para paralizar á sus semejantes, y veréis desaparecer los crímenes. Si quedan algunas naturalezas aisladas demasiado corrompidas ó bastardeadas por la sociedad actual, para cometer algunos de los crímenes cuyas causas no pueden ser otras que la locura, estos individuos necesitarán de la ciencia y no del verdugo, este asesino asalariado de la sociedad capitalista y autoritaria.

* * *

¿Decís que hacéis la guerra á los ladrones y á los asesinos? Pero, ¿qué es un ladrón y qué un asesino? Individuos, diréis, que pretenden vivir sin hacer nada á expensas de la sociedad. Mas, echad una mirada sobre vuestra sociedad, y veréis que en ella hormigean los ladrones y

que, lejos de castigarlos, las leyes son hechas solamente para protegerlos. Lejos de castigar la pereza, presenta como ideal y recompensa el placer de no hacer nada á los que puedan llegar, no importa por que medios, á vivir espléndidamente sin producir nada.

Castigáis como ladrón al desgraciado que, falto de trabajo, se expone al presidio para apoderarse del pedazo de pan con que debe aplacar su hambre; pero os inclináis, sombrero en mano, ante el acaparador millonario que, con la ayuda de sus capitales, arrebatada del mercado los objetos necesarios para el consumo de todos, para revenderlos con una ganancia de 50 por 100; os apresuráis á ir, humildísimos y sumisos, á las antesalas de un rentista que, con una jugada de bolsa, ha arruinado á algunas centenas de familias para enriquecerse con sus despojos.

Castigáis al criminal que, para satisfacer sus gustos de haraganería y libertinaje, ha hecho una víctima cualquiera; pero ¿no es vuestra sociedad la que les ha inculcado la pereza é inclinado al libertinaje? Castigáis al que opera en pequeño, pero mantenéis ejércitos para enviarlos á ultramar á operar en gran escala contra pueblos incapaces de defenderse. Para los explotadores que matan, no uno ni diez individuos, sino que se valen de generaciones enteras destrozándolas á fuerza de tanto hacerlas trabajar y escatimándoles todos los días el sueldo, sumiéndolas

en la más sórdida miseria, ¡oh! para éstos reserváis vuestras simpatías y, en caso necesario, ponéis todas las fuerzas de vuestra sociedad á su servicio. Y la ley, de la cual sois sus guardianes feroces, cuando los explotados, cansados de sufrir, alzan la frente y reclaman un poco más de pan, un poco menos de trabajo, hacéisla humilde servidora de los privilegiados en contra de las reclamaciones intempestivas de los descamisados.

Castigáis al imbécil que se deja prender en vuestras redes, pero al que es bastante fuerte para romper sus mallas le dejáis pasar en paz. Encarceláis al vagabundo que al pasar roba una manzana, pero ponéis al servicio del propietario todo el rodaje de vuestra legislación para permitirle robar al pobre diablo que le deba cincuenta pesetas el mobiliario que le habrá costado cuatrocientas ó quinientas, que representa las economías de una parte de su existencia.

Vuestra justicia jamás tiene los suficientes rigores para los ladrones haraposos, pero protege á los que operan sobre una clase, sobre toda una nación. Todas vuestras instituciones, ¿no han sido, por ventura, establecidas para asegurar á los poseedores la libre posesión de lo que sustrajeron á los *despojados*?

Pero lo que más nos subleva son las fórmulas hipócritas que se emplean para hacernos considerar como cosas sagradas todas las bufonías teatrales con que los burgueses rodean sus siniestras comedias y que no tienen el valor de confesar francamente.

Y aún nos subleva más la actitud de todos esos saltimbanquis que, so pretexto de atacar al régimen existente, atacan á los hombres que aplican los textos por el modo de aplicarlos, pero cuidando de respetar su esencia, dando á entender que puede haber treinta y seis maneras de aplicar la ley y que, entre estas treinta y seis maneras, puede haber una buena; que entre los hombres que escalarán el poder se podrá encontrar algunos bastante honrados, de amplias miras, hombres, en fin, que no existen, que podrán distinguir esta buena manera y aplicarla á satisfacción de todos.

Verdaderamente no sabemos que admirar más, si la picardía de los que no predicán estas insulsezes ó la candidez de los que continúan respetando este aparato teatral, del cual soportan solos todo el peso. Es difícil comprender como entre esa innumerable multitud de individuos que han pasado por el tamiz de la justicia, no se haya aun encontrado uno, suficientemente despreocupado, para ir á levantar las faldas de los que le estigmatizan, demostrando así al público que todos aquellos trapos sirven sólo para

disfrazar á hombres sujetos á las mismas debilidades y á los mismos errores que el resto de la humanidad, sin contar los crímenes inspirados por sus intereses de casta.

*
*

Para nosotros anarquistas, que atacamos la autoridad, la legalidad es también una de esas formas hipócritas que más debemos flagelar para arrancarle todos los oropeles que sirven para esconder las palinodias y las afrentas de los que nos gobiernan.

Demasiado tiempo se ha respetado esas mogingangas; demasiado tiempo han creído los pueblos que estas instituciones emanaban de una esencia superior que, haciéndolas flotar en una esfera etérea, las ponía por encima de las pasiones humanas; demasiado tiempo se ha creído en la existencia de hombres excepcionales, hechos de una pasta especial, encargados de distribuir aquí abajo, á cada uno según sus méritos, á cada uno según sus obras, esa justicia ideal que cada cual vé á su manera, según la condición en que está colocado, y que ellos han codificado inspirándose en las ideas más atrasadas en las más rancias, para proteger la explotación y la servidumbre de los débiles por los que han sabido crear é imponer su dominación.

Hora es ya de romper con estos absurdos y de atacar francamente las instituciones carcomidas

que tienen por objeto aminorar la personalidad humana; el hombre libre no admite la pretensión de los individuos que se arrogan el derecho de juzgar y condenar á otros individuos. La idea de *justicia*, tal como la soportan las instituciones actuales, ha caído con la *divinidad*; la una ha arrastrado á la otra. La idea de dios, inspirando á los magistrados los veredictos que debían pronunciar; pudo hacer aceptar la infalibilidad de la justicia de los hombres, cuando las ~~mas~~ estaban bastante atrasadas para creer en una existencia ultraterrestre, en un buen hombre cualquiera que existía fuera del mundo material, que se ocupaba de todo lo que pasaba en nuestro planeta y regulaba las acciones de todos los individuos que lo habitan.

Pero destruída la creencia en dios, desaparecida la fé en lo sobrenatural, quedando sólo la personalidad humana, con todos sus defectos y sus pasiones, la inviolabilidad y el carácter supremo que son la esencia de la divinidad, de los cuales se había revestido la magistratura para mantenerse por encima de la sociedad, deben desaparecer á su vez para dejar ver á los desilusionados lo que ocultaban: la opresión y la explotación de una clase por la otra, el fraude y la violencia elevados á la altura de principios y transformados en *instituciones sociales*.

La ciencia nos ayuda á levantar el velo, ella es la que nos ha suministrado las armas que han contribuído á poner el coloso al desnudo, y es ya demasiado tarde para volver atrás é intentar reconstituir, en nombre de la Entidad-Sociedad, lo que ha destrozado con el de Entidad-Divinidad. Es necesario que los sabios lleguen á despojarse completamente de la educación burguesa que han recibido y que estudien los fenómenos sociales con el mismo cuidado, con el mismo desinterés con que han hecho los estudios sobre un conocimiento especial. Entonces, cuando no se vean influidos por consideraciones ó prejuicios extraños á la ciencia, no serán sus conclusiones la condenación de los criminales, sino que, por el contrario, convendrán con nosotros en que lo que debe destruirse es el estado social que hace que en su seno y por su organización viciosa, pueda haber individuos reputados de honrados y otros reputados de criminales.

X

Influencia del ambiente

Es una verdad que empieza á reconocerse y que se abre paso en el mundo científico: la influencia modificadora del ambiente en los seres organizados, sólo la combaten ya los viejos figurones de la ciencia oficial.

Reconócese hoy que el suelo, el clima, los obstáculos ó la facilidad de vivir que encuentran los organismos en un continente tienen, en su desarrollo, una influencia tanto ó más grande que las otras leyes con la ayuda de las cuales se ha querido—exclusivamente—explicar su educación ó sus tendencias á la variabilidad.

Para el hombre, del que se ha querido hacer un sér aparte, costó más admitirlo, mayormente porque él puede transformar el ambiente en que evoluciona. Pero al fin se acabó por reconocer que, al igual de los demás animales, sufría las mismas influencias, evolucionaba bajo la presión de las mismas originarias causas.

Cuando, conforme á las mismas leyes, ha sido necesario explicar su evolución moral, se ha hecho mucho más difícil todavía, y hasta los que negando el libre albedrío reconocen que el hombre obra sólo bajo la presión de hechos exteriores, no han podido aceptar la ley con todas sus consecuencias, es decir: remontar las causas de la criminalidad del hombre á la organización social y pedir su transformación.

Los más animosos, que son raros, llegan á admitir, en principio, que la organización social es mala, que debe reformarse, que algunas de sus instituciones engendran los delitos; pero para ellos, la gran culpable es la mala naturaleza del hombre, que necesita un freno para sus pasiones, y que, por defectuosa que sea, sólo la sociedad puede llegar á comprimir.

* * *

Además, para atenuar la responsabilidad de la sociedad toda, dividen el ambiente social en varias partes que bautizan también con el nombre de ambientes y á los cuales endosan los malos efectos de la influencia producida.

En cuanto á la sociedad, dicen ellos, puede ser que deja algo que desear; pero tal como es, protege á los débiles contra los perversos, garantiza á los individuos el libre ejercicio de su trabajo y dá una protección más segura, más eficaz y más

barata que si se viesen forzados á defenderse por sí mismos.

En una palabra, concluyen diciendo: es un contrato de seguros mútuos que se ha establecido entre los individuos; si cometen delitos, débese mucho más á la maldad natural del hombre que á la organización social.

*
* *

Estamos, ciertamente, lejos de pretender que el hombre sea un modelo de perfección; para nosotros, es un pobre animal que, cuando no aplasta á su semejante bajo el talón de su bota, se deja aplastar por el de los demás; pero, en suma, el hombre no obra exclusivamente bajo la influencia de malos instintos, y los bellos sentimientos de amor, de caridad, de fraternidad, de sacrificio, de solidaridad, cantados, exaltados por los poetas, las religiones y los moralistas, nos prueban que si á veces obra bajo el impulso de malos sentimientos, hay en el fondo un ideal, un anhelo de perfección, y es este anhelo, esta necesidad de perfección lo que la sociedad comprime, impide desarrollar.

El hombre no se ha hecho por sí sólo, ni moral, ni físicamente. Como los demás animales, del cual es una muestra superior, prodúcese de un conjunto de circunstancias, de combinaciones y de asociación de materias. Ha luchado para desarrollarse, y si ha contribuído en gran parte

á transformar los ambientes en donde se ha establecido, en cambio éstos han influido en las costumbres que ha tomado, en la manera de vivir, de pensar y de obrar.

El hombre, pues, ha establecido la sociedad bajo el imperio de su carácter, de sus pasiones, y continúa teniendo una parte de influencia en su funcionamiento. Pero no hay que olvidar que el hombre ha continuado evolucionando después del establecimiento de las sociedades, mientras que éstas, después que se organizaron en grupos numerosos, continúan todavía basadas sobre la autoridad y la propiedad.

Las revoluciones han traído algunos cambios en los detalles; el poder y la propiedad han cambiado de manos, han pasado de una casta á otra; pero la sociedad no ha cesado de estar basada en el antagonismo individual, en la competencia de intereses, y de pesar con todo su peso en el desenvolvimiento intelectual.

Es en el seno de la sociedad que viene el hombre al mundo, es en el ambiente que ella le ofrece donde adquiere sus primeras nociones, donde aprende un cúmulo de preocupaciones y de mentiras que sólo después de muchos siglos de crítica y de discusión se há llegado á reconocer falsas. Forzoso es, pues, reconocer que la influencia del ambiente social en el individuo es inmensa, que pesa sobre él con todo el peso de sus instituciones, con la fuerza colectiva de sus miembros y

con la adquirida por la duración de su existencia; mientras que el individuo, para resistir, ésta no dispone más que de sus propias fuerzas.

* *

La sociedad, que es una primera tentativa de ensayo de solidarización, debería tener por objeto primordial el mejoramiento de los individuos, enseñarles á practicar la solidaridad que les ha movido á asociarse, hacerles amarse como hermanos, impulsarles á poner en común alegrías, placeres, goces, penas, dolores y sufrimientos, trabajo y producción.

La sociedad, por el contrario, no ha encontrado cosa mejor que dividirlos en gran número de castas que pueden resumirse en dos principales: los gobernantes y los poseedores de un lado, los gobernados y los despojados de otro.

Al lado de los primeros, goces y plétora; al lado de los segundos, miseria, privaciones, anemia. Lo que dá por resultado convertir á esas dos categorías de individuos en enemigos, entre quienes se perpetúa una guerra feroz que sólo puede acabarse por la servidumbre perpétua de los segundos ó la destrucción completa—de clase y privilegios al menos—de los primeros.

* *

Pero la organización, defectuosa y mal comprendida, de la sociedad, en dos clases distin-

tas, no limita á esto sus perniciosos efectos. Basada en el antagonismo de intereses, opone, en cada clase, individuo contra individuo; siembra la guerra entre ellos por la institución de la propiedad individual, que fuerza á los individuos á atesorar para asegurar el mañana que la sociedad no puede garantir.

La competencia individual es el gran resorte de la sociedad actual: cualquiera que sea el comercio, la profesión, el género de trabajo á que se dediquen los individuos, tienen que temer la concurrencia de los que escogen la misma rama de actividad. Para aumentar sus beneficios, sus probabilidades de éxito y algunas veces simplemente para no zozobrar, véanse obligados á especular con la ruina de sus competidores.

Hasta cuando se ligan entre sí, siempre es en detrimento de una parte de los de su clase, siempre en detrimento de los que son tributarios en el mismo género de producción.

Establecida sobre esa lucha individual, la sociedad ha hecho de cada ser el enemigo de todos los demás; provoca la guerra, el crimen, el robo y todos los delitos que se atribuyen á maldad natural del hombre cuando sólo son consecuencia del orden social, delito que la sociedad contribuye á perpetuar cuando debieran desaparecer bajo la influencia de las nuevas nociones morales adquiridas por el hombre.

Esta lucha individual tiene por efecto produ-

cir la guerra entre los mismos poseedores, dividirlos é impedirles ver su propio interés de casta, que sería trabajar para asegurar su explotación y evitar y prevenir todo lo que pudiera abrir los ojos á los explotados. Guerra que les hace cometer multitudes de faltas que contribuyen mucho á su decadencia.

Si todos los burgueses estuviesen unidos entre si de tal modo que no tuviesen interés particular alguno y no les moviera más que el interés de casta, dada la potencia que les asegura la posesión de la fortuna, la autoridad y todo el rodaje administrativo, ejecutivo y coercitivo que constituye la sociedad actual y dado su desarrollo intelectual forzosamente superior al de los trabajadores, á los cuales racionan la nutrición de la mente como la del cuerpo, la burguesía podría mantener indefinidamente á los explotados bajo el trabajo penosísimo, la miseria y la dependencia en que ya los tiene.

Felizmente el afán de gozar, de brillar, de ostentar y de atesorar, hace que los burgueses libren entre sí una guerra no menos cruel que la que libran contra los trabajadores. Afanosos de goces, amontonan faltas sobre faltas; acaban por darse cuenta de ello los trabajadores, en consecuencia estos acaban por conocer las causas de donde deriva la miseria causas que les dan conciencia de la abyección en que se les tiene.

* * *

Pero la misma guerra que se hace entre burgueses, hácese entre trabajadores, y si la primera compromete la estabilidad del edificio burgués, la segunda contribuye á asegurar su funcionamiento.

Forzados á luchar entre sí para arrebatarse los puestos vacantes que la burguesía les ofrece en sus presidios, los trabajadores se consideran como enemigos, á la vez que se les induce á mirar como bienhechores á los que los explotan.

Famélicos, debido á que la burguesía les da solo, en cambio de su trabajo, lo preciso para no morir de hambre, se les fuerza desde el primer momento á considerar enemigos suyos á los que ván á disputarles en el taller el puesto que tanto les costó obtener.

La escasez de puestos acentúa la competencia, obligándoles á ofrecerse á más bajo precio aun que sus competidores. De modo que esta zozobra de la lucha diaria por el pan cotidiano, les hace olvidar que sus peores enemigos son sus amos.

Pues la burguesía, fuerte, es verdad, por la riqueza, la supremacía intelectual y la posesión de la fuerza gubernativa, no es, después de todo, más que una ínfima minoría frente á la multitud de trabajadores, y no tardaría en capitular ante

su número si no hubiese encontrado el medio de dividirlos y de hacerlos contribuir á la defensa de sus privilegios.

* *

Todo esto nos indica, pues, que el hombre está, indudablemente, lejo de ser un ángel; y aun que es cierto ha sido un bruto, en toda la extensión de la palabra. Al constituirse en Sociedad, la basó en sus instintos de lucha y de dominación; esto nos explica porque está tan mal construída.

Sólo la Sociedad ha continuado mala; quedando su autoridad en manos de una minoría, ésta la ha hecho funcionar en beneficio suyo, y cuanto más se ha desarrollado, la Sociedad más se ha tendido á concentrar el poder en manos de esa minoría y á desarrollar los malos efectos de estas nefastas instituciones.

El hombre, por el contrario: á medida que su cerebro se desarrolla, que la facilidad de procurarse los medios de vivir aumentan, siente germinar en sí el sentimiento de solidaridad, al cual había obedecido ya al agruparse. Ha venido á ser una necesidad tal este sentimiento, que las religiones lo han extremado llevándolo hasta el sacrificio; predicando la caridad y la abnegación han encontrado un nuevo elemento de explotación.

¿Cuántos sueños de reorganización social,

cuántos planes para alcanzar el bienestar entre los humanos no ha engendrado la necesidad de vivir armónicamente con nuestros semejantes? Pero ahí está la Sociedad, ahogando con todo su peso los buenos instintos del hombre, reavivando en él su salvaje egoísmo primitivo, forzándole á considerar á los demás individuos como enemigos que debe abatir para no ser abatido, acostumbrándole á mirar con indiferencia á los que desaparecen aplastados por los monstruosos engranajes del organismo social, sin poder socorrerlos, so pena de ser también tragado por las fauces insaciables del mónstruo, que devora principalmente á los buenos y á los candidatos que se dejan llevar por sus sentimientos humanitarios, dejando sólo que los malignos se salven empujando á los demás á fin de retardar su caída.

* *

Se grita contra los holgazanes, contra los ladrones y los asesinos; se invoca el lado esencialmente malo de la naturaleza humana, y no se aperciben de que estos vicios desaparecerían si no fuesen mantenidos y desarrollados por la organización social.

¿Cómo querer que el hombre sea trabajador, si en la organización que nos rige el trabajo es considerado como degradante y está reservado á los parias de la sociedad y se ha hecho de él,

por la avaricia de los que lo explotan, un suplicio, una esclavitud?

¿Cómo querer que no haya perezosos si el ideal, el fin que debe perseguir todo individuo que quiera elevarse, es llegar á reunir, no importa por qué medios, bastante dinero para vivir sin hacer nada ó haciendo trabajar á los demás? Cuanto mayor es el número de esclavos que el individuo llega á explotar, más elevada es su posición, más se le respeta y, por tanto, mayor la suma de goces alcanzada.

Se ha clasificado la sociedad y se ha hecho que el más alto puesto de la escala social, considerado como recompensa al mérito, á la inteligencia, al trabajo, sea reservado precisamente á los que jamás han hecho nada por sí mismo.

Los que, por una ú otra razón, se han encaramado en esa cumbre, comen, beben, derrochan, sin que tengan que hacer trabajar sus dos manos, y dan el espectáculo de su vagancia, de sus goces, á los explotados que, al pie de la escala, sudan, penan y producen para ellos, recibiendo sólo, en cambio, algo para no morir de hambre, sin poder esperar salir de su situación más que gracias al azar, ¡y se extrañan que los individuos tengan tendencias á querer vivir sin hacer nada! Lo que nos extraña á nosotros es que haya aun individuos bastante bestias que quieran trabajar.

Ante el ejemplo dado por la sociedad, el ideal de los individuos no puede ser otro que el de llegar á hacer trabajar á los demás, á explotarlos, para no ser explotados ellos mismos. Y cuando faltan los medios de explotarlos legalmente en su trabajo, se buscan otras combinaciones. El comercio y la usura son aun medios lícitos, aceptados por la ley, que dán enormes beneficios cuando se realizan en grande, á los cuales se agrega, cuando sólo pueden utilizarse en pequeña escala, procederes que permiten caminar por los linderos del código, los que se abandonan para pisotearlos cuando puede hacerse sin riesgo. El fraude y el engaño son auxiliares muy útiles que os permitirán decuplicar los beneficios.

Para los que no pueden obrar en esas condiciones, queda aun otro recurso: explotar la credulidad humana, la estafa y otros medios análogos. Se puede bajar más todavía, llegando al robo brutal, al asesinato. Según los recursos de que se dispone, según el ambiente en que uno se ha formado, se pone en práctica uno de los medios que acabamos de enumerar, ó bien se combinan, á fin de escapar, durante el mayor tiempo posible, á las severidades del código, que es reputado defensor de la sociedad.

Miseria y sufrimientos, he ahí la suerte reser-

vada á los trabajadores; toda clase de placeres y ociosidad á los que, validos de la fuerza, la astucia ó por derecho de nacimiento, se han convertido en parásitos.

* *

¡Esta es la solidaridad! ¿Cómo queréis que no se desgarran los individuos, si tienen que preguntarse todos los días que comerán ellos y los suyos al siguiente día si su competidor obtiene en el taller el puesto que para sí codician?

¿Cómo queréis que sean solidarios si tienen que pensar en que el bocado de pan que á veces dan al mendigo que pasa, podrá más tarde hacerles falta? ¿Cómo pueden pensar en la solidaridad si se ven forzados á luchar para conquistar el pan de cada día y hay innumerables goces que serán siempre para ellos un paraíso cerrado?

Tal vez es la necesidad de estrecharse para la lucha lo que los ha acercado, y, poco á poco, transformado este sentimiento en necesidad de amar al prójimo; pero sea lo que se quiera, á la sociedad hay que atribuir la responsabilidad de que subsista la guerra entre los individuos y de las animosidades que de ella derivan.

¿Cómo queréis que el hombre no desee el mal, si sabe que la desaparición de tal individuo le hará subir un escalón, que la desaparición de tal otro será una probabilidad en su favor para obtener el puesto que él anhela? ¿Cómo queréis

que no desee la eliminación de un peligroso competidor?

¿Cómo resistirá el individuo las malas incitaciones de su naturaleza, si sabe que lo que es un mal para su vecino ha de ser un beneficio para él?

* *

Decís que el hombre es malo, y nosotros decimos que es necesario que tenga tendencias reales á hacerse bueno para que la sociedad no ande mucho más mal de lo que vá, para que los crímenes y los siniestros no sean más frecuentes.

Á pesar de todas las incitaciones al mal, que produce el ambiente, el hombre ha podido desarrollar aspiraciones de solidaridad, de armonía y de justicia y sus buenos sentimientos han sido explotados por los que viven á sus expensas. Los sueños para alcanzar la felicidad, las tendencias hacia lo mejor produjeron también toda una clase de parásitos que han especulado con las aspiraciones de los individuos prometiéndoles realizarlas.

Más aun: los buenos sentimientos han sido castigados como subversivos del orden social, y, á pesar de todo, la humanidad tiende á realizarlos. ¡Y todavía se osa hablar de los malos sentimientos del hombre!

Los buenos sentimientos humanos, las aspiraciones de libertad, de justicia, han sido persegui-

dos y castigados, porque los que estaban en condiciones de desprenderse del egoísmo feroz y estrecho que contribuye á eternizar la sociedad actual, soñando con una era de goces y de armonía general, llegaron á preguntarse como es que, habiéndose constituido la sociedad para obtener la felicidad de todos, sólo ha llegado á asegurar los privilegios de unos cuantos.

Y tuvieron forzosamente que deducir que la sociedad estaba mal organizada, que eran viciosas sus instituciones y que debían desaparecer para dejar lugar á una organización más equitativa y más racional. Pero como los que gozan no quieren abandonar sus privilegios, han prohibido estas aspiraciones como subversivas y de ahí nuevas luchas, nuevas causas para desarrollar nuevos malos instintos.

* *

Una vez reconocida la influencia nefasta de la sociedad sobre la moral de los individuos, fácil es suprimir los malos instintos y desenvolver los buenos.

Habiendo vuestra sociedad, basada en el antagonismo [de] intereses, [procreado] la maligna bestia [llamada] hombre [civilizado], buscad una organización que, por el contrario, se base en la más estrecha solidaridad.

Haced que los intereses individuales no se opongan unos á los otros, ni sean contrarios al

interés general. Haced que el bienestar particular emane ó lo produzca la prosperidad general. Haced que para vivir y gozar no tengan los individuos que temer la competencia de sus semejantes; haced que les convenga asociar sus fuerzas, sus aspiraciones y que esta asociación no pueda hacerse en detrimento de las agrupaciones vecinas.

¿Tenéis miedo á los holgazanes? Haced el trabajo más atractivo. En lugar de encadenar á él á una pequeña minoría de la Sociedad, por lo que resulta un suplicio, suprimid todos vuestros rodajes, todos vuestros empleos inútiles y organizad vuestra sociedad de modo que cada uno sea impulsado por la fuerza de las cosas, y no por autoridad alguna, á cooperar á la producción general. Haced el trabajo útil, necesario, convirtiéndolo en ejercicio higiénico en lugar de ser una tortura.

Con la organización social actual, obtenéis guerras, crímenes, robos, fraudes y miseria: son el resultado de la apropiación individual y de la autoridad; es la influencia del ambiente que se hace sentir.

Si queréis una sociedad en la que reine la confianza, la solidaridad, el bienestar general, basadla sobre la Libertad, la Reciprocidad y la Igualdad.

XI

La Patria

La Familia, la Religión, la Propiedad, la Autoridad, al desprenderse lentamente de las aspiraciones humanas, se definieron gradualmente; pero á medida que sus ideas se precisaban, que se desbrozaban sus aspiraciones, convertíanse en base de una nueva evolución que, al ensancharse, llevábalas ante todo á concentrarse más y más en sí mismas y las transformaba gradualmente en castas muy distintas, teniendo cada una sus atribuciones, sus privilegios.

La casta militar no fué una de las últimas en formarse, en desarrollarse y en hacerse preponderante en todas partes, pues, donde se vió forzada á ceder el paso á la casta sacerdotal, cedióle sólo la preferencia honorífica; en el fondo, ¿no era ella la que podía asegurar con su concurso la estabilidad del poder en las manos de los que lo retenían? ¿No era ella la que suminis-

traba los jefes nominales ó efectivos en que venía á resumirse la omnipotencia de las castas?

En este conflicto de intereses la idea de Patria, tenía muy poco lugar. Combatíase de grupo á grupo, de tribu á tribu, y, en los tiempos históricos, de ciudad á ciudad; unos pueblos llegaron á intentar esclavizar á otros pueblos, comenózase á distinguir las naciones; pero la noción de Patria era aún muy indecisa, muy vaga; hay que llegar á los tiempos modernos para ver á la idea Patria formularse, precisarse y poner su autoridad por encima de los reyes, de los curas y de los guerreros, que no fueron más que los servidores de la Entidad-Patria, los sacerdotes de la nueva religión.

En Francia, fué en el 89 cuando la idea de Patria — junto con la de la ley, — se reveló con toda su potencia. Fué una idea genial de la burguesía la de substituir con la autoridad de la nación al Derecho Divino, haciéndola considerar como una síntesis de todos los derechos y llevándoles á defender el nuevo orden de cosas, dándoles á entender que luchaban por la defensa de sus propios derechos.

Pues, bueno es hacerlo notar, la idea de Patria, la Nación, como se decía, más bien resumía el conjunto del pueblo, sus derechos, sus instituciones, que su mismo suelo. Poco á poco, y bajo la influencia de causas ulteriores, la idea de Patria se ha achicado, contraído, hasta el

punto de resultar, en el sentido estrecho que hoy se enseña, el amor al suelo, sin que se trate de los que lo habitan ni de las instituciones que en él funcionan.

Más, sea cual sea el concepto que uno se forme de la Patria, la burguesía tiene demasiado interés en cultivarla para no intentar desarrollarla en el cerebro de los individuos y convertirla en una religión, al abrigo de la cual pueda mantener su autoridad fuertemente discutida. En todo caso, la defensa del suelo era un pretexto demasiado bueno para mantener el ejército necesario para sostener sus privilegios, y el interés colectivo un argumento invencible para forzar á los trabajadores á contribuir á la defensa de los privilegios. Felizmente, el espíritu de crítica se desenvuelve y extiende cada día, al hombre no se le contenta ya con frases, quiere saber lo que ellas significan; si no logra alcanzarlo al primer vuelo, su memoria sabe almacenar los hechos, deducir las consecuencias, sacar una conclusión lógica.

* *

¿Qué representa, en efecto, la palabra Patria, fuera del sentimiento natural de afecto que se tiene para la familia y los allegados y el apego al suelo natal, originado por la costumbre de vivir en él? Nada, menos que nada, para la mayor parte de los que van á hacerse romper la

cabeza en las guerras, cuyas causas ignoran, que son solos á soportar las costas, tanto como trabajadores como combatientes. Felices ó desastrosas, esas guerras en nada cambian su situación. Vencedores ó vencidos, serán siempre el ganado forzado á fatigoso trabajo, explotable y sometido, que la burguesía tiende á conservar bajo su dominación.

Si nos atenemos al sentido dado por los que más hablan de ella, "la Patria es el suelo, el territorio perteneciente al Estado del cual se es súbdito." Pero los Estados tienen sólo límites arbitrarios. Su delimitación depende á menudo de la suerte de las batallas; los grupos políticos, no han estado constituidos siempre del mismo modo que ahora, y mañana, si place á los que nos explotan hacerse la guerra, la suerte de otra batalla puede hacer pasar una porción del país bajo el yugo de otra nacionalidad. ¿No ha sido, por ventura, así á través de las edades? Debido á las guerras habidas, las naciones se han apropiado, perdido y vuelto á tomar las provincias que separaban sus fronteras, resultando que el patriotismo de estas provincias, traginadas de aquí para allá, consistía en batirse, tan pronto bajo una bandera, como bajo á otra; á matar los aliados de la víspera, á luchar al lado de los enemigos del día siguiente: primera prueba de lo absurdo del patriotismo.

Y, además, ¿hay algo más arbitrario que las

fronteras? ¿Por qué razón los hombres situados más acá de una línea ficticia, pertenecen más á una nación que los situados más allá de dicha línea? Lo arbitrario de estas distinciones es tan evidente, que hoy se apela al espíritu de raza para justificar el albergue de los pueblos en naciones distintas. Pero esta distinción no tiene ningún valor, ni descansa sobre fundamento serio, pues cada nación en sí, es una amalgama de razas distintas; y nada decimos de las mezclas y cruzamientos que las relaciones, cada vez más desarrolladas y más íntimas que se mantienen en las naciones, determinan todos los días.

* * *

Desde este punto de vista, las antiguas divisiones de la Francia en provincias, eran más lógicas, pues tenían en cuenta las diferencias étnicas de los que las poblaban. Pero actualmente, tampoco esta consideración tendría ningún valor, pues la raza humana marcha más y más cada día hacia la unificación y absorción de las variedades que la dividen, dejando subsistir sólo las diferencias de ambiente y de clima que habrán sido demasiado profundas para poder ser modificadas completamente.

* * *

Pero donde la inconsecuencia es aún más grande para la mayor parte de los que se hacen ma-

tar así sin tener motivo alguno de odio contra los que se les designa, es en que el suelo que quieren defender ó conquistar ni le pertenece ni les pertenecerá. Ese suelo pertenece á una minoría de satisfechos que, al abrigo de toda contingencia, se calientan al lado del fuego, mientras que los trabajadores van cándidamente á hacerse matar, dejándose poner bestialmente arrematar en la mano para arrebatarse á los otros el terreno que servirá á sus amos para explotarlos más aun.

Hemos visto, en efecto, que la Propiedad no pertenece á los que la poseen: el robo, el pillaje y el asesinato, disfrazados con los pomposos nombres de conquista, colonización, civilización, patriotismo, no han sido los factores menos importantes. No volveremos, pues, sobre lo que ya hemos dicho sobre su formación; pero si los trabajadores fuesen lógicos, en lugar de ir á batirse para defender la Patria... de los otros, comenzarían por desembarazarse de los que los comandan y explotan, invitarían á todos los trabajadores, fuese cual fuese su nacionalidad, á que hicieran otro tanto y se unirían todos para producir y consumir á su placer.

La tierra es bastante extensa para mantener á todo el mundo; no es la falta de lugar, ni la escasez de viveres lo que trae las sangrientas guerras en las que se degüellan millones de hombres para mayor gloria y más gran provecho

de unos cuantos; por el contrario, esas guerras inícuas se suscitan por las necesidades de los gobernantes, las rivalidades de los ambiciosos, la competencia comercial de los grandes capitalistas, que han apriscado á los pueblos en naciones distintas y que, en la Edad Media, trajeron la peste y el hambre que segaban á los que la guerra había dejado en pie.

Entonces intervienen los burgueses, y con ellos los patriotas tragones, exclamando: "Pero, si nosotros no tuviéramos ejército vendrían á dictarnos la ley, á aniquilarnos, á imponernos condiciones aun más duras que las que sufrimos." Otros exclaman, creyendo no oficiar de patriotas: "Nosotros no somos patriotas; indudablemente, la propiedad está mal repartida, la sociedad tiene necesidad de transformarse; pero reconoced con nosotros que Francia vá á la cabeza del progreso y que dejarla desmembrar sería permitir que retrocediera, que se perdieran los frutos de las pasadas luchas, pues vencidos por una potencia despótica, ¿qué serían de nuestras libertades?"

No tenemos, ciertamente, intención de trazar aquí la línea de conducta que los anarquistas deben seguir en caso de guerra. Esta conducta dependerá de las circunstancias, del estado de los espíritus, de una multitud de cosas que no es posible prever; queremos sólo tratar la cuestión desde el punto de vista lógico, y la lógica

nos responde que siendo las guerras emprendidas en provecho de los explotadores, no debemos tomar parte en ellas.

* * *

Lo hemos visto ya: venga de donde venga la autoridad, el que la sufre es siempre esclavo; la historia del proletariado nos demuestra que los gobiernos nacionales no vacilan en fusilar á sus mismos súbditos, cuando éstos reivindicán algunas libertades. ¿Qué menos harían los explotadores extranjeros? Nuestro enemigo es el amo, pertenezca á una ú otra nacionalidad.

Cualquiera que sea el pretexto con que se adorne ó disfrace una declaración de guerra, no puede haber, en el fondo, más que un asunto de interés burgués: disputas motivadas por preeminencias políticas, por tratados comerciales ó por la anexión de territorios coloniales, cosas sólo favorables á los privilegiados; facilitase el juego á los gobernantes, comerciantes é industriales. Los republicanos de ahora nos embroman de lo lindo cuando nos felicitan porque sus guerras no se hacen por intereses dinásticos, habiendo reemplazado la república á los reyes. El interés de casta ha reemplazado al interés dinástico: esto es todo. Al trabajador ¿qué le importa?

Vencedores ó vencidos, continuaremos pagando los impuestos y muriéndonos de hambre

cuando no tengamos trabajo; la esquina ó el hospital continuarán siendo el refugio de nuestra vejez; ¡y quieren los burgueses que nos intereseamos en sus querellas! ¿Qué podemos ganar en ellas?

En cuanto á temer una situación peor, el detenimiento del progreso en el caso de que desapareciese una nación, es no darse cuenta de lo que hoy son las relaciones internacionales, ni la difusión de las ideas. Se podría hoy repartir una nación, dividirla, desmembrarla, quitarle su nombre y no se lograría, á menos de exterminarla por completo, cambiar su fondo propio, que es la diversidad de caracteres, de temperamentos, la naturaleza misma de las razas componentes. Y si la guerra se declarase, todas las libertades, verdaderas ó supuestas, que se pretenden son nuestro patrimonio, no tardarían en suspenderse, se amordazaría la propaganda socialista, la autoridad sería encomendada al poder militar, y no tendríamos nada que envidiar al absolutismo más completo.

*
* *

La guerra, por consiguiente, nada bueno para los trabajadores puede producir; no tenemos en ella ningún interés comprometido; sólo tenemos que defender nuestra piel, y el mejor modo de defenderla, es no exponerla estúpidamente á que sea atravesada en provecho de los que nos explotan y nos gobiernan.

La guerra interesa á los burgueses; ella les permite conservar los ejércitos que imponen respeto al pueblo y defienden sus instituciones. Por ella imponen los productos de su industria, á cañonazos se abren nuevos mercados; son solos á suscribir los empréstitos que para ella se necesitan y cuyos intereses sólo los trabajadores pagamos. Bátense, pues, entre sí, los burgueses, una vez más si quieren; nada nos importa. Por nuestra parte, rebelémonos una vez por todas, pongamos en peligro la existencia de los privilegios de los burgueses y no tardaremos en verles predicando el patriotismo, apelando á los ejércitos de sus congéneres alemanes, rusos ó de cualquier otro país. Son como Voltaire, su patrón, que no creía en Dios, pero juzgaba necesaria una religión para el pueblo bajo; ellos tienen fronteras para sus esclavos, pero se burlan de ellas cuando sus intereses están en peligro.

*
* *

No hay patria para el hombre verdaderamente digno de este nombre, ó, cuando más, hay sólo una: aquella en que se lucha por el buen derecho, la en que se vive, donde se tienen las afecciones, pero que puede extenderse á toda la tierra. La humanidad no se divide en pequeños estantes en los que cada uno deba situarse en su rinconcito, mirando á los otros como á enemigos; para el

individuo íntegro todos los hombres son hermanos y tienen igual derecho á vivir y á evolucionar á su gusto en esta tierra bastante grande y fecunda para alimentarnos á todos.

En cuanto á las patrias convencionales, ningún interés, ni nada que defender tienen los trabajadores; por consiguiente, cualquiera que sea el lado de la frontera en que el azar les hizo nacer, no deben guardarse por ello rencor ninguno; en lugar de continuar degollándose como hasta el presente, deben tenderse la mano por encima de las fronteras y unir todos sus esfuerzos para hacer la guerra á sus verdaderos, á sus únicos enemigos: *la Autoridad y el Capital.*

XII

El patriotismo de las clases directoras

Hemos demostrado que la patria es sólo una palabra sonora que tiene por objeto conducir á los trabajadores á defender un orden de cosas que los oprime; veamos ahora si “el amor á la patria, ese sentimiento sagrado, ese amor al suelo que todo individuo trae consigo al nacer” está tan profundamente arraigado en los que así lo afirman; si responde á causas puramente subjetivas como entre los trabajadores, ó bien á causas puramente materiales, á vulgares preocupaciones de intereses mercantiles; es en los escritos publicados especialmente para ellos y para su uso, donde hay que ir á buscar el fondo de su pensamiento. Resulta edificante.

Si se les escucha—cuando se dirigen á los trabajadores—nada hay más sagrado que la patria; todo ciudadano debe sacrificar su existencia, su libertad para defender el territorio; en

fin, según ellos, la patria representa el interés general en su más alta concepción; sacrificarse por ella, es sacrificarse por los suyos y por sí mismo.

Bastará hojear sus tratados de economía política para encontrar sus mentiras, para ver que todas sus frases retumbantes, que todos los sentimientos de que hacen ostentación, no son más que falsías, en las que se dejan coger los cándidos, disfraces que tienen buen cuidado de dejar en la guardarropía cuando están en la intimidad.

Hé aquí lo que dice uno de sus doctores políticos, cuya autoridad es oficialmente reconocida:

"... Lo que mantiene artificialmente el estado de la guerra entre los pueblos civilizados, es el interés de las clases gobernantes, es la preponderancia que éstas conservan, siendo ellas precisamente las culpables de la continuación de la guerra." (G. de Molinari, *L'Evolution politique aux dix-neuvieme siècle*, Journal des Economistas, pág. 71).

Como se vé, nada más claro, y los buenos burgueses que declaman tan alto contra los horribles anarquistas que tienen la audacia de demostrar á los trabajadores que su interés es antagónico al de la clase burguesa, no dejan de definir bien entre ellos este antagonismo á fin de basar su sistema gubernamental.

Pero he aquí una frase más típica aún:

"... Los motivos ó los pretextos no faltan, en el nuevo régimen, más que faltaban en el antiguo; pero lo mismo bajo el uno que bajo el otro, el verdadero móvil de toda guerra es *siempre el interés de la clase ó del partido posesionado del gobierno, interés que no hay que confundir con el de la nación ó con el de la masa de consumidores políticos*, pues, cuanto la clase ó el partido gobernante está interesado en la continuación del estado de guerra, tanto la nación gobernada lo está en el mantenimiento de la paz." (El mismo, pág. 70).

*
*
*

En cuanto á las ventajas que la clase gobernante encuentra en la continuación de la guerra, nos lo va á decir el mismo autor:

"La guerra al exterior, implica la paz en el interior, es decir, un período de gobierno fácil, durante el cual la oposición es reducida al silencio, *so pena de ser acusada de complicidad con el enemigo*. ¡Y qué más se puede desear, sobre todo cuando la oposición es alborotadora y sus fuerzas casi se balancean con las del gobierno! Es verdad que si la guerra es desgraciada trae inevitablemente la caída del partido que la emprendió; pero, en cambio, si es feliz y no se emprende hasta que se han asegurado probabilidades de éxito, el partido que la emprendió

dió y llevó á buen fin *adquiere por algún tiempo, una preponderancia aplastadora*. ¡Cuántos motivos, sin hablar de los “provechos menudos” que la guerra procura, para no dejar escapar una ocasión favorable para hacerla”. (El mismo, pág. 63.)

*
* *

En cuanto á los “provechos menudos” hé aquí su enumeración:

“Pero, hasta nuestros días, *fueron las clases inferiores, aquellas cuya influencia se deja sentir en menos*, las que generalmente han suministrado los simples soldados. Las clases acomodadas se libran mediante un sacrificio en dinero y este sacrificio, ordinariamente muy módico, está compensado, por otra parte, con la salida que la guerra ofrece á sus miembros, á quienes la exclusión de los extranjeros y la obligación de pasar por las escuelas militares, en las cuales, de hecho, es imposible que entren las clases pobres, *confiere el monopolio de los empleos retribuidos* en la profesión de las armas. En fin, si la guerra es cruel para los reclutas que suministran, según la enérgica expresión popular, “la carne de cañón”, la partida de los siervos arrancados á los trabajos del campo y del taller, al disminuir la oferta de brazos tiene por resultado el alza de los salarios que atenúa entre los que escapan al servicio militar, el horror de la guerra.” (El mismo, pág. 68).

¿Es categórico esto? Véase que «el amor sagrado» á la entidad Patria, no es más que el amor á la explotación y á sus pequeños provechos. La confesión es completa: Contesta victoriosamente á los que pudieran objetar que hay una opinión pública con la cual han de contar forzosamente los gobernantes, que una guerra puede ser justa y obtener el asentimiento público, que se marra declamando contra la guerra en general, que puede haber casos en que los gobernantes se encuentran arrastrados á pesar suyo; que, en fin, la guerra es una consecuencia del estado social actual, que se puede declamar contra ella, deplorar su necesidad, pero que se está forzado á sufrirla. Continuemos citando:

«... Sin embargo, cualquiera que sea el poder de los hombres que deciden de la paz ó de la guerra, y la influencia de la clase donde se recluta el estado mayor de la política, administrativa y militar, véanse forzados, como acabamos de notar, á contar, hasta cierto punto, con la masa mucho más numerosa, cuyos intereses están empeñados en las diferentes ramas de la producción, para quienes la guerra es una cosa «nociva»; la experiencia demuestra, sin embargo, que la fuerza de resistencia de este elemento pacífico no es, de ningún modo, proporcionada á su masa. La inmensa mayoría de los hombres que la componen es en absoluto ignorante, y *nada es más fácil que excitar sus pasiones y desviarla de*

sus intereses. La minoría ilustrada es poco numerosa y, por otra parte, ¿de qué medios dispone para hacer prevalecer su opinión en presencia de la potente organización del Estado centralizado? (El mismo, pág. 68).

*
* *

Así, pues, los burgueses no lo ocultan; no vén en la guerra más que un medio para continuar explotando á los trabajadores; las matanzas que organizan les sirven para desembarazarse de la abundancia que obstruye el mercado; para ellos, los ejércitos se han creado con el objeto de proporcionar un lugar y grados á aquellos de los suyos que, de otro modo, les asaltarían; para ellos, en fin, las guerras que pomposamente llaman nacionales, haciendo vibrar al oído de los cándidos las gruesas, pero huecas palabras, patria, patriotismo, honor nacional, etc., para ellos, repetimos, esas guerras no son más que pretextos á fin de obtener "provechos menudos".

¡Guerras de "menudos provechos" son todas las guerras que se emprendan, ora en nombre de la patria, ora en el de la civilización! Pues desde que el patriotismo empieza á decrecer se sirven mucho de esta nueva palabra para lanzar á los trabajadores contra los pueblos inofensivos que se quiere explotar y cuya culpa es solo haber llegado demasiado tarde al grado de desarrollo que se ha convenido en llamar civilización actual.

Dícese que se emprenden guerras como la expedición á Túnez para castigar á una banda de pillos imaginarios y asegurar la preponderancia nacional; mientras que, por el contrario, el objeto real es abrir un país nuevo á las sospechosas operaciones financieras de algunos oscuros intrigantes; es asegurar campo libre á los merodeadores de la alta banca que se gasta en armamentos el dinero arrancado mediante impuestos á los trabajadores; es facilitar la realización de realzar "menudos provechos" en las plazas que se crearán en los países conquistados que se abren, á cañonazos, esos nuevos mercados que permiten á la burguesía vender sus productos apollados; es por estas razones que se esteriliza á toda una robusta juventud y se envía una multitud de jóvenes á perecer bajo un clima mortífero ó á hacerse destrozado por gentes que, después de todo, están en sus casas y defienden lo que les pertenece.

Guerras de "menudos provechos" son las expediciones al Senegal, al Tonkin, al Congo, á Madagascar, emprendidas siempre en nombre de la civilización, la cual nada tiene que ver con estas expediciones que sólo son bandolerismo simple y puro. Se exalta el patriotismo en casa propia y se fusila, se decapita, calificándoles de bandidos y piratas, á los que sólo son culpables de haber defendido el suelo sobre el cual viven, ó de haberse rebelado contra los que se han cons-

tituido en amos suyos para explotarlos y esclavizarlos.

*
**

Pero como tendremos que tratar de nuevo este punto en el capítulo especial sobre la *colonización*, nos limitaremos, por ahora, al patriotismo de las clases directoras. Los últimos acontecimientos lo han puesto al desnudo con toda su odiosa realidad. Nuestros secretos de armamento y de defensa revelados con complicidad de los empleados en las oficinas del ministerio de la guerra; los chanchullos más vergonzosos operándose á millares en ese abismo sin fondo, en detrimento de la bolsa de los contribuyentes y de la seguridad del país. El gobierno, en lugar de perseguir á los culpables, trata de encubrirlos (1) echando un velo sobre las infamias más vergonzosas. Vemos á los grandes industriales metalúrgicos—diputados, la mayor parte, que tienen al frente de sus empleados á antiguos oficiales—convertirse en proveedores de armas, de cañones, de buques blindados, de pólvora y otros explosivos, de las naciones extranjeras, enviándonos los más modernos inventos, sin preocuparse de si servirán algún día contra nuestro ejército y contribuirán á destrozar á aquellos de

(1) Léase sobre esta cuestión *La France politique et sociale en 1891* de MM. Haouou y G. Bachot, así como *Ministère et Melinite* de los mismos autores.

nuestros compatriotas que los proveedores, en su calidad de gobernantes, enviarán á la frontera á hacerse agujerear la piel. ¿No es, por ventura, la alta sociedad de banqueros judíos y cristianos la que posee nuestras vías férreas, la que tiene las llaves de nuestros arsenales, la que tiene el monopolio de nuestros aprovisionamientos? ¡Oh burgueses, no habléis más de vuestro patriotismo! Si pudieseis dividir vuestro país y venderlo en acciones, os aprésuraríais á hacerlo.

*
**

¿Qué hicisteis el 71, en la guerra franco alemana que, como todos sabemos, acabó para nosotros teniendo que pagar una contribución de cinco mil millones? ¿Quién había de tener interés en pagar esta contribución más que la burguesía á fin de ser la única dueña de la explotación del país? Y luego, para pagar esta contribución, ¿sobre quién se tendió la vista? Sobre los trabajadores. Se hizo un empréstito, cuyo reembolso estaba garantizado por los impuestos que se debían establecer, y que sólo los trabajadores pagan, ya que son los únicos que trabajan y el trabajo es el sólo productor de riqueza.

Admiremos aquí el giro del juego de manos: teniendo la burguesía que pagar el rescate de guerra para desviar á los prusianos del poder y embolsarse ella misma los impuestos, tuvo que pedir prestado el dinero necesario para pagar el

rescate; pero como este dinero no estaba disponible en el bolsillo de los trabajadores famélicos, sólo los burgueses pudieron suscribir el empréstito, prestándose á sí mismos el dinero de que tenían necesidad. Sólo los trabajadores padecerán durante noventa y nueve años para reembolsar este empréstito—capital é intereses—que jamás entró en sus bolsillos. ¡Hé ahí el patriotismo burgués en todo su esplendor! ¡Que se nos venga á negar después de esto que la virtud jamás es recompensada!

XIII

El militarismo

Es imposible tratar de la patria y del patriotismo, sin tocar á esta plaga horrorosa de la humanidad: el militarismo.

Estudiando los comienzos de la humanidad y la marcha de su evolución, hemos visto que la casta guerrera había sido una de las primeras en constituirse y en afirmar su autoridad sobre los demás miembros del clan ó de la tribu. Algo más tarde, la propia casta se divide en jefes y en simples guerreros, como poco antes se había dividido la tribu en guerreros y no guerreros; al principio, todos los miembros del clan debían ser guerreros en caso de necesidad.

Ignoramos si la humanidad ha seguido regularmente esta marcha progresiva; es decir, si ha pasado sucesivamente por estos tres estados: cazador, pastor, agricultor. No hay duda de que comenzó por la caza y la pesca, la recolección de

plantas y frutos silvestres; lo que no se ha podido asegurar de igual manera es si de este estado ha pasado al pastoril y después al agrícola del mismo modo que se pasan los grados en la enseñanza de las ciencias y letras.

Nosotros creemos más bien que estas diferentes maneras de procurarse el alimento ha debido combinarse según los recursos de cada región. Tal pueblo cazador, por ejemplo, pudo muy bien continuar viviendo de la caza á pesar de haber encontrado el medio de cultivar una planta alimenticia cualquiera antes de tener animales domésticos.

* * *

Pero fuese como fuese, lo que hay de cierto es que la casta guerrera ha sabido mantenerse preponderante y conservar una buena parte del poder, aun cuando se viera forzada á repartirlo, y que há sido el más firme sostén de las castas que la han sucedido.

En tanto fué casta firme reclutándose en su seno y haciendo la guerra por cuenta propia, la población sufría muchas depredaciones; al hombre de armas no le inquietaba el apoderarse en casa del campesino de lo que le convenía; pero una vez pagado el diezmo, si no había tropas ni castillo en la vecindad, el campesino podía gozar de una tregua. Al menos no se le forzaba á dedicar los mejores años de su existencia para ir á reforzar los batallones de sus explotadores.

Vino, sin embargo, una época en la que los señores comenzaron á armar á los campesinos de sus tierras, en caso de necesidades apremiantes. Después se sedujo, por medio de primas ó estratajemas, á los que se quería alistar en las filas del rey; pero pertenecía á la burguesía el derecho de cargar por completo sobre el sus esclavos cuidado de defenderla. Ella es la que ha perfeccionado el sistema, forzando á los trabajadores á dedicar determinado tiempo de su juventud á la defensa de los amos. Pero, como no podía, sin peligro, ponerles las armas y decirles: «Defendme, mientras yo gozo,» inventó el culto de la patria.

Es con la ayuda de esta mentira que ha podido mantener á los trabajadores sufriendo tan largo tiempo esta contribución de sangre, sin ser siquiera discutida; es con la ayuda de este sofisma que durante muchas generaciones ha podido sacar la porción más fuerte y más sana de la juventud y enviarla á pudrirse moral y físicamente en los presidios llamados cuarteles, sin que nadie soñara resistir ó sustraerse, sin que se elevara una voz para inquirir con que derecho se exigía de los individuos que se convirtieran durante siete, cinco y en último caso tres años, se convirtieran decimos, en autómatas, en máquinas de matar y en carne de cañón.

Y sin embargo, hubo protestas y las hay siempre; la deserción y la insubordinación debieron

nacer con la institución de los ejércitos permanentes, pero sus actos no eran razonados; el desertor y el insubordinado no apelaban al estricto derecho individual; eran, sin duda, producidos por repugnancias personales que ni siquiera valía la pena de analizar.

Vayamos más lejos. Las protestas que se formulaban en la literatura contra la guerra y el militarismo, fueron solo explosiones del sentimiento en nada ó muy poco apoyados en deducciones lógicas, basadas en la naturaleza humana y el derecho individual.

¡El ejército! ¡La patria! La burguesía y los letrados, sus turiferarios, habían entonado tantas alabanzas en su honor, y amontonado tantos sofismas y mentiras en su favor, que concluyeron por hacerlas ver adornadas con todas las cualidades que les habían atribuido y así fué como nadie osaba poner en duda la existencia de las dichas cualidades; se daba como un hecho el que el ejército era el receptáculo de todas las cualidades, de todas las virtudes cívicas. No había una novela en la que no se encontrase la figura del «bravo veterano,» modelo de lealtad y de probidad, adherido á su viejo general, del que había sido el asistente, siguiéndole en todas las peripecias de su existencia, ayudándole á salir de las emboscadas que le tendían los enemigos invisibles, y, finalmente, dando su vida para salvar la de sus amos, ó bien—para cambiar—

salvando al huerfanito, escondiéndole y educándole, haciendo de él un héroe y dándole los medios de obtener de nuevo la fortuna que le habían usurpado los enemigos de su familia.

Hay que ver como los poetas exaltaban el valor de los bravos soldados, el honor militar, la abnegación, la fidelidad, la lealtad, eran sus más pequeñas virtudes. Se ha necesitado que la burguesía cometiese el enorme yerro de forzar á todos los individuos á servir durante un tiempo más ó menos largo bajo sus banderas, para que se viese que, bajo los brillantes oropeles con que los literatos y los poetas habían revestido al ídolo, no se escondía más que infamias y podredumbre. El voluntariado de un año y los veintiocho días han hecho más contra el militarismo que todo lo que anteriormente se pudo decir contra él.

* *

Durante el largo tiempo que fueron sólo los trabajadores los que sacrificaron su juventud, los que se embrutecieron en los cuarteles, el público no ha conocido del ejército más que el espectáculo, el brillo de los aceros, el redoble de los tambores, el oro de los galones, el palmeteo de las banderas desplegadas, el ruido de las armas, toda la apoteosis, en fin, de que se le rodea cuando se muestra al pueblo. Los literatos y los poetas han contribuido con sus obras á engrandecer este apoteosis, aportando su parte de mentiras á la glorificación del monstruo.

Pero desde el día en que ellos mismos se pusieron á estudiar de cerca la institución, cuando han tenido que doblarse baja la disciplina embrutecedora; cuando han tenido que soportar los retos y las groserías de los galoneados, á partir de ese momento el respeto se fué, comenaron á arrancar la máscara á la infamia, soplaron sobre las virtudes que sus antecesores habían embellecido, y el soldado—incluso el oficial—empezó á presentarse al público con sus verdaderos rasgos, es decir, como un bruto alcohólico, como una máquina inconsciente.

¡Ah! Es preciso haber habitado en ese infierno para comprender todo lo que en él ha de sufrir un hombre de corazón; es necesario haberse puesto el uniforme para saber toda la bajeza é idiotismo que oculta.

*
**

* Una vez enrolado, dejáis de ser hombre para convertirlos en autómatas, forzado á obedecer, en todo y por todo, al que manda. Tenéis un fusil en la mano, pero tenéis que sufrir, sin refunfuñar, las groserías de un galoneado que descarga sobre vosotros su malhumor ó los vapores del alcohol que ha absorbido. Ni un gesto, ni una palabra; podría costaros la vida ó la pérdida de varios años de vuestra libertad. Además, se tendrá cuidado de leerlos todos los sábados el Código penal, en el que la palabra ¡muerte, muer-

te! os entrará al cerebro cada vez que el instinto de rebellón llame á vuestro cráneo.

Pero lo que más os exasperará, son las mil y una fruslerías del oficio, las nimiedades, los embrollos del reglamento. Y debido al graduado, que sólo es un bruto inconsciente, queráis ó no, cincuenta veces al día encontrará ocasión de hallaros culpable, de haceros sufrir vejaciones de toda clase que su bestialidad gustará infligiros: al pasar lista, por una correa mal lustrada, por un botón más descolorido que los otros, por haber olvidado el ponerlos los tirantes, se os regañará; de la limpieza á la inspección, no se acaba nunca. Se os inspecciona por todas partes, hasta haceros desabrochar para inspeccionar la ropa interior.

En los dormitorios es otra cosa: si la cama está desnivelada, regaño; «¡las camas cuadradas como billares!» es una expresión horripilante que os hiere á cada momento los oídos y que conocen muy bien los que han pasado por el cuartel; por objetos mal colocados sobre las tablas, regaño también; pero el colmo del arte, es el haceros embetunar las suelas de los zapatos de repuesto, colgados en la pared encima la cabecera de vuestra cama, exigiendo que las cabezas de los clavos resalten sin ninguna mancha de betún!

¡Y las revistas! Estas no acaban nunca. El sábado revista de armamentos, siempre con las mismas observaciones y los mismos epítetos de

sucio, marrano y otras amenidades por el estilo. Para variar tenéis las visitas de limpieza, en las que vuestro capitán se cerciora de si tenéis los brazos y los piés limpios. Cada mes, para mayor abundamiento, hay la llamada visita sanitaria; en ella, el matasanos del regimiento os examina las más íntimas profundidades. En el ejército búrlanse de las delicadezas de sentimiento; vuestras delicadezas no tardarán en ser aplastadas por la innoble pata de los que os mandan.

*
*

El ejército es la escuela de la igualdad, nos dicen los asalariados de la burguesía; la igualdad en el embrutecimiento, sí; pero no es esta la igualdad que nosotros queremos.

Pero las revistas continúan: cada tres ó seis meses, ya no me acuerdo bien, la de un intendente cualquiera. Cada año, la inspección general por el jefe de la división.

La quincena que precede es de zafarrancho en el cuartel. Se hace limpiar todos los locales, las cocinas. Para distraeros, un día tenéis revista de sargento de semana; al siguiente día, revista de oficial de sección, revista de capitán, de comandante, de coronel; es el nunca acabar.

A cada una de estas revistas es forzoso que instaléis vuestros utensilios sobre vuestra cama: Ante todo, un pañuelo—religiosamente conservado para estas ocasiones—que extendéis deli-

cadamente sobre vuestra cama; sobre el pañuelo hay que colocar los cepillos, los calcetines de repuesto, los calzoncillos—que no se ven más que estos días—la camisa, doblada de cierta manera y con determinado largo, el gorro de dormir, la caja de betún, la botellita de tripol, el estuche de agujas, hilo y tijeras.

Para que esta instalación sea hecha en toda regla, se colocan cartelones ilustrados en los dormitorios, los cuales es preciso consultar á cada instante para saber bien el lugar del cepillo, el de la botellita de tripol y el de los demás importantísimos (?) objetos, pues hay que tener gran cuidado de colocar cada cosa en su lugar, ó de lo contrario, no tardaréis en oír estallar en vuestros oídos una tempestad de imprecaciones vomitadas por el jefe que se haya apercibido de la irregularidad; ¡la pena de muerte es poco para expiar tamaña negligencia! ¡Horror! ¡Una botella de tripol en el lugar de la cajita de betún! ¡Sería la ruina de Francia si el general llegara á apercibirse!

Hemos hablado del colmo del arte; pero lo sublime es el que os hagan dar lustre á los piés de la cama. (1)

(1) El betún desempeña un gran papel en el ejército. Esto nos recuerda á un oficial de una compañía de infantería de marina que hizo anunciar á sus soldados que habiendo bonificación extraordinaria se aumentarían los viveres: desde el día siguiente se les daría... betún y encáustico.

*
* *

Es en las revistas presididas por un general, donde se releva el servilismo de los oficiales subalternos y aun el de los superiores. Desde el momento en que se anuncia al general, se vé á los oficiales, tan arrogantes ante el pobre soldado raso, achicarse, alinearse humildemente detrás del general, que se yergue—cuando no está estropeado—orgullosos como un Artaban. Y sus furibundos ojos fulminan al miserable que dá lugar á una observación del gran jefe! ¡Horrible! Todos los oficiales se revuelven airados: he ahí un soldado á quien le falta un alfiler, ó que, olvidándose que la quincena había terminado en la víspera, abrochó su capote á la izquierda cuando debía hacerlo á la derecha. El coronel tartamudea enfurecido, el comandante agítase dentro de su traje, el capitán se torna verde de pavor; solo el cabo no dice nada; sabe que toda esa gente, á partir del sargento, descargarán sobre su cabeza el malhumor. La cosa es clara; él, á su vez, se vengará con el delincuente.

*
* *

Y de tanto en tanto, cuando no hay revistas en perspectiva, ordinariamente los sábados por la tarde, á fin de distraeros, os toca estar de semana; consiste este trabajo en haceros pasear por el patio del cuartel para recoger y apilar las

pedras y guijarros que en él se hallan. Después de una hora de este agradable pasatiempo, subís á los dormitorios; los pequeños montones de pedras son esparcidos por las idas y venidas de los transeuntes durante la semana, y el sábado siguiente vuelta á empezar. El oficio de militar, tiene esas pequeñas distracciones verdaderamente espirituales.

Y cuando, al anochecer, después de estas jornadas tan bien aprovechadas, sentís necesidad de platicar con vuestros compañeros de cadena, halláis que su conversación no es de las que os revela la moral ni de la que inspira grandes pensamientos. Apercibís un grupo donde se ríen hasta destornillarse, os acercáis á él creyendo oír cosas espirituales... Es un idiota que relata indecencias que ni son nuevas ni dichas con gracia. Os apartáis de allí avergonzado, y topáis con otro grupo de embrutecidos que babea de gozo sólo recordando las porquerías que han aprendido ó pensado en la gresca que armarán si con la mentira contada á su familia logran hacerse con una ó dos monedas de cien sueldos.

*
* *

Borrachera y libertinaje crapuloso: no intentéis salir de esto, porque no os comprenderían. No existe nada más fuera de estos dos placeres: ¡admiraos, después de eso, de que al cabo de tres años de tal régimen salgan del cuartel tantos

individuos capaces de hacerse gendarmes y polizontes. El ejército es sólo una escuela de desmoralización; no puede producir más que policias, vagabundos y borrachos. Es muy corto el número de los que resisten á estos tres años de embrutecimiento, y no tan completamente que dejen de guardar algunos vestigios durante mucho tiempo después de haber salido del cuartel.

¡Oh, la disciplina brutal y abyecta es la que malbarata al hombre, le embota el cerebro, le deforma el carácter, destruye su voluntad! Horrible máquina embrutecedora, á la cual dáis un joven que solo desea abrir sus sentimientos á lo Bello y á lo Verdadero, cuya energía podría desarrollarse en la lucha diaria por la vida; cuya intelectualidad podría ensancharse á impulso del saber adquirido y de la necesidad de saber más aun, y la disciplina le pone una chapa de plomo que le comprimirá y acortará el cerebro todos los días; hasta de los latidos del corazón le amainará el ritmo. Después de haberle molido durante tres años bajo los múltiples engranajes de su gerarquía, lo convertirá en pingajo informe, sino lo devora completamente.

* *

Hemos visto, burgueses feroces, que la Patria, de la que queréis hacernos sus defensores, no es más que la organización de vuestros privilegios;

el militarismo, que enseñáis como un deber al que todos deben conformarse, está instituido sólo en defensa vuestra, dejando caer todo su peso sobre aquéllos en contra de quienes va dirigido, proporcionando además la ocasión de dar grados, honores y tratamientos á aquellos de vosotros incapaces de llenar otras funciones más elevadas, al mismo tiempo que estos grados y tratamientos sirven de incentivo á las ambiciones malsanas de los que abandonan la clase de donde han salido para hacerse vuestros perros de presa.

¿Que nos importan vuestra Patria, vuestras fronteras y vuestras limitaciones? Vuestra Patria nos explota, vuestras fronteras nos asfixian, vuestras nacionalidades nos son extrañas. Nosotros somos hombres, ciudadanos del universo; todos los hombres son hermanos nuestros: los únicos enemigos son nuestros amos, los que nos explotan, impidiéndonos evolucionar libremente, desarrollarnos en toda la plenitud de nuestras fuerzas. No queremos servirnos más de juguete, no queremos convertirnos más en defensores de vuestros privilegios, no queremos dejarnos imponer más la librea degradante de vuestro militarismo, el yugo embrutecedor de vuestra disciplina. No queremos bajar más la cabeza, queremos ser libres.

* *

Y vosotros, pobres diablos destinados á caer bajo el golpe de la ley militar, que leéis en los periódicos la reseña de injusticias cometidas todos los días en nombre de la disciplina, que no dejáis de oír contar de tiempo en tiempo las infamias de que son víctimas los que han sido bastante cándidos para dejarse enganchar, ¿no reflexionaréis algo sobre la vida que os espera en el cuartel? Y vosotros todos, que hasta ahora no habéis entrevisto jamás la vida militar sino á través del humo del incienso que le quemán los poetas, ¿no comprendéis todas las truhanerías de los escritores burgueses que han celebrado en todos los tonos las virtudes militares? ¡El honor del soldado y la dignidad guerrera! Id, pobres diablos, que, en virtud de la palabra: "Patria" ó por miedo al consejo de guerra, váis á agostar los mejores años de vuestra juventud en las escuelas de corrupción llamadas cuarteles. Id, y sabréis la suerte que os espera.

Si queréis acabar el tiempo de servicio sin contratiempos, dejad con vuestro traje civil todo instinto de dignidad personal; esconded en lo más recóndito de vuestro corazón todo sentimiento de independencia: las *virtudes y el honor militar* exigen que no seáis más que máquinas de matar, brutos pasivos; pues si habéis malhadadamente conservando en el fondo del corazón, bajo la librea de que se os há revestido, el menor grano de dignidad, podrá seros fatal.

*
**

Si le place á un soldadote borracho insultaros, y trae galones en las mangas, ocultad bien el desagrado que, á pesar vuestro, sentiréis por el insulto; la mano que habréis levantado para dejarla caer de plano sobre la cara del insultador, llevadla militarmente á la altura de vuestra visera para saludar. Si abris la boca para responder al insulto ó á la amenaza, cerradla sólo para decir: "Mi sargento tenéis razon." Pero ni esto: el gesto, la palabra, el menor signo de emoción podrían interpretarse como irónicos y costaros un castigo por falta de respeto á los superiores. Cualquiera que sea el insulto, cualquiera que sea el ultraje, tenéis que dominar vuestra cólera, ser insensible, sosegado, inerte! Los brazos caídos y rígidos, los pies juntos! Así vá bien. ¿Permanecéis impasibles ante las injurias? ¿No refunfuñáis? ¿No? Enhorabuena; así sois buenos soldados. ¡Hé ahí lo que reclama la patria á sus defensores!

*
**

"Pero—diréis—: ¿si nos es imposible permanecer en calma? Y si á pesar nuestro, nos sube la sangre á la cabeza y nos subleva?"

En este caso, no hay más que un medio: el de no poner los pies en esos presidios, de los cuales

no saldréis más que envilecidos, embrutecidos, corrompidos. Si queréis ser hombres, no seáis soldados; si no sabéis digerir las humillaciones, no os endoséis el uniforme. Mas, si, desgraciadamente, habéis cometido la imprudencia de ponerlo y os encontraréis un día en la situación de no poder contener la indignación..... no insultéis ni golpeéis á vuestros superiores..... agujereadles la pelleja, que, á la postre, no lo pagaréis más caro.

XIV

La colonización

La colonización toma demasiada extensión en nuestra época, para que no tratemos aparte en este libro este híbrido producto del patriotismo y del mercantilismo combinados—bandolerismo á mano armada para uso de los directores.

Un particular penetra en casa de su vecino, rompe cuanto le viene á mano, y se lleva cuanto le conviene: es un criminal; la "Sociedad" le condena. Ma si un gobierno se encuentra estrechado por su situación interior que haga necesario un *derivativo* exterior; si se halla embarazado por el gran número de brazos desocupados de los cuales no sabe como deshacerse, de productos amontonados que no sabe como despachar, que vaya este gobierno á hacer la guerra á los pueblos lejanos que sabe son demasiado débiles para resistirles, que se apodere del país, que someta á sus pobladores á todo su sistema de explo-

tación, que les imponga sus productos, que les destroce si quieren sustraerse á la explotación que sobre ellas se hace pesar, y, ¡oh! ¡entonces esto es muy moral! Desde el momento en que se obra al por mayor, merece la aprobación de las honradas gentes, ya no se llama robo ni asesinato; hay una palabra honesta para cubrir las cosas deshonestas que comete la sociedad: se llama á esto "civilizar á los pueblos atrasados!"

* *

Y no se diga que exageramos. Sólo se reputa colonizador al pueblo que sabe obtener de un país el máximum de productos que éste puede dar. Por eso Inglaterra es un país colonizador, porque sabe hacer *rendir* á sus colonias el bienestar para los que á ella envía, porque sabe hacer entrar en sus arcas los impuestos con que les grava. Los que envía á las Indias, por ejemplo, realizan fortunas colosales; cierto que el país es de tanto en tanto asolado por hambres espantosas, que diezman centenares de miles de hombres; pero ¿que importan los detalles si John Bull puede introducir en él sus productos manufacturados y obtener, para su bienestar, lo que el suelo de la Gran Bretaña no puede suministrarle? ¡Estos son los bienhechores de la civilización!

En Francia es otra cosa: no se es colonizador. Pero, esto no quiere decir ¡oh, estad seguros de

ello! que se sea menos bandido, que los lugares conquistados sean menos explotados, no; solamente se es menos *práctico*. En vez de estudiarse los lugares conquistados, se les libra á las fantasías del sable, se les somete al régimen de la "madre patria;" si las poblaciones no pueden avenirse á él, peor para ellas; desaparecerán poco á poco bajo la acción debilitadora de una administración á la cual no están acostumbradas. ¡Qué importa! Si se rebelan, se le cazarán, se les batirá como fieras; el pillaje, entonces, no solamente será tolerado, sino cómodo; á esto se le llamará *razzia*.

La bestia feroz que se educa y mantiene con el nombre de soldado, es soltada sobre poblaciones inofensivas, las cuales véense libradas á todos los excesos de que son capaces estos brutos desencadenados; se viola á las mujeres, se estrangula á los niños, los pueblos son entregados á las llamas, se arroja poblaciones enteras á la llanura, donde perecerán fatalmente de miseria. ¡Eso no es nada, dejad pasar; es una nación culta que trae la civilización entre los salvajes!

* *

Verdad es que si examinamos lo que pasa todos los días al rededor nuestro, nada tiene esto de ilógico ni de anormal; es el resultado de la organización actual. Nada tiene de sorprendente que estos *grandes hechos* de armas obtengan el

asentimiento y los aplausos del mundo burgués. La burguesía está interesada en estos actos de bandolerismo; le sirven de pretexto para mantener los ejércitos permanentes, todo lo cual ocupa á los pretorianos que quieren, con estas matanzas, adiestrarse para *trabajos* más serios; estos ejércitos sirven, además, para que la burguesía se desembarace de una partida de idiotas y de incapaces de los que no sabría como deshacerse, y que, mediante unos cuantos metros de galones, conviértense en sus más rabiosos sostenedores. Estas conquistas le facilitan una serie de batiburrillos financieros, mediante los cuales arramblará las economías de los muchos que andan á casa de empresas sospechosas, y acaparran las tierras robadas á los vencidos; estas guerras ocasionan la matanza de trabajadores, cuyo exceso les estorbaba en casa. Teniendo *necesidad* el país conquistado de una administración, resulta otro desembarazo de todo un ejército de presupuestíveros y de ambiciosos que la burguesía adhiere á su carro, ejército que, desocupado, podría molestarla en su camino.

Más aun: son poblaciones para explotar, que podrá esclavizar con el trabajo, á las cuales podrá imponer sus productos y diezmar sin dar cuenta á nadie. En vista de tales ventajas, la burguesía no debe hesitar; y por esto la francesa, por haberlo así comprendido, se ha lanzado á todo vapor en empresas coloniales.

Pero lo que nos sorprende y descorazona es que haya todavía trabajadores que aprueben estas infamias, que no sientan ningún remordimiento ayudando á estas canalladas, y que no comprendan la flagrante injusticia de aniquilar á las poblaciones en su propio país porque no quieren plegarse á un género de vida que no es el suyo. ¡Oh, conocemos bien las respuestas de cajón que es de uso largar cuando uno se indigna por estos hechos demasiado irritantes! “Se han rebelado, han matado algunos de los nuestros; esto no se puede soportar... Son salvajes, hay que civilizarles... Las necesidades del comercio lo exigen... Sí, tal vez hicimos mal en ir á su país; pero las colonias nos han costado demasiados hombres y dinero para que las abandonemos, etc., etc.”

“Que se rebelaron y mataron algunos de los nuestros?” Bien, ¿y qué? ¿Qué fueron á buscar allí? ¿Por qué no les dejaban tranquilos? ¿Vinieron, por ventura, á pedirnos algo? Se ha querido imponerles leyes que no quieren aceptar, y se rebelan. Hacen bien; tanto peor para los que perezcan en la lucha; les bastaba no haber ayudado á cometer la infamia.

“Son salvajes, es preciso civilizarlos.” Léase la historia de las conquistas y dígasenos después quienes han sido más salvajes, si aquellos á quienes se ha calificado de tales ó los *civilizados*: ¿Quiénes son los que tenían más necesidad de ser

civilizados; los conquistadores ó los pobladores inofensivos que la mayor parte de las veces acogieron á los invasores con los brazos abiertos y que en pago de su comportamiento fueron torturados y diezmados? Tomad la historia de las conquistas de América por España, de Indias por Inglaterra, de Africa, de Cochincina y del Tonkin por Francia, y venid después á ensalzarnos la civilización! Y eso que en estas historias no encontraréis más que los "grandes hechos" que, por su importancia, han dejado rasgos en la historia; que si se nos hiciera el cuadro de todos los "pequeños hechos" de que se compone y que pasan desapercibidos, si se publicaran todas las infamias que se ocultan ante la masa imponente de los hechos principales, ¿que sería entonces? Retrocederíamos espantados ante tales monstruosidades.

* *

Nosotros, por nuestra parte, habiendo pasado algún tiempo en la infantería de marina, hemos oído contar multitud de escenas que prueban que el soldado que llega á un país conquistado se considera, sólo por este hecho, amo absoluto; para él los pobladores son bestias de carga que puede hacer mover á su capricho; tiene derecho á coger todo lo que le convenga; desgraciado del indígena que se le oponga, pues no tardará en saber que la ley del sable es la única ley; la ins-

titución que defiende la propiedad en Europa, no la reconoce bajo otra latitud. En esto, el soldado es animado por los oficiales, que predicán con el ejemplo, ya que la administración les pone el látigo en la mano para vigilar á los indígenas que ella emplea en sus trabajos.

¡Cuántos hechos repugnantes se os cuentan allá, cándidamente, como cosas naturalísimas; y cuando, por casualidad,—si el indígena se ha rebelado, si ha muerto al que le oprimía—decís que ha hecho bien, hay que escuchar los gritos de estupor con que acogen vuestra respuesta! ¿Cómo? Puesto que somos los amos, ya que comandamos, se nos debe obedecer; si les dejara hacer se rebelarían todos, nos echarían. Después de haber gastado tanto dinero y tantos hombres, se perdería el país, no tendríamos más colonias.

Hé ahí adonde la disciplina y el embrutecimiento militar llevan al espíritu de los trabajadores; sufren las mismas injusticias, las mismas ignominias que ayudan á hacer pesar sobre los otros, y no sienten la infamia de su conducta, viniendo á servir, inconscientemente, de instrumentos al despotismo, á vanagloriarse de su misión sin ver toda la bajeza é infamia que encierra.

* *

En cuanto á las necesidades del comercio, este sí que es el verdadero motivo; los señores bur-

gueses, habiéndose llenado de productos que no saben como colocar, no encuentran mejor medio que declarar la guerra á pobres diablos, impotentes para defenderse, para imponerles sus productos. Es cierto que sería fácil entenderse con ellos, que se podría traficar mediante el cambio, aun no estando muy fuertés en el valor de los objetos; no teniendo éstos para ellos valor alguno en tanto no se les llama la atención, sería fácil metérselos y realizar grandes beneficios. ¿No se hacía así antes de penetrar en el continente negro? No se estaba, por intermediación de los pobladores de la costa, en relación con los pobladores del interior? ¿No se exportaban ya los productos que se exportan en el presente?

Sí, esto es posible, esto se ha hecho, pero ¡hé ahí el diablo! Para obrar así se necesita tiempo y paciencia; es imposible obrar en grande, hay que contar con la competencia, "el comercio necesita ser protegido". Sabido es lo que esto quiere decir: Aceleradamente, dos ó tres acorazados en marcha, media docena de cañoneras, un cuerpo de tropas de desembarco, ¡salud! la civilización va á realizar su obra! Nos apoderamos de una población fuerte, robusta y sana, y hacemos de ella, en treinta ó cincuenta años, un montón anémico, embrutecido, miserable, diezmado, corrompido que tardará poco en desaparecer de la superficie del globo. ¡Entonces será completa la obra civilizadora!

*
*
*

Si se duda de lo que manifestamos, véanse los relatos de los viajeros, léase la descripción de los países donde los europeos se han instalado por derecho de conquista; por doquiera la población se aminora y desaparece, en todas partes la embriaguez, la sífilis y otras importaciones europeas los guadañan con fuerza, atrofian y debilitan á los supervivientes. ¿Y puede suceder de otra manera? No, dados los medios que se emplean. Poblaciones que tenían otro género de vida, aptitudes distintas, necesidades diferentes, en vez de estudiar esas aptitudes, esas necesidades; en lugar de procurar adaptarlas á nuestra civilización, gradual insensiblemente, haciendo de modo que tomaran de esta civilización lo que pudieran asimilarse, se ha querido plegarlas á ella de golpe; se ha roto con todo; y no solamente han sido refractarias, sino que el experimento ha sido fatal.

La misión del hombre llamado civilizado habría podido ser hermosa, si hubiera sabido comprenderla, si él mismo no estuviese afligido por estas dos pestes: el gobierno y el mercantilismo, dos plagas horrosas de las cuales debía tratar de desembarazarse antes de intentar civilizar á los otros.

La cultura de los pueblos atrasados podría

buscarse pacíficamente y proporcionar á la civilización elementos nuevos, susceptibles, al adaptarse á ella, de revivificarla. ¡Y no se nos hable de la falacia y de la ferocidad de los bárbaros! No tenemos más que leer las narraciones de los hombres, verdaderamente denodados, que han ido á poblaciones desconocidas impulsados sólo por el ideal de la ciencia y el deseo de saber. Esos han sabido hacerse amigos, han podido pasar entre ellos sin temor alguno; la falacia y la ferocidad son sólo el resultado de los miserables traficantes que se engalanan con el falso nombre de exploradores, no viendo en sus viajes más que un buen negocio comercial ó político; han excitado contra el blanco la animosidad de los pobladores, engañándoles en sus transacciones, no cumpliendo los compromisos contraídos, y aniquilándolos cuando lo necesitaban y podían hacerlo impunemente.

¡Vaya, vaya, filántropos del comercio, civilizadores del sable, acallad vuestras alabanzas sobre los beneficios de la civilización! Lo que calificáis de tal, lo que disfrazáis con el nombre de colonización tiene un nombre perfectamente definido en vuestro Código, cuando lo efectúan algunas individualidades oscuras; á esto se le llama: "Pillaje y asesinato por bandas armadas"; pero la civilización nada tiene que ver con vuestras prácticas de salteadores de caminos.

*
*
*

Lo que falta á las clases directoras, son nuevos mercados para sus productos, son pueblos nuevos que explotar, y por eso es que envía á los Soleillet, los de Brazza, los Crampels, los Trivier, etc., en busca de territorios desconocidos donde abrir mercados que librarán á estos países á su explotación sin límites. Comenzará por explotarlos comercialmente y acabará por explotarlos de todos modos cuando haya puesto á sus pobladores bajo su protectorado; lo que necesita son terrenos inmensos, que se anexará gradualmente después de haberlos despojado: ¿no se hace así lugar bastante para deshacerse de la abundancia de la población que la embaraza?

¡Vosotros, directores, civilizadores, callaos! ¿Qué habéis hecho de los pobladores que habitaban la América y que desaparecen todos los días diezmados por las traiciones, á los cuales, despreciando la fé jurada, arrancáis poco á poco los territorios de caza que habiais tenido que reconocerles? ¿Qué habéis hecho de los pobladores de la Polinesia que los viajeros estaban de acuerdo en mostrarnos como pueblos fuertes y vigorosos y que ahora desaparecen bajo vuestra dominación?

¡Vosotros civilizadores!... Más al paso que marcha vuestra civilización, si los trabajadores tuviesen que sucumbir en la lucha que os libran, no tardaríais, á la vez, en sucumbir vosotros

bajo vuestra indolencia y vuestra pereza, como cayeron las civilizaciones griega y romana, que, llegadas al colmo del lujo y de la explotación, habiendo perdido todas las facultades de lucha para conservar sólo la de gozar, sucumbieron; más bien bajo el peso del apandorgamiento, que por los ataques de los bárbaros, que, luchando en la plenitud de sus fuerzas, no les costó mucho derribar aquella civilización en plena descomposición.

*
*
*

Así como habéis tomado la tarea de destruir las razas, no inferiores—lo demostraremos después—y sí solamente atrasadas, asimismo tendéis á destruir á la clase trabajadora que calificáis también de inferior. Todos los días tratáis de eliminar al trabajador del taller reemplazándolo con las máquinas. Vuestro triunfo sería el fin de la humanidad, pues perdiendo poco á poco las facultades que vosotros adquiristeis por la necesidad de la lucha, retornaríais á las más rudimentarias formas antepasadas, y la humanidad pronto no tendría otro ideal que el de una asociación de sacos digestivos, comandando á un pueblo de máquinas servidas por autómatas que no tendrían de humano más que el nombre.

XV

No hay razas inferiores

El asunto de la colonización trae al momento el de las razas llamadas inferiores. ¿No han querido justificar, arguyendo esta llamada inferioridad, el proceder de los blancos que han ocasionado la desaparición de los pueblos conquistados?

Por otra parte, ¿no es el mismo argumento que se emplea contra el trabajador para justificar la explotación que se le hace sufrir, tachándole de “clase inferior?” Por ventura, para el capitalista y aun para ciertos sabios, ¿no es el trabajador una bestia de carga, cuya misión consiste sólo en crear el bienestar para los “elegidos,” en reproducir otras bestias de carga que elaboren á la vez los goces para la descendencia de los elegidos, y así sucesivamente?

Sin embargo, nosotros, los trabajadores, no nos creemos inferiores á nadie, sea quien sea;

creemos á nuestro cerebro tan apto para desarrollarse como el de nuestros explotadores si tuviésemos sus medios y su tiempo. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con las razas llamadas inferiores?

*
* *

Si sólo fuesen los políticos los que afirmasen la inferioridad de las razas, sería inútil el tratar de refutarles; en el fondo, éstos se ocupan muy poco de que su aseveración sea probada ó negada, pues es únicamente un pretexto; si se les demostrara la falsedad de éste, no dejarían de encontrar otro. Pero algunos sabios han querido aportar el concurso de la ciencia á esta teoría y probar que sólo la raza blanca era la superior. Hubo un tiempo en que el hombre se creía el centro del universo; no sólo opinaba que el sol y las estrellas giraban al rededor de la tierra, sino que afirmaba que todo esto había sido hecho para su contemplación. Se llamaba esto antropocetría.

Fueron necesarios luengos siglos de estudio para arrancar al hombre estas ilusiones orgullosas y hacerle comprender el mínimo lugar que ocupa en la naturaleza. Pero estas ideas de dominación son tan fuertes y tenaces, renuncia tan difícilmente á ellas, que después de haber perdido el cetro que pretendía arrogarse sobre los astros, se aferró á la afirmación de que el globo

terráqueo, con todas sus producciones, no había sido hecho más que para servir de mansión á él, el rey de la creación.

Aún desposeído por la ciencia, de esa realeza ficticia y demostrado que el individuo no es más que el producto de una evolución, el resultado de un concurso de circunstancias fortuitas; que no hay nada premeditado en su nacimiento y que, por consiguiente, nada ha podido crearse en vista de su venida, que ni esperada era, el espíritu de dominación del hombre, no ha podido avenirse á aceptar los hechos tal cual son y á considerarse como un intruso, y concluyó por aferrarse á la idea de las razas superiores. Como es natural, cada raza ha afirmado que era la más inteligente, la más bella y la más perfecta. Es en virtud de esta afirmación que la raza blanca absorbe á todas las demás; es sobre esta eliminación que los sabios intentan basar la afirmación.

Los sabios han intentado, además, justificar su opinión apoyándose en los tres puntos siguientes:

1.º La antigüedad de las razas inferiores es implícitamente reconocida por todo el mundo científico como igual á la de la raza blanca; por consiguiente, el estado estacionario de los unos, mientras los otros han progresado, prueba su inferioridad absoluta.

2.º Los pueblos atrasados habitan general-

mente los climas más favorecidos, lo que debería haber contribuído á apresurar su desenvolvimiento.

3.º De los niños salvajes que se han querido educar á la europea, ninguno ha respondido á la esperanza de sus educadores.

Y aún se cita como ejemplo las aglomeraciones de salvajes encerrados en poblaciones, que se han mantenido tal cual eran doscientos años atrás, así como la república negra de Haití y sus revoluciones sin fin.

* *

No hay que buscar mucho en la historia para ver que el *consensus* universal no es siempre una prueba. Hasta que Galileo probó que la tierra giraba alrededor del sol, habíase admitido casi universalmente, que era el sol el que giraba alrededor de la tierra. El consentimiento universal no prueba, pues, nada si no es apoyado por los hechos—y aún, en el caso citado, aparentemente los hechos parecían apoyar la opinión errónea. ¿Los hechos corroboran la opinión de la igual antigüedad de las razas? Hé ahí lo que se necesitaría saber.

En los monumentos egipcios se ha encontrado la reproducción de determinados tipos africanos existentes aún en nuestros días, lo que, en efecto, probaría una antigüedad relativa; se ha averiguado asimismo, que estos pobladores, en otro

tiempo sometidos á los egipcios, parecen no haber progresado. A primera vista, esto parece dar la razón á los partidarios de la inferioridad de las razas; pero un examen profundo nos demuestra que esta conclusión sería demasiado prematura.

En efecto, la antigüedad reconocida á los monumentos egipcios es de unos 8,000 años, pongamos 10,000 en cifras redondas. Así, en diez mil años, estos pobladores parecen no haber progresado, en tanto que la raza blanca ha recorrido el camino que todos sabemos.

Solamente que, en la época en que se levantaron estos monumentos, el Egipto representaba ya una civilización muy avanzada; enorme era ya la diferencia entre estos pobladores atrasados y los constructores de los templos de Filo, de Karnak y de Menfis; los egipcios habían atravesado el período prehistórico, que se evalúa en centenares de miles de años.

* *

Bien lentos debieron ser los primeros progresos del hombre cuaternario, y el período de educación es aún más largo si se admite la existencia del hombre en la época terciaria.

Los 10,000 años de estagnación de los pobladores en cuestión representan, pues, bien poca cosa en la historia del desarrollo de la humanidad, y es probable que diez mil años después

de haber aprendido á tallar la primera piedra, el egipcio primitivo no habría podido presentar mejoramiento alguno sensible al observador y tal vez pareciera él mismo de una raza de origen inferior.

Por otra parte, los egipcios, que hicieron grandes progresos, atestiguados por sus ciencias y sus monumentos, tampoco son blancos, y este mismo pueblo que ha sido clasificado entre las razas "superiores" de la antigüedad, es ahora clasificado entre las razas "inferiores." Los dominadores ingleses lo demuestran bien. ¡Que amasijo de contradicciones! Por las necesidades de la discusión, los egipcios son alternativamente lo uno y lo otro: "superiores" é "inferiores."

* *

Los cráneos y las mandíbulas de Cros-Magnon, de Neanderthal, de la Naulette, que se remontan á una época lejana representan caracteres tan simianos que, estudiándolos, los antropólogos se han preguntado si debían de clasificar á los que los poseyeron entre los antepasados del hombre, ó entre los grandes monos antropoides. Ante tan modestos comienzos ¿tenemos derecho á considerarnos los fénix de la humanidad?

¿Y con qué derecho hablar de la inferioridad de las otras razas, cuando su estado actual proviene de nuestras persecuciones bárbaras? Así la

inferioridad actual de la raza de los pieles-rojas no prueba nada; pues sabido es que las civilizaciones autóctonas que se ensanchaban, al ser conquistadas por los europeos han sido destruídas por los invasores, y sus descendientes batidos, expoliados, destrozados han debido poco á poco atrasarse y aniquilarse ante el vencedor. Las civilizaciones en plena florecencia han desaparecido sin que se sepa lo que habrían podido dar de sí; y no se puede juzgar de los indígenas embrutecidos y degenerados que los Estados Unidos están á punto de hacer desaparecer.

No citaré el ejemplo del imperio de Méjico, ni el de los Incas; al arribar los españoles estos imperios estaban en plena decadencia. Por esto no pudieron resistir. Los hurones, los iroqueses se defendieron con mucha mayor energía que los aztecas y los peruanos.

* *

Podríase creer que para probar la antigüedad de las razas quedaba, como último recurso, el de hacer excavaciones en los terrenos aun no explorados y comparar la edad de los esqueletos que seguramente se encontrarían; pero el recurso es ilusorio: no existe ningún medio para establecer la concordancia exacta de la formación de los terrenos en las diversas partes del mundo. ¿Cómo, pues, establecer la concordancia perfecta entre los restos descubiertos en las diversas regiones?

En resumen, esta cuestión de la igual anti-güedad de las razas es una cuestión insoluble y sin valor alguno para resolver el problema de la igualdad virtual. ¿Tiene importancia alguna para los que hacen derivar todo progreso de la influencia del medio ambiente, sin cesar variable?

* *

«Los pueblos atrasados habitan generalmente los países más favorecidos,» ha afirmado en uno de sus cursos sobre antropología zoológica en la escuela de antropología el profesor G. Hervé, uno de los partidarios de la inferioridad de las razas. Esta afirmación debería probarse. ¿Se puede decir esto, de los esquimales, ó de los habitantes de la Tierra del Fuego, ó de los pieles-rojas, privados de todos los animales que habrían podido domesticar? ¿Puede decirse de los negros que viven en la región pantanosa del Nilo, de los que viven en los bosques sin fin del Congo, de los tonguses de las estepas siberianas de los buhsmen de los desiertos sin agua del Kalahari? No hay que dar tales esguinces á la verdad. Y además, falta resolver la gran cuestión de saber cuáles son los países más favorecidos; ¿los que solicitan el trabajo ó los que no lo solicitan?

Esta afirmación, por otra parte, puede volverse contra el modo de ver que pretende defender. ¿No es precisamente la facilidad de existir lo que

ha dejado estacionados á muchos pobladores? Teniendo con que satisfacer las primeras necesidades sin trabajar, los hombres pueden muy bien no haber visto nacer en sí facultades que han continuado dormidas, mientras que otros pobladores, forzados á arrancar del suelo y del clima la subsistencia de cada día, viéronse obligados á desenvolver instintos y facultades que despertaron otras á la vez, lanzándolos así en la vía del progreso. Los otros, los favorecidos, no tenían más que dejarse vivir.

* *

Vienen enseguida los argumentos deducidos de las tentativas de cultura hechas en determinadas tribus africanas, en colonias salvajes que se pretende haber dejado desenvolver en lugares que se les ha concedido.

Puede que haya ejemplos de tentativas de cultura infructuosas; esto, en general, nada probaría, ya que sería cuestión de saber en qué condiciones fueron hechas estas tentativas, en qué condiciones se encontraban los grupos sobre los cuales se hacían experimentos, é indagar si no se dejó subsistir gérmenes de degeneración. Estos ejemplos prueban menos aun habiendo, como hay, ejemplos contrarios. Los iroqueses del Canadá son perfectamente iguales á los blancos que lo rodean. El primer geógrafo de Méjico es un azteca. Y tenemos la satisfacción de recono-

cer que los «primeros soldados del mundo» fueron arrojados de Méjico por los descendientes de «razas inferiores.»

Necesítanse muchas generaciones para determinar del todo una nueva adquisición; por grande que sea su potencia de desarrollo, el cerebro de un individuo no puede hacer, en el curso de su existencia, la evolución que su raza necesitará generaciones enteras para recorrer. Los resultados negativos en los individuos no prueban absolutamente nada, aun admitiendo que el ensayo haya sido hecho en condiciones prácticas; pues se puede muy bien oponer resultados positivos, ya que al progreso de los blancos pueden oponerse muchos atrasos también en los blancos mismos.

Lo que no citan precisamente las obras de etnografía son casos de pieles-rojas, de negros ó de otros «salvajes» que se había alcanzado instruirlos y que habían aun logrado obtener conocimientos bastante desarrollados; pero que, llenos de desprecio á lo que les habían enseñado, presa de la nostalgia de la vida libre de antaño, han arrojado en los zarzales sus trapos de civilizados para revivir la existencia nómada. Que el atavismo sea á veces más potente que la facultad de perfectibilidad, nadie lo niega; pero estos ejemplos no prueban de ningún modo la imperfectibilidad de la raza, puesto que los individuos sometidos á la educación europea han,

indudablemente, progresado en la vía trazada por los que les educaban.

*
* *

El mismo Mr. Hervé, que citamos todavía porque es al que hemos oído sostener mejor la inferioridad de las razas, cita el hecho de que el salvaje es mucho más apto para la comprensión en su infancia que cuando es adulto. Pero, ¿qué prueba esto? Cuando menos desarrolladas están las razas, más los pequeños deben aprender á proveerse por sí mismos, á mostrar sagacidad desde que nacen. En cuanto á los adultos, si su desarrollo cerebral se detiene temprano, esto obedece, es verdad, á un hecho físico, á la obliteración de las suturas craneanas. En las razas blancas, por el contrario, la consolidación se opera al principio en las partes anteriores, de suerte que el desarrollo del cerebro se detiene precisamente, desde el principio, por las partes más activas de la inteligencia.

Esto sería una prueba de inferioridad, si se hubiera probado que las razas blancas no han pasado por el mismo estado; pero, se ha comprobado en los cráneos prehistóricos que las suturas se operaban al principio de delante atrás, absolutamente como en las razas llamadas inferiores. En nuestros días, se citan también casos atávicos de este mismo proceso. ¿Qué queda, pues, de este argumento?

*
**

Se nos cita, para ridiculizarla, la república de Haití y sus revoluciones militares; pero, ¿necesitaríamos remontarnos mucho en nuestra historia para encontrar ejemplos parecidos, menos excusables en nosotros, ya que pretendemos ser superiores? De todos modos, los haitianos reconquistaron su independencia luchando con los franceses. Quiénes son los superiores: ¿los que reconquistaron su libertad ó los que querían mantener un pueblo en la esclavitud? Por otra parte, necesitase desconocer por completo la historia para no reconocer el progreso efectuado por los haitianos, á despecho de sus Soulouque, imitación de nuestros Badingue.

Cuando se reflexiona que la mayor parte de los llamados civilizados penan y mueren de miseria para enriquecer á una minoría de ociosos y parásitos; cuando se reflexiona que son los explotados los que suministran la fuerza para defender á sus explotadores, ¿puede creerse que tenemos el derecho de estar orgullosos y de engrairnos de nuestra superioridad?

Y á las aglomeraciones de salvajes que se ha dejado subsistir, ¿se cree que se les ha procurado las condiciones que les permitieran desenvolverse plenamente?

*
**

Ciertamente, que no queremos decir que las razas sean absolutamente idénticas; de lo que estamos persuadidos es de que todas tienen ciertas aptitudes, ciertas cualidades morales, intelectuales ó físicas que, si hubieran podido evolucionar libremente, les habrían permitido aportar su parte á la obra colectiva de la civilización humana.

Así, por ejemplo, los australianos, tan mezquinos, tan bajos en la escala humana, ¿no han inventado el *boomerang*, esta arma de tiro de efectos retrógados, tan curiosa que los europeos, á pesar de su talento, no han sabido imitar y que no ha podido explicar toda su ciencia balística?

Es cierto que el descubrimiento del *boomerang* no aporta gran cosa á la historia de la humanidad; pero, puesto que el ingenio de sus inventores ha podido desarrollarse en un objeto que les es absolutamente peculiar, mientras la lanza, la maza y las flechas han sido conocidas por todas las razas, ¿quién podrá decir que, en otras condiciones, esta facultad no habría podido evolucionar en más importantes direcciones?

Pero no; la raza blanca, ayudada por la raza judía, que se ha vuelto blanca por las necesidades de la causa, ha querido invadirlo y explotarlo todo. En todas partes donde ella se ha impuesto, las razas retardadas tuvieron que desaparecer. Frente á las ruínas que su furia conquista-

dora ha amontonado; en presencia de las matanzas que sus explotaciones han producido, hay que preguntarse si su misión no ha sido más nefasta que bienhechora.

Hemos necesitado quizás 150,000 años para salir de la animalidad, y en 10,000 años se han visto apagar las civilizaciones egipcia, caldea, griega, romana, indostana y árabe, mientras que, paralelamente, se desarrollaba la raza amarilla. Hoy asistimos á un comienzo de decadencia de las razas latinas, que no tardará en ser una agonía si no se opera á tiempo una transformación social para contener la decadencia física y moral que en sí trae el sistema capitalista.

Puede ser que si los pueblos continúan atrincherándose trás sus fronteras, nuestra sucesión sea continuada por la raza eslava, que nos parece más joven puesto que ha entrado más tarde en la corriente de la civilización europea. Pero, ¿cuánto durará este período? ¿Qué acontecerá después? ¿Cuál será la corriente regeneradora que revivificará á nuestra raza anémica, extenuada por los excesos de una civilización mal comprendida y peor dirigida?

Toda civilización, en su ocaso, ha visto surgir una raza nueva que, tratando de asimilarse los conocimientos de la raza que reemplazaba, aportaba, en cambio, un cerebro nuevo, nuevas aptitudes, sangre joven y generosa; y esta desaparición de civilizaciones probaría que las razas no

pueden dar más que una cierta dosis de energía y de aptitudes, gastadas las cuales desaparecen ó permanecen estacionarias.

* * *

Pero á lo que precede, varios amigos objetanos que hoy ya no existen razas; que el mundo civilizado se divide en estados, resto de un pasado discorde con la realidad, pero que constituyen un todo indisoluble. La civilización, de Francia á Rusia y de América á Australia, es la misma en todas partes. Que no existe ya la cuestión de razas, sino la de clases.

Estamos también persuadidos nosotros, es cierto, de que, dadas las facilidades de locomoción de un país á otro y la enorme extensión de las relaciones internacionales, las razas están llamadas á desaparecer fusionándose, mezclándose por los cruzamientos; y por eso es que nos indignamos viendo desaparecer pueblos enteros antes que hayan podido dar á nuestra civilización la nota original que podía virtualmente poseer. Cuando reflexionamos sobre las matanzas de pueblos inofensivos, sobre las razas desaparecidas ó á punto de desaparecer, nuestra mente se llena de melancolía y tristeza, pues nos preguntamos si nuestros hermanos "inferiores" no poseían alguna de las cualidades que en tan gran número nos faltan.

* * *

La raza blanca no ha podido comprender á las razas atrasadas, y las ha destruído. Si hubiera querido elevarlas á una fase superior de desarrollo, no habría podido alcanzar su objeto sino después de una larga evolución; pero jamás mostró el deseo de educar; ha querido sólo explotar y la explotación se convierte, con el tiempo, en exterminación.

En resumen: en presencia de nuestro furór dominador, tenemos que preguntarnos si la civilización de los iroqueses, por ejemplo, era verdaderamente inferior á la nuestra. ¿Tenemos razón en proclamarnos superiores á los incas que, al menos, habían sabido asegurar la vida y el albergue á todos los miembros de su sociedad, mientras que la miseria roe nuestra civilización moderna?

Nada justifica la teoría sobre las llamadas "razas inferiores"; sólo sirve para justificar los crímenes de las razas denominadas "superiores".

XVI

Por qué somos revolucionarios

Hemos demostrado, al menos así lo creemos, el derecho que tienen todos los individuos, sin excepción, á evolucionar libremente, sin sujeción alguna; el derecho, para todos, de satisfacer por completo sus necesidades, así como la ilegitimidad de la autoridad, de la propiedad y de todas las instituciones que la clase explotadora ha erigido para defender los privilegios y que sólo ha podido asegurarse expoliando á la masa. Réstanos examinar los medios necesarios para derrumbar el estado de cosas que atacamos, para instaurar la Sociedad cuyo advenimiento reclamamos, y probar la legitimidad de estos medios, pues muchos que admiten nuestras críticas del actual estado social y aplauden nuestra visión de un mundo armónico, se encolerizan ante la idea de emplear la violencia: sería preferible, á su parecer, operar poco á poco, por la

persuasión tratando de mejorar, gradualmente, la sociedad actual.

En la naturaleza, nos dicen, todo se transforma por evolución; ¿por qué querer, en sociología, forzar las cosas no obrando del mismo modo? Queriendo transformar la sociedad á viva fuerza, os arriesgáis á derrumbarlo todo sin producir nada bueno, os arriesgáis sobre todo, á haceros aniquilar, trayendo una reacción no menos violenta que lo habrá sido el ataque, y haciendo así retroceder el progreso muchos siglos.

Este razonamiento, hecho por hombres de buena fe, que discuten solamente con el deseo de ilustrarse, reposa aparentemente sobre la verdad y merece estudiarse.

*
*
*

Es verdad: en la naturaleza todo se transforma por una evolución lenta, por una sucesión ininterrumpida de progresos, adquiridos poco á poco, imperceptibles si se les sigue en su evolución, y notables sólo cuando se pasa bruscamente de un período á otro. Así la vida ha progresado en nuestro globo, así el hombre ha salido de la animalidad, así el hombre del siglo décimo nono no se semeja al de la edad de piedra.

Pero se olvida que, para que esta evolución se realice sin sacudidas, necesitase que no encuen-

tre ningún obstáculo en su ruta; si el impulso adquirido por ella es más fuerte que los obstáculos, los destruye; sino aborta. Cada vez que hay un choque entre una cosa existente y un progreso, hay revolución, ya sea esta el engullimiento de un continente, ya la desaparición de una molécula en el organismo—la intensidad del hecho no importa, hay revolución.

Hoy se ha reconocido también que las grandes revoluciones geológicas, lejos de haber sido provocadas por convulsiones espantosas y por cambios bruscos dimanados de violentas sacudidas interiores de nuestro globo, no son más que el producto de causas lentas y de cambios imperceptibles que han obrado durante millares de siglos. Así sábese que, en nuestros días, estas mismas causas, que han puesto á la tierra del modo en que la vemos, continúan obrando y preparan una nueva transformación.

Por doquiera las lluvias horadan las montañas, se infiltran y disgregan los granitos más duros. Nada descubre el lento trabajo de disgregación que se ha realizado, ni lo muestra á los ojos del *touriste*. Pasan generaciones sin que se haga sentir ninguna modificación apreciable; y, sin embargo, la montaña se hunde, arrastrando bosques y poblados, segando los lechos de los ríos, desviando su curso, sembrando la ruina y la desolación con este cataclismo. Pero, una vez pasada la emoción, la vida no tarda en re-

cuperar sus derechos y en brotar por todos los poros, más fuerte y más vivaz que nunca, de todos los materiales derrumbados y revueltos.

La evolución se hizo muy lentamente, pero llegó el momento en que no pudo continuar sin poner en peligro el orden de cosas existentes; continuó su obra, y la montaña, minada por su base, se hunde arrastrando con ella cuanto tenía encima.

*
**

Otro ejemplo. Sábese que la mar se retira poco á poco de ciertas costas é invade otras. Sus olas, al romperse sobre ciertas llanuras, arrancan materiales que le dejan lugar para invadir nuevas tierras, en tanto que estos mismos materiales, transportados á otros lugares, ayudan á que la tierra firme gane sobre el mar. Este trabajo hácese tan lentamente que apenas si es perceptible: algunos centímetros por siglo, quizá. Esto no impide que llegue un día,—al cabo de diez mil, cien mil años, ¿qué importa la duración?—en que la barrera que resistía las olas, deja de ser suficiente compacta para contener el asalto, rómpese al último choque, y el mar, sacando nuevas fuerzas de la resistencia que encuentra en su marcha, invade la llanura, destruyéndolo todo á su paso, hasta que se detiene al pie de una nueva barrera que contendrá de nuevo las olas por un periodo más ó menos largo, según el grado de resistencia que posea.

*
**

Lo mismo resulta en nuestras sociedades. La organización social, las instituciones creadas para defender esta organización representan las barreras que se oponen al progreso. Todo en la sociedad tiende á derribar estas barreras. Las ideas se modifican, las costumbres se transforman, mirando poco á poco el respeto hacia las viejas instituciones que se mantienen y quieren continuar dirigiendo á la sociedad y á los individuos. El lento trabajo de disgregación es, á veces, imperceptible en una generación. Se vén desaparecer costumbres, desvanecerse una preocupación; pero estas desapariciones se han producido tan lentamente, que se realizan sin que nadie se de cuenta: sólo los viejos, comparando las costumbres de su juventud con las costumbres de la juventud que les ha reemplazado, comprueban que las costumbres cambiaron.

Mas, si han cambiado las costumbres, las instituciones, la organización social es la misma; ellas continúan oponiendo sus diques á las olas que le atacan y vienen imponentes á romperse á sus pies, contentándose con arrancar una piedra aquí, otra allá. Las olas, en su furor, pueden arrancar millares. ¿Qué significa una piedra en comparación con la masa imponente? Nada, pero las olas se llevan consigo la piedra, y en un

nuevo ataque lánzanla contra el muro de donde la arrancaron, sirviéndose de ella como de ariete para arrancar otras que á su vez se transformarán en medios de ataque. La lucha puede durar millares de años; el muro parece no haber disminuido hasta el día en que, minado por su base, se hunde ante un nuevo asalto, dando libre paso á las olas triunfantes.

* *

Es cierto, quisiéramos nosotros que la evolución de nuestra sociedad se hiciera de una manera lenta, pero continua; quisieramos que se efectuara sin sacudidas, pero este no depende de nosotros. Nosotros cumplimos nuestra necesidad de propaganda, sembramos nuestras ideas de renovación; es la gota de agua que se infiltra, disuelve los minerales, excava y se abre paso hasta el pie de la montaña. ¿Podemos impedir nosotros que la montaña se hunda, rompiendo todos los puntales que vosotros le habéis puesto para consolidarla?

Nadie más interesados que los burgueses en que la transformación se afectúe sin sacudidas. Entonces, ¿por qué no nos ayudan á nivelar la montaña y á hacer que el agua pueda correr lentamente hacia la llanura, llevándose los materiales inútiles ó perjudiciales, que llenarían los barrancos hasta igualar la superficie, en lugar de tratar de mantener la montaña tal cual es y de apuntalarla con tal objeto?

¡Insensatos! No quieren ceder nada de sus privilegios; créense, como la ribera, invulnerables á las olas que les atacan. ¿Qué les importa las pocas concesiones que se les ha arrancado en un siglo? Sus prerrogativas son tan inmensas que el vacío no se hace sentir mucho; pero la ola ha abierto brecha; es con los mismos materiales arrancados á sus explotadores que se lanza de nuevo al ataque, sirviéndole aquellos de arma para acabar de destruirles. Nosotros hemos contribuído á la evolución; cúlpense á sí mismos y á su resistencia insensata si ella se transforma en revolución.

* *

Y, ciertamente, basta estudiar un poco, imparcialmente, el funcionamiento del mecanismo social para ver que los anarquistas se han hecho revolucionarios sólo por la fuerza de las circunstancias. Han visto que la causa de los males que sufre la sociedad está en su organización misma, y que todos los paliativos propuestos por los políticos y los socialistas no pueden mejorar absolutamente nada, porque atacan sólo los efectos en lugar de suprimir la causa.

Cuando se está bien repleto, cuando se satisfacen más ó menos completamente las necesidades, es fácil esperar. Pero los que tienen hambre, física é intelectualmente, una vez reconocido el mal no se satisfacen ya vislumbrando un porve-

nir mejor; se sienten impulsados á pasar del dominio de la especulación al de la acción.

¿No es propio de individuos plenamente convencidos de una idea al tratar de propagarla, de traducirla en hecho? ¿Puede privarse el hombre plenamente apasionado de una verdad de tratar de hacerla aceptar á los otros, y sobre todo de realizarla conformando á ella sus actos? Y, en la sociedad actual, intentar poner en práctica ideas nuevas, ¿no es un acto de rebeldía? Luego, ¿cómo se quiere que los que han hecho cuanto han podido para propagar ideas nuevas, para hacer comprender los males que se sufren, explicando las causas, demostrando el remedio, haciendo tocar con los dedos los goces de una sociedad mejor, cómo se quiere, repetimos, que estos hombres se atreviesen en el camino de los que intentan realizar las ideas que ellos les han explicado, diciéndoles: "Contentáos con gozar de la expectativa, continuad sufriendo, tened paciencia; tal vez un día vuestros explotadores consentirán en haceros algunas concesiones". Esto sería una burla horrible.

* * *

¡Oh! ¡Seguramente! Nada mejor podríamos pedir nosotros que ver á los burgueses comprender por sí mismos el papel odioso de su posición, y que renunciasen á explotar á los trabajadores, haciendo entrega de sus talleres, de sus casas,

de sus tierras y de sus minas á la colectividad, que se organizaría para ponerlas en beneficio común, substituyendo el reino de la solidaridad al de la competencia. Más, ¿puede seriamente esperarse ver el día en que los capitalistas y los explotadores lleguen á este ideal de desinterés cuando actualmente jamás tiene bastante ejército, bastante policía y magistratura para reprimir las reclamaciones más anodinas?

Teorizar es bueno, especular sobre un porvenir mejor, admirable; más, si el reconocer las ignominias de la actual sociedad se limitase á una filosofía de salón, que se discute después de comer, entre gente bien repleta; si se limitase todo á vanas recriminaciones contra el actual orden de cosas, á estériles aspiraciones hacia un porvenir mejor, pareceríase eso mucho al filántropo que, con la barriga bien llena, el bolsillo bien repleto, va á decir al miserable que muere de hambre: "Amigo mío, os compadezco con todo mi corazón, vuestra suerte me interesa altamente, y hago fervientes votos para que mejore; entre tanto, sed sobrio, haced economías"; y pasa de largo, creyendo con esto haber pagado su deuda. ¡Oh, entonces la burguesía podría tener aun largos días de vida para seguir explotando, y estaría lejos, muy lejos el día en que los trabajadores vieran acabar sus sufrimientos!

Felizmente, hemos visto ya que no hay más que un paso de las aspiraciones á la necesidad

de realizarlas, y este paso están inclinados á franquearlo muchos temperamentos; y siendo la teoría anarquista esencialmente de acción, son numerosos los temperamentos revolucionarios que se encuentran entre sus adeptos. De ahí la multiplicación de los actos de rebelión que deploran los espíritus timoratos; pero que, según nosotros, no son otra cosa que la prueba del progreso de las ideas.

* * *

Predicar la resignación á los explotados, sería trabajar en favor de los explotadores; esta misión la dejamos al cristianismo. No es resignándose, ni esperando, como esta situación cambiará, sino obrando; y la mejor manera de obrar, es suprimir los obstáculos que dificultan nuestra ruta.

Demasiado tiempo se han prosternado los hombres ante el poder, demasiado tiempo han esperado su redención de los salvadores providenciales; demasiado tiempo han creído en los cambios políticos y en la eficacia de las leyes. La realización de nuestras ideas exige hombres conscientes de sí mismos y de su fuerza, que sepan hacer respetar su libertad sin convertirse en tiranos de los demás y que no esperen nada de nadie y sí todo de sí mismos, de su iniciativa, de su actividad y de su energía; estos hombres solo se encontrarán enseñándoles la rebeldía y no la resignación.

* * *

Además, la idea anarquista no rechaza en modo alguno el concurso de los que, no encontrando mucho gusto en la lucha activa, se limitan exclusivamente á sembrar ideas, á preparar la evolución futura; ella los acepta con gusto en su comunión. Todo lo que ataca una preocupación, todo lo que destruye un error, todo lo que proclama una verdad, forma parte de su dominio. Los anarquistas no desdeñan ningún concurso, no rechazan ninguna buena voluntad; su mayor deseo es tender la mano á todos los que tienen algo nuevo que aportar. Se contentan coordinando los esfuerzos y sintetizando las aspiraciones, á fin de que los individuos puedan leer en su propia voluntad.

* * *

En fin, es imposible á los anarquistas, aunque lo quisiesen, el ser pacíficos; la fuerza misma de las cosas los impulsa á la acción. ¿Puedense soportar los enredos de un policía, cuando se ha comprendido el innoble papel que representa? ¿Puedense sufrir las insolencias de un togado, cuando la reflexión lo despoja de la aureola sagrada con que sea rodeado? ¿Puedese respetar al ricachón que se revuelca en el lujo, cuando se sabe que este lujo se debe á la miseria de centenares de familias?

¿Puedese consentir en ir á los cuarteles, á servir de juguete á los guarda-chusma de sus explotadores, cuando se ha reconocido que la idea de patria no es más que un pretexto y que el verdadero papel que nos reservan es el de degollar á nuestros hermanos de miseria?

Cuando se ve que la miseria es el resultado de la mala organización social y que la gente muere de hambre sólo porque otros se hartan y amontonan escudos para su descendencia, no se acepta el morir en un rincón de una mazmorra. Llega un momento en que, por pacífico que se sea; á la fuerza se responde con la fuerza y á la explotación con la rebeldía.

Es necesario que los que quisieran ver transformarse la sociedad sin sacudidas se convenzan, aunque con dolor, de que esto es imposible; las ideas, evolucionando, nos conducen á la revolución; se puede sentir, deplorar; pero el hecho existe y hay que tomarlo tal cual es: las lamentaciones de nada sirven, y, puesto que la revolución es inevitable, no hay más que un medio para impedir que vaya contra el progreso: tomar parte en ella tratando de utilizarla para realizar el ideal entrevisto.

* *

No somos de los que predicamos los actos de violencia, ni de los que comen carne de amo ó de capitalista, como antes los burgueses la comían

de cura; no somos de los que incitan á los individuos á que hagan tal ó cual cosa, á efectuar tal ó cual acto. Estamos persuadidos de que los individuos sólo hacen lo que están decididos á efectuar por sí mismos; creemos que los actos se predicán con el ejemplo y no con escritos y consejos. Por esto es que nos limitamos á sacar consecuencias de cada cosa, á fin de que los individuos escojan por sí mismos lo que quieran hacer. Pero estamos convencidos también, de que las ideas bien comprendidas deben multiplicar, en su marcha ascendente, los actos de rebeldía.

* *

Cuanto más penetren las ideas en la masa, más se despertará su conciencia, más intenso será el sentimiento de su dignidad, y por consiguiente, menos se querrá sufrir los enredos de un poder autoritario y la explotación de los ladrones capitalistas; más á menudo y más multiplicados serán los actos de independencia. No por esto nos lamentamos; al contrario, pues cada acto de rebeldía individual es un hachazo asestado en los puntales del viejo edificio social que nos aplasta. Y puesto que, como hemos dicho ya, el progreso no puede efectuarse sin sacudidas ni víctimas, nosotros saludamos á los que desaparecen en la terrible tormenta, esperando que su ejemplo hará surgir campeones más nu-

merosos y mejor armados, á fin de que los golpes tengan más efecto.

Y sea cual sea el número de los que perezcan en la lucha, será muy pequeño comparado con las víctimas innumerables que devora todos los días el Minotauro social. Cuanto más intensa sea la lucha, más breve será ésta, y, por consecuencia, más existencias preservará de la miseria, de las enfermedades, de la consunción y de la degeneración.

XVII

De cómo los medios emanan de los principios

Ciertos hombres á quienes nos complacemos en creer bien intencionados, muéstranse estupefactos al ver que los anarquistas rechazan determinados medios de lucha, como contrarios á sus ideas: «¿Por qué no intentáis apoderaros del poder dicen para forzar á los individuos á poner vuestras ideas en práctica?—¿Por qué exclaman otros, no aceptáis el enviar como diputados á gente vuestra á la Cámara, á los Municipios, donde os podrían servir y tendrían la ventaja de la autoridad para propagar vuestras ideas entre las masas?»

Por otra parte, algunos anarquistas figúranse ser lógicos extremando los razonamientos hasta el absurdo; so pretexto de anarquía, aceptan un montón de ideas que nada tienen que ver

con ella. Así, con el pretexto de atacar la propiedad, algunos se han hecho defensores del robo; otros, con el de amor libre, han llegado á sostener las más absurdas fantasías, que no vacilarían en calificar de libertinaje y crápula si lo efectuaran los burgueses; los más exagerados son los que hacen la guerra á los principios: «Me río de los principios, los piso; para llegar á la revolución, todos los medios son buenos; no debemos detenernos por escrúpulos fuera de sazón.»

*
**

Los que usan tal lenguaje están, en nuestra opinión, equivocados, y si quieren reflexionar bien, no tardarán en reconocer que no todos los medios son buenos para el establecimiento de la anarquía; los hay que le son contrarios. Pueden tener apariencia de éxito, pero, en el fondo, pueden haber hecho retardar la idea, haber hecho triunfar el individuo en detrimento de la cosa, y, por consiguiente, reconócese ó neguese, emana de las ideas que uno profesa un principio director que nos guía al escojer los medios propios para asegurar la práctica de las ideas ó facilitar su comprensión; principio tan ineludible como una ley natural, que no se puede infringir sin ser castigados por la propia infracción ya que ella os aleja del objeto propuesto, dándoos resultados contrarios á los esperados.

Así, tomemos, por ejemplo, el sufragio universal, del cual hablamos al principio de este capítulo; cuesta poco decir, como hacen algunos contradictores que no ven más que el hecho: «¿Por qué no mandáis gente vuestra á la Cámara, donde podría imponer los cambios que deseáis, ó, al menos, agrupar más fácilmente las fuerzas para organizar la revolución?»

Ciertamente, mediante una oposición bien entendida y mejor conducida, el voto podría traer una revolución como cualquier otro medio; pero como es un perfecto instrumento de autoridad, podría producir una revolución política, autoritaria; he ahí por qué los anarquistas la rechazan al igual que la autoridad misma.

*
**

Si nuestro ideal tuviera que realizar una transformación de la sociedad mediante un poder fuerte que agrupara á las masas bajo una fórmula dada, se podría ensayar el uso del sufragio universal, intentar el trabajar la masa para decidirla á confiar á algunos de los nuestros el cuidado de sus destinos autorizándoles para que aplicaran nuestras teorías. Pero, como hemos visto en el capítulo *La Autoridad*, al tratar del sufragio universal, sólo sirve para hacer resaltar las medianías; pues necesitase demasiado rebajamiento y simpleza de parte de los que aspiran á la delegación para que un hombre sincero y algo inteligente consienta en solicitar un mandato.

Precisamente lo que constituye la debilidad del partido colectivista en las luchas electorales, es que los hombres relativamente más inteligentes han sido derrotados por los posibilistas que cuentan sólo con loros tribunicios, sin fondo alguno; es que han querido mantener intacto,—no por completo, sin embargo,—su programa revolucionario, presentando al mismo tiempo un programa de reformas. El elector, que no es tonto del todo, se ha dicho: "Si, á pesar de todo, debo hacer la revolución, ¿á qué pedir reformas? Si estas reformas no impiden el que se tenga que recurrir á las armas, ¿para qué enviar diputados que las propongan en la Cámara?" Si no han razonado en la forma concreta que nosotros presentamos,—lo que, en efecto, estaría muy por encima de la mediana inteligencia de los electores,—es lo que ha resaltado de los debates en las reuniones electorales; es lo que intuitivamente se ha presentado á su cerebro, y han votado á los radicales que les ensalzaban la eficacia de las reformas que les prometían, y á algunos posibilistas que también se pusieron á predicar las virtudes de las panaceas parlamentarias, aderezándolas y acompañándolas,—con objeto de lisonjear á los trabajadores,—de algunos ataques contra la burguesía, guardándose bien de hablar de la revolución y encontrando de más provecho el intrigar con los partidos políticos para asegurar

la elección de sus candidatos, basándose en el adagio: "ayúdame, que te ayudaré."

*
*
*

Otro vicio redhibitorio: el sufragio universal es un medio de sofocar la iniciativa individual que tanto proclamamos y que debemos intentar desarrollar valiéndonos de todas nuestras fuerzas. Es un instrumento autoritario y nosotros procuramos la manumisión integral de la individualidad humana; es un instrumento compresivo y nosotros tratamos de inspirar la rebeldía. Lejos de servirnos, el sufragio universal sólo puede estorbarnos; debemos, pues, combatirlo.

Al decir á los individuos que no se den amos, que obren según sus propias inspiraciones, que no soporten la presión que les fuerza á hacer lo que les parece malo, no podemos, so pena de ser ilógicos, decirles que se plieguen á las intrigas de bastidores de un comité electoral, que elijan los hombres que se encarguen de hacer leyes que todos tendrán que obedecer, y en manos de los cuales deberán abdicar toda voluntad, toda iniciativa.

Hay en esto una contradicción flagrante que deberían notar los menos ilustrados, contradicción que rompería esta arma en nuestras propias manos, demostrando lo que realmente seríamos si nos rebajásemos á adoptar tales medios, propios de farsantes vulgares.

Se sabe, además, cuán imperfecta es la naturaleza humana; nos expondríamos demasiado á caer, en la elección, en manos de ambiciosos é intrigantes que, una vez en el ambiente burgués, se aprovecharían de él para crearse una posición y traicionar las ideas. En cuanto á los que fuesen sinceros, no habríamos hecho más que enviarlos á un medio podrido donde su buena fé podría sólo comprobar su impotencia, teniendo que retirarse ó bien someterse á las costumbres parlamentarias y aburguesarse á su vez.

Luego, nosotros que tratamos de prevenir á la masa contra la manía del personalismo, que tratamos de hacerle comprender que nada debe esperar de las individualidades, no habríamos hecho más que trabajar cándidamente para elevar á los individuos al pináculo. La traición de estos individuos no dejaría de traer algún desprestigio á las ideas. Y habría muchos que dirían: "Los anarquistas no valen más que los demás;" pues hay gentes que no saben separar los individuos de las ideas, y hacen responsable á estas de la debilidad é indignidad de los otros.

Después de haber perdido un tiempo precioso y gastado inútilmente fuerzas para que triunfaran estos individuos, necesitaríamos perder de nuevo otro tiempo no menos precioso, gastar no menos inútilmente fuerzas para demostrar que los tales son traidores, que su traición no invalida en nada la justicia de las ideas preconizadas

y... vuelta á empezar presentando otros candidatos. ¡Vamos, pues! La comparación de la manzana podrida que corrompe un cesto de manzanas sanas es muy usada, es cierto, pero siempre es exacta; y es más exacta todavía cuando de lo que se trata es de meter una manzana buena, no dentro una cesta, sino dentro de un chirrión de manzanas podridas. No debemos, pues, servirnos del sufragio universal, no solamente porque nada puede producir, sino, sobre todo, porque es contrario al fin que perseguimos, á los principios que defendemos.

* * *

Otros contradictores,—y algunos anarquistas con ellos,—pretenden que en el período revolucionario será necesario no la autoridad de un jefe,—no llegan á tanto,—pero sí reconocer la supremacía de alguien y subordinarse á las aptitudes que se le reconocerán.

¡Extraña anomalía, resto de las preocupaciones que se nos han imbuído, retorno atávico de nuestra educación que hace que, proclamando la libertad á grandes voces, retrocedamos espantados ante sus consecuencias, llegando á negar su propia eficacia, y nos hace reclamar la autoridad para conquistar... la libertad! ¡Oh, inconsecuencia!

¿Acaso el mejor medio de libertarnos no consiste en usar de la libertad, obrando conforme á

sus inspiraciones, rechazando la tutela de quien quiera que sea? ¿Se ha visto nunca que se comience por trabar las piernas al niño que se quiera aprenda á andar?

Hay cosas, nos dicen, que ciertos individuos conocen más á fondo que otros, y sería bueno consultarlos antes de obrar para subordinar nuestros actos á lo que ellos nos enseñaran.

Hemos sido siempre de los que han sostenido que la acción individual no excluía la común inteligencia ante la acción colectiva; que de esta inteligencia emanaba una organización, una especie de división del trabajo, convirtiendo á cada individuo en solidario de los demás, impulsándole á adaptar su acción á la de sus compañeros de lucha ó de producción; pero de esto á reconocer que es necesario que cada individuo esté forzado á abdicar su voluntad entre las manos de aquel que reconoce más apto para una determinada cosa, va gran diferencia.

Quando, por ejemplo, vamos al campo con varios amigos y confiamos á uno de ellos el que nos conduzca al lugar escogido y que él conoce, ¿síguese de ello que le hayamos convertido en nuestro amo y que nos hayamos comprometido á seguirle ciegamente por todos los lugares que le plazca conducirnos? ¿Le damos motivo para que no retenga en caso que rehusáramos seguir-

le? No. Si hay entre nosotros uno que conozca el camino, le seguimos porque le suponemos capaz de conducirnos al lugar que queremos ir, y adonde sabemos que él también va; pero ni abdicamos de nuestra iniciativa ni de nuestra voluntad.

Si durante el camino uno de nosotros se aperciese de que aquel á quien encomendamos el guiarnos, se equivocaba ó trataba de extraviarnos, usaríamos de nuestra iniciativa para orientarnos y tomar el camino que nos pareciera más directo ó el más agradable.

No debe suceder de otro modo en tiempo de lucha. En primer lugar, los anarquistas deben renunciar á la guerra de ejército contra ejército, á las batallas trazadas en un plano, á las luchas de estratégicos y de tácticos que haciendo evolucionar cuerpos de ejército como el jugador de ajedrez hace evolucionar sus peones sobre el tablero. La lucha deberá principalmente tender á destruir las instituciones, quemando los títulos de propiedad, el catastro, las actas notariales, los registros de contribuciones, derribando los mojones que dividen el suelo, destruyendo los documentos del estado civil, etc. Expropiación de los capitalistas, toma de posesión en nombre de todos, poner á libre disposición de la masa los objetos de consumo; esta es la obra de grupos pequeños y diseminados, obra de escaramuzas y no de batallas regulares. Y esta es la gue-

rra que los anarquistas deberán tratar de desarrollar por doquiera, para hostilizar á los gobiernos, constreñirlos á dispersar sus fuerzas, debilitarlos y diezmarlos en detalle.

Para estos golpes no se necesitan jefes. En el momento que alguno se apercibe de lo que hay que hacer, predica con el ejemplo, haciéndolo, á fin de que le sigan los otros si son partidarios de su empresa; pero sin que, por el hecho de adherirse, abdiquen de su iniciativa siguiendo al que les parece más apto para dirigir la empresa; tanto más que, si en el curso de la lucha se apercibe otro de la posibilidad de otra maniobra, no irá á pedir al primero autorización para intentarla, sino que la comunicará á los que luchan con él. Estos, por su parte, según que les parezca ó no practicable, contribuirán á ella ó la rechazarán.

En anarquía, el que sabe enseña, al que no sabe; el primero que concibe una cosa la pone en práctica, explicándola á los que quiere que le secunden, sin que haya abdicación temporal, ni autoridad, y si sólo iguales que se ayudan mutuamente, según su respectiva facultad, no abandonando ninguno de sus derechos, nada de su autonomía. El medio más seguro de hacer triunfar la anarquía, es obrando anárquicamente.

*
**

Lo mismo nos resultaría si quisiésemos pasar revista á todos los medios de lucha que se nos

han propuesto. Así, por odio á la propiedad, algunos anarquistas han llegado á justificar el robo, y, extremando la teoría hasta el absurdo, no reprochan ni el robo entre compañeros.

Ciertamente que nosotros no pretendemos hacer el proceso del ladrón: dejamos esta misión á la sociedad burguesa que lo ha producido; pero, al propagar la destrucción de la propiedad individual, nuestro objeto tiende principalmente á destruir la apropiación por unos cuantos, en detrimento de todos, de los medios de existencia. Luego, para nosotros, todos los que, no importa por qué medios, intentan crearse una posición que les permita vivir como parásitos de la sociedad, son burgueses y explotadores, aunque no viven directamente del trabajo de los demás; y el ladrón no es más que un burgués sin capital que, no pudiendo explotar legalmente, trata de hacerlo ilegalmente, sin perjuicio de convertirse en ferviente admirador del juez y de la policía el día que llegase á ser propietario.

¿Qué predicamos nosotros, partidarios de la revolución, para llegar con más seguridad á ella? El enderezamiento de la dignidad humana, la elevación de los caracteres, la independencia de la voluntad que os hace encolerizar cuando se os ordena, que os hace rebelar contra el despotismo y rechazar lo que os parece falso y absurdo.

Entonces, todos los medios desviados, todos los procederes que fuerzan á cometer simplezas,

mezquindades, pequeñeces para evitar un texto, torcer una ley, son, según nosotros, perjudiciales á la propaganda y contrarios al fin perseguido, pues obligan á hajezas que repudiaríamos en otro caso y en lugar de elevar los caracteres, los rebajan y deprimen acostumbrándolos á emplear su voluntad en pequeñeces; así, por ejemplo, mientras aprobamos y querríamos ver á menudo renovados los actos del individuo que, extenuado por la mala organización social, se apodera á viva fuerza y en pleno día de lo que necesita, reivindicando altamente así su derecho á la existencia, nos dejan fríos é indiferentes, en cambio, los hechos que entran en la serie de robos ordinarios, porque no revisten el caracter de reivindicación que nosotros querríamos ver en todo acto de propaganda.

*
**

Lo mismo que con la propaganda por el hecho. ¡Cuánto se ha ergotizado sobre ella, qué de errores se han esparcido con tal motivo, tanto por los que la combaten como por los que la precognizan!

La «propaganda por el hecho» no es más que el pensamiento puesto en acción, y, en el capítulo precedente, hemos visto que sentir profundamente una cosa es quererla realizar: esto responde ampliamente á los detractores; pero, por el contrario, ciertos anarquistas, más obtusos que

ilustrados, han querido á su vez acomodarlo todo á la propaganda por el hecho: acogotar burgueses, incendiar fábricas, derrumbar monumentos; no veían más que esto; quien no hablara de matar é incendiar no era digno de llamarse anarquista.

Ahora bien; somos partidarios de la acción, como ya lo hemos dicho; la acción es la florescencia del pensamiento; pero se necesita que la acción tenga un objeto, que sea consciente de lo que realiza, que produzca el resultado apetecido y no que se vuelva contra él.

Tomemos, por ejemplo, el incendio de una fábrica en plena actividad, que emplee 50, 100, 200 ó 300 obreros; la cifra importa poco. El director de esta fábrica es uno de los burgueses que no pecan ni de muy buenos ni de muy malos, y que, por tanto, no da lugar á censuras; evidentemente, si se le incendia la fábrica sin ton ni son, no se logrará más que echar á la calle á los obreros que empleaba; éstos, furiosos por la miseria momentánea á que se les ha reducido, no buscarán los motivos que impulsaron á los autores del acto y seguramente dirigirán toda su cólera contra los incendiarios y contra las ideas que les han puesto la tea en las manos. Hé ahí las consecuencias de un acto no razonado.

Pero, supongamos, por el contrario, un estado de lucha entre amos y trabajadores: una huelga cualquiera. En esta huelga hay seguramente

unos dueños más feroces que otros, que, con sus exigencias, han producido la huelga, ó que, con sus intrigas, la prolongan induciendo á sus colegas á resistir á las peticiones de los huelguistas; dueños que, indudablemente, atraen sobre sí la animadversión de los trabajadores. Supongamos á uno de estos dueños ejecutado en el rincón de una esquina, con un letrero explicando que ha sido muerto por explotador, ó bien que su fábrica sea incendiada por los mismos motivos. En eso no hay medio de engañarse sobre los motivos que impulsaron á obrar á los autores de esos actos, y podemos estar seguros que serán aplaudidos por todo el mundo trabajador. Este es el acto razonado; lo que prueba que siempre deben derivar de un principio.

“El fin justifica los medios”, divisa de los jesuitas que algunos compañeros creen justo aplicar á la anarquía, en realidad sólo es aplicable á aquel que busca la satisfacción egoísta de sus necesidades puramente personales, sin ocuparse de los que lastima ó hiere en su camino; pero cuando se busca la satisfacción en la práctica de la solidaridad y de la justicia, los medios empleados siempre deben ser apropiados al fin, so pena de producir lo contrario de lo que se espera.

XVIII

La revolución y la anarquía

La divergencia que hay entre los anarquistas sobre la manera de considerar los medios de acción, proviene de que algunos, llevados por el temperamento más que dominados por la idea, creyendo combatir por la anarquía, no ven más que la revolución, imaginándose que ésta encierra en su esencia todo el ideal anarquista, absolutamente igual que los republicanos de otros tiempos se imaginaban que se iniciaría una era de grandeza y de prosperidad para todos tan pronto como se proclamara la república. Inútil hacer resaltar las decepciones que se han experimentado entre la masa obrera después de la aplicación del regimen republicano; preservémonos contra las no menos terribles que nos esperan si nos acostumbramos á esperar todo de la revolución, si hacemos de ella un fin no siendo más que un medio.

*
**

Estos amigos parten del principio—loable en sí—del cual están muy penetrados: que se puede agrupar elementos con la idea de hacer la revolución, que esos elementos pueden llegar á ser bastante numerosos para intentar sublevaciones, para crear situaciones en que la revolución estalle y la cual, los grupos revolucionarios organizados, podrían hacer evolucionar en la dirección que les convendría imprimir. De ahí la aceptación de determinados medios que les parecen apropiados para apresurar el momento revolucionario; de ahí sus esfuerzos para tratar de agrupar todo lo que les parece revolucionario, bajo un programa mixto, dejando de lado ciertos detalles, ciertos matices que impedirían ponerse de acuerdo y les forzarían á eliminar á individuos que les parecen de temperamento revolucionario.

Nosotros, por el contrario, estamos persuadidos de que la revolución vendrá, sin nuestra intervención, antes de que seamos bastante numerosos para provocarla; creemos que la viciosa organización de la sociedad nos lleva fatalmente á ella y que la crisis económica, complicándose con un hecho político cualquiera, bastará para pegar fuego á la pólvora y provocar ese movimiento que nuestros amigos quieren realizar.

Para cuantos no se paguen de palabras ni escondan la cabeza bajo el ala para no ver los hechos, es de toda evidencia que esta situación no puede prolongarse mucho tiempo. El descontento es general; él es el que dió tanta fuerza al movimiento boulangierista, que abortó sólo por la estupidez y cobardía de los que lo dirigían. Pero lo que éstos hicieron fracasar, otros pueden hacer que triunfe.

Si bien no existe ya la agudeza que se alcanzó bajo el movimiento boulangierista, no por eso es menor el descontento, ni menos extendido, ni menos profundo. Lejos de mitigarse, la crisis comercial aumenta; se hace cada día más difícil la colocación de los trabajadores; los que huelgan vén aumentar la duración de su reposo forzado; el ejército de los desocupados es cada día más y más numeroso. El invierno nos volverá á traer estas largas filas de mendigantes tiritando bajo las mordeduras del frío y del hambre, esperando ansiosos á las puertas de los cuarteles, de los hospitales, de los restaurants y de determinados filántropos á la hora de la distribución de una sopa ó de un pedazo de pan.

Y como esta situación no puede prolongarse, como los individuos acabarán por no querer dejarse morir de hambre, se rebelarán.

Nosotros opinamos que en esta revolución la acción anarquista será tanto más fuerte, cuanto más hayan sido propagadas nuestras ideas;

cuanto mejor hayan sido comprendidas, dilucidadas, completamente desembarazadas de todo el fardo de preocupaciones que nos han dejado las costumbres, la herencia y la educación. Lo que buscamos, pues, ante todo, es precisar las ideas, difundirlas, agrupar compañeros conscientes, evitar toda concesión que pudiera velar algún lado de nuestro ideal, no queriendo, so pretexto de aumentar en número, aceptar ninguna alianza, ningún compromiso que, en un momento dado, podría convertirse en una traba, ó dejase cerner una duda sobre lo que queremos.

Una vez más decimos que la revolución no es para nosotros un fin, y sí sólo un medio, ciertamente inevitable, al que estamos persuadidos habrá de recurrirse; pero que no tiene más valor que en vista del fin para que se quiere hacer servir. Dejemos á la sociedad con sus irritantes injusticias, el cuidado de hacer revolucionarios creando descontentos, rebeldes; tratemos nosotros de hacer individuos conscientes, que sepan lo que quieren en una palabra, anarquistas perfectos, verdaderamente revolucionarios, que no se detengan ante el uso de la fuerza desde el momento en que sepan para que debe servir.

No ignoramos lo que responderán á esto algunos contradictores. Nos dirán: "¿Qué han producido hasta el presente vuestras bellas teorías sobre la iniciativa, sobre la espontaneidad de

los individuos? ¿Qué hacen vuestros grupos diseminados, sin relaciones? ¿No tenéis vosotros mismos que combatir actos y teorías que se ha intentado hacer pasar bajo el manto de la anarquía y que vosotros rehusáis aceptar como tales?"

Es evidentísimo que la propaganda anarquista está lejos de haber dado todos los resultados que su extensión abarca, es indudable que está lejos de haber sido comprendida por todos los que se proclaman sus defensores; pero esto prueba, precisamente, la necesidad de elaborarla más y más, de no temer las repeticiones, á fin de concentrar la atención sobre los puntos que se quieren dilucidar.

Por lo demás, si los esfuerzos de los anarquistas están faltos, por poco que sea, de coordinación consciente, de organización real, tangible, no por eso sus esfuerzos dejan de ser menos considerables. Tienen, al menos, un espíritu de sucesión, la coordinación que da la visión común de un mismo fin perseguido y claramente definido. Lo mismo en Francia, que en España, en Italia, en Inglaterra, en América ó en Australia, los anarquistas quieren la supresión de la propiedad individual, la destrucción de la autoridad, la autonomía completa del individuo sin restricción alguna. Hé ahí el fondo común de la idea.

Ciertamente que habrá divergencias en el empleo de los medios para llegar al fin, por no haberse alcanzado aún el ideal; pero, insensiblemente, nos encaminamos á ello, y cuando se haya llegado á perder el miedo á ciertas palabras bajo las cuales se confunden cosas diferentes, no se tardará en establecer una inteligencia y una organización verdaderamente serias y enteramente libres entre los diferentes grupos internacionales, inteligencia y organización tanto más durables cuanto que emanarán de la práctica de los hechos y no de una inteligencia ficticia, hecha de concesiones.

En cuanto á saber si hay actos y teorías de los que es preciso separarse, es evidentísimo que existe un género de propaganda,—indudablemente pagada,—que se ha deslizado entre nosotros y que el temperamento exagerado de ciertos compañeros de buena fé ha contribuído á propagar, contra la cual debemos preveniros con todas nuestras fuerzas.

Pero no es clamando contra los principios, no es impulsando solamente hacia la revolución como llegaremos á librarnos de los falsos hermanos, de las ideas falsas, de los falsos principios. No hay más que un medio para separar las ideas anarquistas de las ideas emitidas con el propósito de desviar este movimiento: trabajar todavía más dilucidándolas, desembarazar aun más nuestros procederes de todos los restos de pre-

juicios autoritarios, hacer que aquellos á quienes nos dirigimos nos comprendan y sepan discernir si tal acto es anarquista y si tal otro es lo contrario; esto es mucho más eficaz que proceder á expulsiones en masa.

*
* *

Seguramente que á los que están impacientes con el anhelo de ver la realización de nuestro sueño de felicidad y armonía, lo que en nuestras filas pasa puede descorazararlos y desesperarlos creyendo que jamás surgirá la mancomunidad del caos de ideas que, con el nombre de anarquía, hacen más ó menos la guerra á la burguesía. ¿Pero no crea momentáneamente el caos y el desorden toda idea nueva que viene á destruir el orden de cosas existente?

Dejemos que los impacientes continúen arrojando su fuego, precisemos las ideas y haciéndose las teorías más reflexivas, más conscientes, se coordinarán mucho mejor, pues estarán libres de toda imposición, ya que ninguna traba se habrá puesto á la libre evolución de los espíritus. Nunca lo repiteremos bastante: desarrollando la idea anarquista es como se hacen hombres conscientes y como aumentamos las probalidades de éxito de la revolución.

Lo que ha contribuído arraigar en muchos compañeros el error de creer que los principios eran una cadena, una traba durante la lucha, es

que, viendo precisamente esta cacofonía de ideas y de esfuerzos, desesperando de ver agruparse una fuerza suficiente para efectuar la revolución, tratan de metafísica la discusión profunda de las ideas, y no encontrando en nuestro propio fondo esta fuerza que se figuran poder obtener por otros medios, van á parar de nuevo á los medios autoritarios que creen cándidamente haber despojado de toda autoridad por haberles cambiado el nombre. Impacientes por luchar, no se aperciben de que los esfuerzos, al parecer aislados, no dejan de converger al mismo fin; que sólo falta, para la coordinación, que sean razonados para tener toda la fuerza que quieren darles, y que esto no se obtendrá sino difundiendo más y más las ideas.

Nosotros queremos, dicen estos amigos, poder contar con el concurso que nos prometa un compañero, y que no nos falte á su palabra el día que llegue el momento de obrar, so pretexto de libertad, de autonomía individual.

Estamos completamente de acuerdo con estos compañeros; pero estimamos también que corresponde á la propaganda demostrar á los individuos que no deben comprometerse á lo que no estén seguros de poder cumplir; que una vez comprometidos es cuestión de honra cumplir sus promesas. Ciertamente que es aquí cuestión de lucha contra las ideas disolventes que más arriba hemos señalado; pero precisamente por esto co-

rresponde una vez más á nuestra propaganda el demostrar los buenos efectos de una inteligencia y de la completa confianza entre los compañeros. ¿De qué servirían los compromisos aceptados y exigidos previamente? Aun cuando en los programas preparados con anterioridad se inscribiera en caracteres colosales que los individuos quedaban ligados con los compromisos que adquirirían, ¿de qué serviría no disponiendo de fuerza alguna para constreñir á los que violaran dichos compromisos? Escuchemos menos nuestras impaciencias y más la razón, y veremos que la metafísica no está siempre en el punto donde se la supone.

XIX

Eficacia de las reformas

Ventilando el tema: "Por qué somos revolucionarios," procuramos demostrar que la miseria y el descontento engendrados por la mala organización social nos llevaba directamente á la rebelión, y que, constreñidos, por la fuerza de las cosas, á tomar parte en esta revolución, era de mucho interés para nosotros el prepararnos. Existe otra razón, de la que sólo hemos hablado incidentalmente y que es también importantísima, ya que ella explica por qué los anarquistas no se aprestan para luchar por la obtención de ciertas reformas presentadas á los trabajadores como panaceas ó como medios evolutivos para llegar gradualmente á su emancipación.

Tócanos demostrar que, dada la organización capitalista, la división de la sociedad en dos clases, una de las cuales vive á expensas de la otra, no puede aportar mejora ninguna á la clase

explotada, sin aminorar los privilegios de la clase explotadora, y que, por consecuencia, ó la reforma es ilusoria, una añagaza que sirve para encantar á los trabajadores y hacerle gastar sus fuerzas para alcanzar pompas de jabón que reventarán en sus manos cada vez que querrán asirlas, ó bien, si verdaderamente la reforma pudiese cambiar la situación, la clase privilegiada que detenta el poder haría todos los esfuerzos imaginables para impedir su aplicación ó la tergiversaría en provecho suyo, y tendría que recurrirse siempre á esta *ultima ratio*: la fuerza.

*
**

No vamos á pasar revista á todas las reformas inventadas por los políticos en los trances apurados, ni hacer la crítica de todos los *canards* electorales incubados por los pedigüeños de actas: para hacerlo, tendríamos que escribir centenares de volúmenes.

Creemos haber demostrado suficientemente que las fuentes de la miseria emanan de la mala organización económica; por tanto, el lector comprenderá la causa de que dejemos de lado todas las que tratan de cambios políticos. En cuanto á las reformas económicas que valdrían la pena de ser discutidas, son bien pocas y fáciles de enumerar.

El impuesto sobre la renta;

La reducción de las horas de trabajo y fijación de un salario mínimo;

La elevación de impuestos sobre las herencias y abolición de éstas para los colaterales.

Citemos, para hacer memoria, los sindicatos y su transformación en sociedades cooperativas de producción, y habremos enumerado todo el bagaje reformador de los que quieren transformar la Sociedad por la evolución. Como cantidad, es raquítica; veamos la calidad.

* * *

¡El impuesto sobre la renta! Hace mucho tiempo que se preconiza esta panacea, pero parece haber perdido algo su popularidad. Es una de las que más han hecho bailotear los políticos ante los ojos de los trabajadores y también una de las que ha gozado de mayor crédito, pues parecía querer hacer soportar á los ricos los gastos del Estado, parecía que quería restablecer el equilibrio entre los ciudadanos obligando á pagar á cada uno, para los gastos de la sociedad, en proporción á los servicios que de ella recibe.

Pero bastará estudiar el mecanismo de la Sociedad, investigar cuales son los orígenes de la riqueza, para darnos cuenta de que la pretendida reforma nada reformaría; que no es más que un grosero señuelo destinado á desviar á los trabajadores, haciéndoles esperar mejoras que jamás

vendrán, impidiéndoles así investigar cuales son los verdaderos y propios medios para emanciparles.

* * *

¡Oh! Sin duda que debe haber algunos burgueses que realmente se espanten al simple anuncio de esta reforma, viéndose ya "expoliado" en provecho de la "vil multitud"; la burguesía está llena de estos miedosos que se espantan al más leve ruido, que se esconden á la menor alarma; pero que berrean como terneros cuando se amenaza tocar á sus privilegios.

¿Habrán también, entre los que la proponen, algunos individuos de bastante buena fé que crean en su eficacia? La vocinglería de unos y la candidez de otros, contribuyen admirablemente á engañar á los trabajadores, haciéndoles tomar en serio el juguete que les impide fijar su atención cuando se les demuestra que nada deben esperar de sus explotadores, que no será real su emancipación mientras haya privilegios.

* * *

En la época del diezmo, los trabajadores sabían á que atenerse respecto á lo que pagaban á sus amos y tiranos: Tanto para el señor, tanto para el párroco, tanto para éste, tanto para aquél. Al fin se apercebían de que no les quedaba gran cosa para ellos. Hicieron una revolución. La burguesía se apoderó del poder; habiéndose ba-

tido el pueblo para abolir el diezmo, no habría sido político restablecerlo, y la burguesía inventó el impuesto y las contribuciones indirectas. De esta manera, el diezmo continúa prevaleciendo; pero son los capitalistas, los traficantes y otros intermediarios los que adelantan las sumas señaladas en beneficio del Estado, sumas que regiamente se reembolsan sacándolas del bolsillo ó á los productores y á los consumidores; pero como éstos no tienen que entenderse directamente con el fisco, no pueden darse exacta cuenta de lo que les toca pagar por su parte, y... todo va bien en el mejor posible de los mundos burgueses.

Hay que pagar en Francia, dicen, de 130 á 140 francos de impuesto por cabeza y por año; ¿qué es eso? ¿Por qué privarse del placer de tener un gobierno que se ocupe de vuestra felicidad por tan módica suma? Sería estúpido privarse de él por tan poca cosa. Efectivamente, es muy poco, y el trabajador no se apercibe de que siendo sólo él el que produce, sólo él es el que paga: tiene que saldar, no sólo su parte de cuota, si que también la parte que toca á todos los parásitos que viven, además, de su trabajo.

*
*
*

Es que, cualesquiera que sean los sofismas con que los economistas burgueses han intentado apuntalar su sistema para justificar la existencia

de los capitalistas, queda siempre en pie el hecho evidentísimo de que el capital no se reproduce por sí mismo y que sólo puede ser el producto del trabajo; luego, como los capitalistas no trabajan, su capital es el fruto del trabajo de los demás. Todo comercio de individuo á individuo, de pueblo á pueblo; todas las transacciones, todo el tránsito, es el trabajo de hecho, y el beneficio que resta á los intermediarios es el diezmo arrancado por los poseedores del capital al trabajo de los productores.

¿Por ventura es por el dinero gastado que la tierra produce el trigo, las legumbres, los frutos que deben nutrirnos, el cáñamo y el lino de que nos vestimos, los pastos que deben engordar á los animales de que nos sustentamos? ¿Acaso es sólo por la fuerza del capital que las minas nos dan los metales que servirán á la industria para construir la maquinaria y los utensilios que nos son necesarios? ¿Es el capital el que transforma la materia prima y la convierte en objetos para el consumo? ¿Quién osará pretenderlo? La misma economía política que tienen por objeto exclusivo defender el capital, no llega hasta eso; trata sólo de demostrar que siendo el capital indispensable para poner en obra toda explotación, tiene derecho á una parte,—la mayor,—por los riesgos y contrariedades que se supone corre en toda empresa.

Para probar la inutilidad del capital, nos bas-

ta renovar la hipótesis tantas veces citada: imaginad la desaparición de todos los valores monetarios: oro, plata, billetes de banco, efectos de comercio, tratados, cheques y otros valores de cambio; ¿se detendría la producción por eso? ¿Cesaría acaso el campesino de cultivar su pedazo de tierra, el minero de arrancar su subsistencia á la mina, el obrero de fabricar objetos para el consumo? ¿Acaso no encontrarían los trabajadores medio de pasar sin numerario en el cambio de productos y de continuar viviendo y produciendo sin moneda?

La respuesta afirmativa á estas preguntas nos lleva á la conclusión de que el capital es sólo un medio para encubrir la inutilidad de los parásitos y para justificar la mediación que imponen á los productores para que prevalezca el diezmo sobre el trabajo de los demás. Así, cualquiera que sea el medio que el Estado emplee para obtener sus impuestos, éstos recaerán á fin de cuentas sobre los productores, ya que los impuestos se sacan del trabajo.

Cuanto mayor sea la carga con que se les grave, más pesará sobre los trabajadores, aumentada por los intermediarios, y, á fin de cuentas, la tan ensalzada reforma se transformará, debido á la mala organización social, en un medio mayor de explotación y de robo.

*
* *

Después del impuesto sobre la renta, que tuvo su tiempo de popularidad, la reforma más ensalzada ahora es la reducción de las horas de trabajo con la fijación de un salario mínimo.

Reglamentar—en favor de los obreros—las relaciones entre el Trabajo y el Capital, obtener el no trabajar más que ocho horas en lugar de doce, parece, al primer golpe de vista, un progreso enorme, y no es sorprendente el que muchos se dejen engañar y empleen todas sus fuerzas para obtener este paliativo, creyendo así trabajar por la emancipación de la clase proletaria.

Pero en el capítulo sobre la Autoridad hemos visto que esta no tenía más que una misión: la de defender el orden de cosas existente; por consecuencia, pedir al Estado que intervenga en las relaciones sociales entre el capital y el trabajo, es dar prueba del más grande ilogismo, pues su intervención puede sólo aprovechar á aquél de quien el Estado es defensor.

Estudiando la reforma del impuesto hemos visto que la misión del capitalista era vivir á expensas del productor; luego, es burlarse abominablemente de los trabajadores el aconsejarles que vayan á pedir á los burgueses que restrinjan sus beneficios, cuando al contrario, se valen de todos los medios para aumentarlos. Hanse necesitado revoluciones para obtener simples cambios políticos que estaban lejos de tener esta importancia.

* *

Si la jornada de trabajo se redujera á ocho horas, dicen los defensores de esta reforma, se disminuirían los paros provenientes de la excesiva producción, trabajaría todo el mundo, lo que, en consecuencia, significaría para los obreros un aumento en sus salarios.

Á primera vista este razonamiento parece lógico, pero nada más falso para los que se han dado cuenta de los fenómenos engendrados por la organización viciosa de lo que se ha convenido en llamar la Sociedad actual.

En el capítulo *Propiedad*, hemos demostrado que si los almacenes rebosan de productos, no es porque la producción sea excesiva, sino porque la mayor parte de los productores está reducida á la miseria y no puede consumir según sus necesidades; el medio más lógico para asegurarse el trabajo los trabajadores sería, por consecuencia, apoderarse de los productos por ellos fabricados, que le han escatimado, y consumirlos. No nos extenderemos, pues, mucho más sobre este punto; nos resta sólo demostrar que no es la aplicación de esta reforma la que aportará la más pequeña ventaja pecuniaria á los trabajadores.

* *

Cuando un burgués compromete sus capitales en una industria, es porque espera que esta in-

dustria hará fructificar dichos capitales. Luego, en el estado actual, el patrón estima que necesita de diez, once ó doce horas para alcanzar de un obrero el beneficio que se ha fijado. Reducid la jornada de trabajo á ocho horas y el patrón se encontrará perjudicado, defraudados sus cálculos; pero, como es preciso que sus capitales le produzcan el tanto por ciento, el trabajo que á él le correspondè como capitalista, consisten en buscar este beneficio, comprando lo más barato posible y revendiendo lo más caro que pueda; en una palabra, robando á todos los que efectúan transacciones con él (hé ahí su misión) buscará una nueva combinación para resarcirse lo que se le había querido quitar.

Tres medios se le presentarán á él: ó aumentar el precio de los productos, ó disminuir el salario de los obreros, ó bien hacer producir á éstos en ocho horas la misma cantidad de trabajo que producían en doce.

Los promotores de la reforma previenen uno de estos medios solicitando la fijación de un salario mínimo; es probable que los burgueses no se basarán mucho en el alza de sus productos, por mucho que les acre la competencia; en todo caso la carestía de los víveres, al seguir la progresión de los salarios, nos prueba que el trabajador no tardaría en soportar todo el peso de la reforma, y, si conservaba el salario actual trabajando ocho horas, sería más miserable que

en la actualidad, pues el aumento de los objetos de consumo le reduciría este salario.

La América del Norte y la del Sud nos prueban que, doquiera el obrero ha llegado á hacerse pagar buenos salarios, los objetos de consumo han aumentado proporcionalmente y que si ha logrado hacerse pagar veinte francos por día, necesitaría veinticinco para vivir como puede vivir un obrero *que se gane bien la vida*, de suerte que há estado siempre por debajo de lo mediano.

Pero en estos tiempos de vapor y de electricidad, la competencia no permite retrasarse: hay que producir pronto y barato. No es, pues, en el alza de los productos donde que tratarían de resarsirse los explotadores. El último medio, producir en ocho horas lo que se producía en doce, es el más indicado á los explotadores sociales para salvaguardar sus beneficios.

Será preciso que el trabajador trabaje más aprisa, y por consecuencia, la acumulación de productos que se habrá querido impedir, los pares que se habrán querido evitar, sobrevendrán como en el pasado, ya que la producción será la misma y el productor no estará en condiciones de consumir más.

* *

Pero los inconvenientes de dicha mejora no se limitan á estas dificultades; hay otras más serias aun: primeramente la reducción de la jor-

nada de trabajo tendría por efecto inmediato activar el perfeccionamiento de la maquinaria é impulsar el reemplazo del trabajador de carne por el trabajador de hierro; cosa que en una sociedad bien organizada sería un progreso, pero que resulta una agravación de la miseria en la sociedad actual.

Además, estando obligado el obrero á producir más aprisa, veríase, por consecuencia, forzado á activar sus movimientos, á concentrar mucho más su atención en su labor; todos los resortes de su sér se encontrarían así en un estado de tensión continua, mucho más perjudicial á su salud que la prolongación del trabajo.

La duración de la jornada sería menos larga, pero estando obligado á gastar muchas más fuerzas en mucho menos tiempo, se fatigaría más y más pronto.

Si nos fijamos en Inglaterra, que se nos cita como ejemplo por los partidarios de ese proyecto, donde está en vigor la jornada de nueve horas, veremos que, lejos de ser un “mejoramiento” la reducción de la jornada es, por el contrario, una “agravación” para los trabajadores. En el mismo, Karl Marx, el oráculo de los impulsores de este hermoso proyecto, iremos á buscar las pruebas en nuestro apoyo.

* *

Si abrimos, por ejemplo, *El Capital* de suso-dicho Marx, encontramos, en la pág. 105, este fragmento de la memoria de un inspector de fábricas: "Para sostener nuestra cantidad de productos, dice la casa Cochrane de la *Brittain Pottery Glasgow*, hemos recurrido al empleo, en gran escala, de la maquinaria que hace innecesario á los obreros hábiles, y cada día nos prueba que podemos producir mucho más que con el antiguo método"..... La ley de fábrica, (ley de las nueve horas) ha tenido por resultado impulsar la introducción de las máquinas."

En la pág. 180 del mismo libro: "Aunque los inspectores de fábricas no se cansan, y con mucha razón, de hacer resaltar los resultados favorables de la legislación de 1844 y de 1850, encuéntranse forzados, sin embargo, á confesar que la reducción de la jornada ha provocado ya una condensación de trabajo que *ataca la salud del obrero* y, por consecuencia, su fuerza productiva misma."

"En la mayor parte de las fábricas de algodón, de seda, etc., el estado de sobreexcitación que exige el trabajo en la máquina, cuyo movimiento ha sido extraordinariamente acelerado en estos últimos años, parece ser una de las causas de la mortalidad excesiva á consecuencia de las afecciones pulmonares que el Dr. Grennhownhá señalado en su última y admirable Memoria. *No cabe la menor duda* de que la tendencia

del capital á resarcirse sobre la intensidad sistemática del trabajo (desde que la ley ha prohibido la prolongación de la jornada) y á transformar todo perfeccionamiento del sistema mecánico en un nuevo medio de explotación, debe conducir á un punto tal que será inevitable una nueva disminución de las horas de trabajo."

Reemplazo del trabajador por la máquina, aumento de las probabilidades de enfermarse los que quedan en el taller, anulación de la reforma al extremo de llevar la situación al punto de partida—sin contar las agravaciones añadidas;—hé ahí las ventajas de la bienaventurada reforma. ¿No es bastante concluyente?

* * *

Sobre esto nos dicen los partidarios del sistema de las ocho horas: "Sí, pero este progreso de la maquinaria se realizará lo mismo trabajando doce horas, y ya que la limitación de la jornada debe aportar un mejoramiento temporal, permitiéndonos estar sólo ocho horas en vez de doce en el taller, es un progreso moral con el que nos contentamos esperando otro mejor." Esto prueba que son de buena pasta y no difíciles de contentar los partidarios de dicha reforma; pero, nosotros, anarquistas, que somos más exigentes, estimamos que es perder el tiempo correr trás de reformas que nada deben reformar. ¿Por qué hacerse propagandistas de una

cosa que sola es buena mientras no se aplica y que al aplicarla se vuelve en contra del fin propuesto? Seguramente que el progreso de la maquinaria prosigue su obra; pero actualmente está detenido por la santa rutina que va despacio, despacito.

Conocidos son los esfuerzos que hay que realizar para hacer adoptar una nueva invención: puestos los explotadores en peligro de perder sus beneficios ó romper con la rutina, el efecto será acelerar la marcha de los acontecimientos y apresurar esta Revolución Social que sentimos próxima. Luego, como esa revolución es inevitable, no queremos que nos sorprenda; queremos estar preparados para aprovecharla en favor de nuestras ideas cuando se presente. Queremos hacer comprender á los trabajadores que nada pueden ganar con esos juguetes, y que la Sociedad no es transformable más que á condición de destruir las instituciones que la rigen.

* *

¡Oh! la organización de esta Sociedad de explotación que nos aplasta está demasiado bien combinada; no basta modificar sus engranajes, mejorar su modo de proceder, para creer que se cambiarán los efectos. Lo hemos visto ya: toda nueva mejora, todo perfeccionamiento aportado á la maquinaria se vuelve inmediatamente contra los que trabajan, convirtiéndose en un medio

de explotación para los que se han erigido en dueños de la riqueza social. Si queréis que el progreso aproveche á todos, si queréis que el trabajador llegue á emanciparse, comenzad por destruir la causa de los efectos que queréis suprimir.

La miseria de los trabajadores proviene de que se hallan forzados á producir para una multitud de parásitos que ha sabido convertir en provecho suyo la mejor parte de las substancias. Si sois sinceros, no perdáis el tiempo queriendo conciliar intereses antagónicos, no intentéis mejorar una situación que nada bueno puede producir: destruid el parasitismo. Mas como no puede esperarse esto de individuos que son parásitos también, esta destrucción no puede ser obra de una ley. Por esto es que debe destruirse el sistema de explotación y no mejorarlo.

* *

Aparte de estas dos reformas, queda una tercera á la que atribuyen alguna eficacia muchos individuos ilutrados: es el aumento del impuesto sobre las herencias en lo que concierne á los colaterales.

Aumentad este impuesto y no tardarán en producirse los mismos efectos que hemos señalado al tratar del impuesto progresivo sobre la renta. Por otra parte, la medida apenas sería práctica más que para la propiedad territorial,

pero la haría completamente inútil el desarrollo que no se dejaría de dar á las sociedades anónimas y al sistema de acciones al portador. Los burgueses libraríanse de ella renunciando á los dominios familiares, contentándose con sus castillos, con sus hoteles y con sus tierras de caza, mientras se constituirían asociaciones anónimas con el fin de organizar el arrendamiento de dichos inmuebles y burlar al Estado.

Se comprende perfectamente que las herencias sobre que el Estado podría inspeccionar, con este sistema serían reducidísimas, lo que haría inútil la ley. Por consecuencia, la supresión entre colaterales sería muy restringida, visto que una masa de disposiciones anteriores entre el que quiere legar y aquellos á quienes se quiere favorecer, pueden dar á estos últimos derechos sobre la fortuna del primero, de otro modo que por vía de herencia.

Para impedir esto se necesitarían centenares de leyes que intervinieran en todos los actos, en todas las relaciones de los individuos, privándoles del libre goce de su fortuna, y aun así, con este sistema tan inquisitorial, no se estaría seguro de lograrlo. Necesitaríase una revolución, un golpe de estado para aceptar medidas tan vejatorias. Y revolución por revolución, ¿no vale más hacerla para ir adelante que para establecer medidas vejatorias?

*
*

Y aun admitiendo que estas leyes tuviesen alguna influencia sobre el régimen de la propiedad, ¿en qué modificarían la situación del trabajador? La propiedad cambiaría de manos todavía una vez más; pero no se la pondría en manos de los trabajadores. Convertiríase al Estado en propietario. Transformaríase el Estado en un sindicato de explotación, y, al tratar de la autoridad, hemos visto que nada había que esperarse de parte suya en beneficio de los trabajadores.

Mientras el dinero sea el nervio de la organización social, los que lo posean sabrán manejarlo en su provecho. Que el Estado explote las propiedades que le caigan en sus manos ó que él las arriende á particulares, siempre será en provecho de los que ya poseen. Supongamos, y esto podría suceder, que fuese en provecho de una nueva casta. De todos modos, sería en detrimento de la generalidad.

*
*

Mas, para admitir la posibilidad de aplicar esta reforma, se ha necesitado admitir esta otra hipótesis: la burguesía, que ha erigido en dogma la inviolabilidad de la Propiedad individual; la burguesía, cuyo código penal está solamente basado sobre la legitimidad de esta propiedad y con el objeto de defenderla, habrá, pues, dejado llevar un ataque á la organización propietaria que ella cree inmutable.

¿Querrá decirsenos cuánto tiempo se necesitará para lograr que la burguesía admita esto que ella considera un ataque á “sus derechos”, y cuánto, después de su aplicación, para reconocer qué dicha reforma nada ha transformado, y, en fin, si el tiempo perdido no igualaría en duración al que se juzga necesario para la realización de “nuestras utopías?”

* * *

Inútil hacer aquí la crítica de las sociedades de producción y de consumo; hemos demostrado que nosotros perseguimos la emancipación general; y la emancipación completa, íntegra del individuo sólo puede efectuarse mediante la emancipación, integral de todos; ¿qué deben importarnos, pues, los pequeños medios particulares de emancipación? Por otra parte, la concentración de los capitales, el desarrollo continuo de la maquinaria exigen cada día más el empleo de enormes capitales, y por tanto, estos mismos medios para emancipar á pequeños grupos de individuos se estrellan en sus manos antes de haber producido nada.

* * *

Otros reformistas tratan de aportar la parte que les corresponde á la obra de la emancipación humana, impulsando el desarrollo de la rama de conocimientos que han adoptado; pero,

arrastrados en breve por la aspereza de la lucha y las dificultades á resolver, terminan por transformar su idea fija en favorita á la que atribuyen todas las cualidades, fuera de la cual no hallan nada aceptable, presentándola como una panacea que curará todos los males que sufre nuestra malaventurada carraca social.

¡Y cuántos hombres sinceros hay entre estos fanáticos de ideas preconcebidas! En efecto, en ese fárrago de ideas ¡cuántas hay buenas que podrían producir excelentes resultados en favor de la humanidad si se aplicasen en una sociedad sanamente constituída; pero que, aplicadas aisladamente en una sociedad corrompida, tan sólo resultados contrarios á los apetecidos, cuando no son sofocadas en germen antes de haber podido ser aplicadas!

Entre esos soldados convencidos de una idea fija, podemos citar uno que es típico para la conclusión que queremos aducir: Mr. G. Ville con su sistema de abonos químicos.

* * *

No queremos entrar aquí en la explicación completa de este sistema. Nos bastará decir que Mr. Ville, habiendo hecho un análisis de todas las plantas, ha encontrado que, invariablemente, están todas compuestas de catorce elementos —siempre los mismos en cada planta, pero variando en cantidad en cada familia.—Analizan-

do enseguida el aire y la tierra, ha encontrado que la planta podía hallar en ellos diez de los elementos de que está compuesta, y que sólo se necesitaba pues, añadirle, en forma de abono, cuatro de los elementos que le faltaban y que son la cal, la potasa, el fósforo y el azoe, y, sobre esto, ha establecido toda una serie de abonos químicos basados sobre el terreno que se quiere cultivar y la planta que se quiere producir.

Citando cifras y mostrando resultados, demuestra que en el estado de conocimientos actuales se puede,—con menor gasto de abonos, comparativamente al estiércol—hacer producir cuatro ó cinco veces más al mismo terreno, criar mucho más ganado empleando mucho menor número de praderas y hacer bajar así el precio de los comestibles. Pero, enseguida, parte de esto para deducir que en el mejoramiento de la agricultura reside la solución de la cuestión social. “Haciendo que los productos alimenticios abunden—dice—todos encontrarán en ello ventaja; los propietarios, realizando cosechas abundantes que les permitirá vender á precios bajos; los trabajadores, comprando barato, podrán vivir cómodamente y economizar de su salario lo bastante para convertirse, á su vez, en capitalistas... y todo irá lo mejor en la mejor de las sociedades posibles.

* * *

Estamos persuadidos de la sinceridad de Mr. Ville, y de lo que nos permiten juzgar los pocos conocimientos que sobre el asunto poseemos, su sistema nos parece absolutamente racional, y no negamos, por tanto, los buenos efectos que debería aportar á la situación de los trabajadores la aplicación general de su método si los trabajadores pudiesen beneficiarse en algo de la actual sociedad. Sus cifras, por el contrario, vienen en apoyo de los anarquistas, cuando estos afirman que con los adelantos de la ciencia actual se podría, con mucho menos trabajo, producir tal abundancia de productos que no habría necesidad de racionarlos, que todos podrían sacar del montón al capricho de sus necesidades ó de su fantasía, sin peligro á la carestía, como parecen temer ciertos espíritus lúgubres que sólo ellos se consideran equilibrados en la humanidad, y que llegan á haceros la concesión de confesaros que ellos, indudablemente, se pasarían sin ninguna autoridad; pero que ésta es necesaria para reprimir los malos instintos de que están animados los demás humanos.

En un folletito, *Los productos de la tierra*, uno de nuestros amigos, ha demostrado, con cifras oficiales en mano, que no obstante hallarse todavía la agricultura en estado infantil, la producción universal tiene un excedente formidable de kilos sobre el consumo. Mr. Ville prueba que con el empleo razonado de los productos quími-

cos, sin más trabajo, puede hacerse producir á la tierra cuatro ó cinco veces más de lo que actualmente produce. ¿No es esto una plena confirmación de lo que sostenemos nosotros?

Pero se equivocan cuando vé en su sistema la solución de la cuestión social y cuando cree que, siendo abundantísimos los productos, serían tan baratos que los trabajadores podrían vivir gastando poco y economizando mucho. Si Mr. Ville hubiese leído á los economistas burgueses, entre ellos á Mr. Molinari, ellos le habrían enseñado "que la superabundancia de productos en el mercado tenía por efecto traer una baja tal en el precio de los productos, que no siendo ya su producción bastante remuneradora para el capitalista, aleja los capitales de esta producción hasta que el equilibrio se restablece y las cosas vuelven á su punto de partida."

Si Mr. Ville, menos absorbido por sus cálculos de sabio, se hubiera dado una pequeña cuenta del funcionamiento de la sociedad, habría visto que actualmente, aunque haya un excedente enorme de producción sobre el consumo, hay gran número de personas que mueren materialmente de hambre; habría visto que los mejores cálculos teóricos desvíanse de su propósito en la práctica social actual. La naturaleza, ayudada por la inteligencia y el trabajo humano, puede llegar perfectamente á producir á bajo precio lo suficiente para nutrir á la humanidad; el comer-

cio y el agiotaje, el propietario y el capitalista sabrán extraer muy bien su diezmo haciendo escasear los productos para que se vendan muy caros, y, si es necesario, sabrán impedir la producción para alzar aún los precios ficticios y mantenerlos en la tasa fijada por su rapacidad y necesidad de lucro y parasitismo.

* *

Tomemos, por ejemplo, la hulla: he ahí un producto fabricado ya: no hay más que extraerlo del subsuelo; los yacimientos son tan abundantes que se encuentran esparcidos sobre toda la superficie del globo y pueden dar abasto á una necesidad ilimitada de consumo. Y, sin embargo, su precio se mantiene á una tasa relativamente elevada, no pueden calentarse todos según las necesidades de la temperatura; la abundancia no la hizo accesible á los trabajadores.

Es que las minas han sido acaparadas por poderosas compañías que limitan su producción y que, para evitar la competencia, han arruinado ó comprado las pequeñas concesiones, prefiriendo dejarlas inexploradas antes que inundar el mercado y bajar el precio, lo que reduciría sus beneficios.

* *

Lo que ha sucedido con la hulla, está á punto de acontecer con la tierra. ¿Por ventura, el pequeño propietario roído, apremiado por la usu-

ra, no es expropiado en provecho del capitalista? ¿Acaso la propiedad grande no va reconstituyéndose cada día? ¿El empleo en grande de la máquina agrícola no tendrá por efecto la constitución de sindicatos agrícolas y el establecimiento de esas poderosas compañías anónimas que son ya las dominadoras en el mundo fabril y la regla invariable en el mundo minero?

Si se llega á hacer producir cuatro ó cinco veces más á la tierra, se reducirán otro tanto los terrenos de producción, transformando el resto en terrenos de caza, en parques de recreo para nuestros explotadores. Esto empieza á hacerse en Francia, y es ya un hecho realizado por los lores ingleses en Escocia y en Irlanda, donde las gentes son rechazadas y diezmadas en provecho de los ciervos y los zorros, cuya convulsiva agonia servirá de pasatiempo á un público *selecto*, semejante al que aplaudía en el curso donde Mr. George Ville pronunciaba los retazos filantrópicos que mencionabamos más arriba.

¡Ah, es que la Sociedad está constituida de modo que el que posee es el amo del mundo! No realizándose la circulación de los productos más que con la ayuda de los capitales, el dinero es el único dispensador. Todas las mejoras, todos los progresos que crean el trabajo, la industria y la ciencia ván siempre acumulándose en las manos de los que ya poseen, convirtiéndose en un medio de explotación aun más duro, haciendo pesar

una miseria más espantosa todavía sobre los que nada poseén.

Los perfeccionamientos de la producción hacen cada día menos necesarios los trabajadores á los capitalistas, aumentan la competencia entre ellos, forzándoles á ofrecer sus servicios á más bajo precio. Y hé ahí como, soñando con hacer un servicio á los trabajadores, la organización social los hace trabajar en pro de la explotación, remachando más y más la cadena que los aplasta con su peso formidable.

*
*

Ciertamente, Sr. Ville, que habéis tenido un hermoso sueño: trabajar para multiplicar los productos de manera que todo el mundo pueda comer lo suficiente; hacer que el trabajador pueda economizar algunos céntimos á fin de prevenirse contra las incertidumbres del mañana: este no es todo el ideal humano, pero no puede pedirse más al que por su posición no está expuesto á sufrir las privaciones físicas y morales que agobian al desheredado. Esto es bastante bello pero ¡ay! que no pasará de ser un sueño mientras no hayáis desbaratado el sistema de explotación que hace falaces é ilusorias todas esas promesas. El capitalismo tiene más de una cuerda en su arco, y, admitiendo que la multiplicidad de productos los bajase á un precio tan módico que el obrero pudiese economizar algo de su sa-

lario, intervendría otro factor que vos mismo habéis citado: el aumento de población.

En la actualidad, el mercado industrial rebo-
sa de productos y el desarrollo de la maquinaria
aumenta cada día el número de los desocupados.
Estos, para encontrar ocupación, véanse forzados
á hacerse la competencia y á trabajar á bajo
precio; luego, como el progreso continúa su obra
siempre creciente; como actualmente cada hom-
bre puede producir por diez, al doblarse la po-
blación, la producción vintuplicará y el bienestar
que vos habréis creído proporcionar á los tra-
bajadores irá á engrosar los beneficios de los fa-
bricantes que pagarán tanto menos á sus esclavos
cuanto más numerosos sean en el mercado.

Decís que las reclamaciones de los trabajado-
res son justificadas, hasta cierto punto, mientras
no se hagan en forma violenta; pero, ¿no habéis
reflexionado que luchan desde hace miles de años,
que sus reivindicaciones, siempre estériles, nacen
con el periodo histórico? Sabed que si revisten
forma violenta es porque se les ha negado toda
satisfacción. ¿Deben continuar pidiendo gracia
arrodillados, cuando sólo obtuvieron algo derri-
bando á sus amos á sus pies y tomándose las li-
bertades que les faltaban? Nuestros amos pueden,
creyendo hablar con esclavos, decirnos desdeño-
samente: "Formulad cortesmente vuestras pe-
ticiones, veré si debo atenderlas"; pero los que
vén en la emancipación de los trabajadores un

acto de justicia y no una concesión, replicarán:
"Queremos". Tanto peor para los pequeños
amos á quienes este lenguaje pueda ofuscar.

Todo se encadena en el sistema que nos tritu-
ra; no basta estar animado de buenas intencio-
nes para obtener el resultado deseado: no hay
mejoramiento posible sino destruyendo el siste-
ma, establecido sólo para explotar y oprimir.
Nosotros no queremos mejorar la explotación y
la opresión, sino destruir una y otra. Es la con-
clusión á que fatalmente llegarán todos los que,
sabiendo elevarse del estrecho punto de vista en
que se han colocado, sepan mirar la cuestión en
conjunto y comprender que las revoluciones no
son sólo la resultante de la labor de determina-
dos individuos, sino también la resultante de las
instituciones que se atraviesan al progreso, y
que, por consiguiente, las revoluciones son fata-
les y necesarias.

Cuantos quieran trabajar sinceramente para
el porvenir de la Humanidad, comprendan una
vez por todas que para lograr el éxito en sus
concepciones particulares no deben maldecir ni
entorpecer la Revolución; sólo ella les permitirá
alcanzar su objeto, impidiendo que el parasiti-
mo ahogue al progreso en germen ó lo vuelva en
provecho suyo.

*
*

¡Reformas, reformas! ¿Cuándo se querrá reco-
nocer que los pueblos han gastado en ellas sus

mejores fuerzas, sin conseguir nada jamás; que están fatigados de luchar por utopías más perniciosas que las de su íntegra emancipación, ya que el único reproche que á esta última se hace es el de ser irrealizable, lo que es una afirmación completamente gratuita, pues nunca se ha probado, en tanto que basta la realización de una reforma para quedar demostrada su inutilidad?

Se reprocha á los anarquistas que son un obstáculo para la emancipación pacífica de los trabajadores, al oponerse á sus reformas. Craso error. Los anarquistas no son enemigos de las reformas; no son las reformas lo que combatimos, sino las mentiras de los que quieren hacerlas vislumbrar á los trabajadores como un fin, sabiendo que sólo son cataplasmas, cuando no mentiras.

* * *

No nos parece mal que los que creen en las reformas trabajen para su realización; al contrario, cuantas más ensaye la burguesía mejor verán los trabajadores que á pesar de todos los cambios todo queda del mismo modo. Lo que nos subleva es que esas reformas se nos presenten como panaceas y que se diga á los trabajadores: "Sed prudentes, sed dóciles, sed pacíficos, y veremos si podemos hacer algo por vosotros."

Entonces, nosotros que hemos comprendido que las reformas son ilusorias y que los explotadores ocupan un lugar usurpado, decimos: "Tra-

bajadores: se burlan de vosotros; estas prometidas reformas no son más que añagazas, que se os quiere por añadidura, hacer pedir como limosna, mientras que virtualmente tenéis derecho á exigir mucho más. Libres soís de ensayar los medios que os presenten; pero sabiendo de antemano que nada producirán para vuestra emancipación, no os detengáis en el círculo vicioso en que se os quiere encerrar. Organizáos, pues, para apoderaros de lo que se os debe; dejad que los retardatarios se diviertan con estas engañosas. La Revolución está allá y avanza, formidable, engendrada por la mala organización social; ella os arrastrará, aunque no queráis, á tomar las armas para defender vuestro derecho á la vida. Una vez con las armas en la mano, no seáis tan simples que os contentéis con reformas, que dejarían subsistir la causa de vuestros males. Hé ahí lo que se os ha arrebatado, hé ahí el ideal que debéis procurar; á vosotros toca el no retardaros con triquiñuelas y el arrimar el hombro para ayudar á derrumbar el edificio carcomido, que cruje por todas partes, y que se osa aun llamar Sociedad! No lo apuntaléis rellenando las grietas con los remiendos que os proponen; por el contrario, haced limpieza general, para que nada entorpezcalice la reconstitución de una sociedad mejor.

XX

¿Y después?

¿Y después?—dicen gran número de contradictores cuando les hemos demostrado los malos efectos de la viciosa organización social que nos rige, cuando les hemos hecho comprender que no es posible ninguna reforma en el regimen actual, pues aun las mejores se vuelven fatalmente, por la fuerza de las instituciones existentes, contra el fin deseado y agravan más la miseria de los explotados; y que las que podrían traer un cambio eficaz en la suerte del trabajador, no pueden efectuarse sino á condición de que acometieran á la institución misma; pero que rechazada por los directores, se necesitaría una Revolución para realizarlas.

Luego, es la Revolución la que espanta á mucha gente, los trastornos que ella trae consigo es lo que hace retroceder ante el remedio después de haber reconocido el mal.

“Sí, dicen aquellos, tal vez tengáis razón; ciertamente, la sociedad está mal constituida, es necesario que esto cambie. La Revolución... tal vez... No digo que no... Pero, ¿y después?”

Después, replicamos nosotros, existirá libertad completa para los individuos, la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades físicas, intelectuales y morales. Estando abolidas la Autoridad y la Propiedad, no estando ya la Sociedad constituida, como ahora, ni basada en el antagonismo de intereses, sino, por el contrario en la solidaridad más estrecha, los individuos, no teniendo que pensar en el mañana, ni que ahorrar en previsión del porvenir, no se tratarán ya como enemigos, prestos á devorarse disputándose un pedazo de pan ó un lugar en casa del explotador. Habiéndose destruido las causas de lucha y animosidad, se establecerá la armonía social.

Se producirá entre las diversas agrupaciones una especie de competencia, la emulación hacia lo mejor, hacia un fin ideal que se ensanchará á medida que los individuos encuentren la facilidad de satisfacer sus aspiraciones; pero esta competencia, esta emulación serán corteses, porque el interés mercantil, propietario ó gubernamental, no se atravesarán en su camino, y los competidores rezagados tendrán todas las facilidades necesarias para asimilarse los progresos adquiridos por los competidores más felices.

* *

Lo que produce la miseria hoy, es la acumulación de productos que, llenando los almacenes, ocasionan las crisis y el hambre á los que no hallan trabajo mientras dichos productos no se han vendido. Lo que demuestra el estado anormal de la actual sociedad.

En la Sociedad que nosotros anhelamos, cuanto más abundantes sean los productos, más fácil será la armonía entre los individuos, puesto que no tendrán necesidad de limitar los medios de existencia; cuanto más aprisa se produzca cuanto más se aceleren los perfeccionamientos en la maquinaria, más se reducirá la parte de trabajo productivo que incumbirá á los individuos, más pronto se convertirá en lo que realmente debe ser: en una gimnástica necesaria para ejercitar los músculos de los individuos.

En una sociedad normalmente constituida, el trabajo debería perder el carácter de castigo y sufrimiento que por su intensidad ha adquirido en nuestras sociedades de explotación. No debe ser más que una distracción en medio de todos los demás trabajos que los hombres realizarán para su goce, para sus estudios, para satisfacer las necesidades de su temperamento, so pena de transformarse gradualmente en simples sacos digestivos, como no tardaría en sucederle á la bur-

guesía si pudiese asegurar su dominación, igual que le pasa á una especie de hormiga que es incapaz de nutrirse por sí sola y muere de hambre cuando no tiene esclavos que le den el alimento.

* *

“Si—observan entonces los contradictores—lo que queréis es muy bueno; ciertamente, esto sería el más bello ideal que la Humanidad pudiera alcanzar; pero nadie puede asegurar que la cosa marchará tan bien como vosotros pensáis, ni que los más fuertes no querrán imponerse á los más débiles, que no habrá perezosos que querrán vivir á expensas de los que trabajen”.

“Si no hay diques para retener á la multitud ¿quién puede decirnos que esta revolución en vez de ser un paso adelante no sea un paso atrás? Y si se nos vence, ¿no equivaldrá á un retardo en las ideas de veinte, treinta ó cincuenta años y tal vez más?”

“Y si sois vencedores, ¿podréis impedir las venganzas individuales? ¿No puede resultar que la multitud desbordada os atropelle á vosotros mismos? Será, tanto de un lado como de otro, el desencadenamiento de las pasiones bestiales, la violencia, el salvajismo y todos los horrores del hombre vuelto á la animalidad”.

A esto replicamos que, acentuándose la crisis económica, haciéndose siempre más frecuentes los paros, pronunciándose más cada día la difi-

cultad de vivir y las dificultades políticas agrandándose progresivamente gracias á las locuras de los que "tienen las riendas del Estado" marchamos fatalmente á esa revolución que será traída por la fuerza de las cosas, que nada podrá impedir, y, por consiguiente, sólo tenemos que hacer una cosa: estar prestos para tomar parte en ella á fin de aprovecharla en pró de las ideas que defendemos.

Más, el miedo á los desconocidos es tan fuerte y tan tenaz, que después de haber reconocido la lógica de todas nuestras objeciones, después de haber convenido en lo justas que son nuestras deducciones, el contradictor replica aun: "Si, todo eso es cierto; pero quizás valdría más obrar prudentemente. El progreso se efectúa lentamente; deberíase evitar la acción brutal: tal vez llegaríamos á alcanzar concesiones de los burgueses".

* * *

Ciertamente que si se tratara sólo de gente obstinada, de mala fé, de gente que no quiere convencerse, no valdría la pena de discutir con ellos y la mejor respuesta sería la de Cambonne, volviéndoles al mismo tiempo la espalda. Más, desgraciadamente, son gentes de la mejor buena fé, que, dominadas por el ambiente social reinante, por la educación recibida, por las costumbres autoritarias, creen que todo se desquiciará al desaparecer la autoridad del horizonte; y, no

sabiendo que replicar, vuelven, sin apercibirse, á su primera argumentación, no pudiendo imaginarse una sociedad sin leyes, ni jueces, ni gendarmes, en la que los individuos vivan en contacto, ayudándose recíprocamente, en vez de despellejarse.

¿Qué contestarles?

¡Quieren pruebas de que la sociedad marchará tal cual nosotros vislumbramos!

Nosotros podemos deducir de la lógica de los hechos, de su comparación, de los argumentos que podemos deducir de su análisis; pero, pruebas palpables sólo la experimentación puede aportarlas, y esta experimentación puede sólo hacerse comenzando á derrumbar la actual sociedad.

* * *

No queda, pues, más que decirles:

Os hemos demostrado que la sociedad actual engendra la miseria, produce el hambre, mantiene la ignorancia, de toda una clase—la más numerosa—de individuos, impide el desarrollo de las generaciones, legándoles como herencia las preocupaciones y las mentiras que sostiene.

Os hemos demostrado que su organización tiende á asegurar la explotación de la masa en provecho de una minoría de privilegiados.

Os hemos demostrado que su mal funcionamiento—y también el desarrollo de nuevas aspiraciones en el seno de los trabajadores—nos con-

ducen á una revolución. ¿Qué más podemos decirlos?

Si tenemos que luchar, que sea al menos por la realización de lo que creemos bueno, de lo que nos parece justo.

¿Seremos vencedores ó vencidos? ¿Quién puede preveerlo? Si para reclamar nuestros derechos esperáramos á estar seguros de la victoria, esperaríamos durante siglo nuestra emancipación. Además, no se comanda á las circunstancias; á menudo son ellas las que nos arrastran: lo importante es preveerlas para no ser sumergidos por ellas. Una vez en la pelea, á los anarquistas tocará desplegar toda la energía de que sean capaces á fin de arrastrar, con el ejemplo, á la masa é interesarla á su labor.

* * *

¿Qué en la revolución que se prepara habrá venganzas individuales, que habrá matanzas, que habrá actos de salvajismo? Es muy probable; hay que preveerlo, pero ¿qué podemos nosotros hacer en ello?

No solamente nadie podrá impedirlo, sino que no se *deberá* impedir. ¡Tanto mejor si la muchedumbre va más allá que los propagandistas! ¡Que fusile á todos los que le vayan con sensiblerías! Pues si la muchedumbre permitiera que se reaccionara para quitarle algunas víctimas, podría también hacerla reaccionar para limitar

su ímpetu revolucionario, para impedir el tocar á las instituciones que deben desaparecer, para hacerle guardar lo que debe destruir. Una vez entablada la lucha, la sensiblería estará de más; la muchedumbre deberá desconfiar de los fraseologistas y demoler despiadadamente todo lo que intente atravesarse en su ruta.

Lo único que podemos hacer es declarar desde ahora que la desaparición de los individuos debe importar poco á los trabajadores; que lo que debe atacarse son las instituciones; que estas son las que hay que socavar, derribar y destruir, no dejando de ellas ningún vestigio é impidiendo que se reconstituyan con otros nombres.

La burguesía es fuerte solamente por sus instituciones y porque ha sabido hacer creer á los explotados que estaban interesados en conservarlas; porque ha sabido, mitad de grado mitad á la fuerza, convertirlos en sus defensores. Reducidos á sus propias fuerzas, los burgueses no podrían resistir á la revolución; ¿y cuántos habría que cometieran esta veleidad? Los individuos, por sí solos no son, pues, peligrosos.

Pero si el día de la revolución los hay que sean un obstáculo, que la tormenta los arrastre; si se efectúan venganzas personales, tanto peor para los que las hayan suscitado. Se necesitará que hayan hecho mucho daño para que el odio contra su persona no sea apagado por el afán de destruir su casta, de abolir sus privilegios;

tanto peor para los que se detengan á defenderlos. Las muchedumbres no van jams demasiado lejos; sólo los jefes dicen esto por temor  las responsabilidades morales  efectivas.

Nada de sentimentalismo estúpido, aunque el furor de las multitudes cayese sobrecabezas más ó menos inocentes. Para acallar nuestra piedad bastará recordar los millares de víctimas que diariamente devora el actual minotauro social, en provecho de la burguesía ventripotente. Y si algunos burgueses terminan colgados de un farol,  ahogados en un rincón de la calle,  ahogados en algún río, no haran más que cosechar lo que su clase ha sembrado. Peor para ellos. Quien no está con la multitud, va contra ella.

Para nosotros, trabajadores, la situación es clara: de un lado,—el presente,—la sociedad actual, con su cortejo de miserias, la incertidumbre del mañana, las privaciones y los sufrimientos, sin esperanza de mejora; una sociedad que nos sofoca, que nos embota el cerebro, que nos fuerza  guardar en lo más profundo de nuestro sér todos nuestros sentimientos bellos, buenos, justos y amorosos: del otro,—el porvenir,—un ideal de libertad, de felicidad, goces intelectuales y físicos,—la completa expansión de nuestra individualidad.—Nuestra elección está hecha. Sea lo que sea la revolución futura, alcancemos lo que alcancemos, no podra, para nosotros, ser peor que la sociedad actual. Nada podemos per-

der con el cambio; por el contrario, podemos ganarlo todo. La sociedad nos traba; derribemosla, pues. Tanto peor para los que sean aplastados por su caída; prueba que se habran querido cobijar bajo sus muros, esconderse tras los carcomidos puntales. Bastarales ponerse al lado de los demoledores.

XXI

La idea anarquista y su practicabilidad

“Vuestras ideas son bellísimas en teoría, pero no son practicables; los hombres tienen necesidad de un poder regulador que los gobierne y fuerze á respetar el contrato social.” Tal es la objeción que, en último caso, nos dirigen los partidarios del actual orden social, cuando, después de haber discutido mucho, se ha rebatido sus argumentos y demostrado que el trabajador no puede esperar ningún mejoramiento sensible en su suerte, en tanto se conserven los rodajes del actual sistema social.

“Vuestras ideas son bellísimas, pero no son practicables; los hombres no han llegado á bastante altura para vivir en un estado tan ideal. Para ponerlas en práctica, necesitaríase que el hombre llegase á la perfección,” añaden todavía muchas personas sinceras, pero que, desviadas por la educación y la rutina, sólo vén las difi-

cultades y no están todavía convencidas para trabajar por la realización de la idea.

Después, al lado de estos adversarios declarados y de estos indiferentes que pueden convertirse en amigos, surge una tercera categoría de individuos, más peligrosos que los adversarios declarados. Estos simulan estar entusiasmados por las ideas; declaran altamente que nada hay más bello; que nada vale la organización actual y que debe desaparecer ante los nuevos ideales; que es el fin á que debe tender la humanidad, etc., etc. Pero, añaden, no son practicables al presente; débese preparar á la humanidad, hacerla comprender este estado feliz; y, so pretexto de ser práctico, tratan de remozar los proyectos de reformas que acabamos de demostrar ilusorios; perpetúan los prejuicios actuales encomiándolos entre aquellos á quienes se dirigen y tratan de sacar el mayor partido posible en su provecho de la situación actual; de este modo muy desaparece el ideal para ceder su lugar al instinto de conservación del actual orden de cosas.

*
*
*

Es demasiado cierto, desgraciadamente, que las ideas que son el fin de nuestras aspiraciones, no son realizables inmediatamente. Es demasiado infima la minoría que las ha comprendido para que tengan una influencia inmediata en los acontecimientos y en la marcha de la organiza-

ción social. Pero, ¿es esto una razón para dejar de trabajar por su realización?

Si se está convencido de su equidad, ¿por qué no intentar el hacerlas prácticas? Si todo el mundo dice: "Esto no es posible," y se acepta pasivamente el yugo de la sociedad actual, el orden burgués tendrá, evidentemente, muchos siglos de existencia.

Si los primeros pensadores que combatieron la iglesia y la monarquía, guiados por las ideas naturales y de independencia; si los que afrontaron la hoguera y el cadalso hubieran dicho eso, al pensar en su ideal, aun hoy estaríamos bajo las concepciones místicas y el derecho del señor.

Es porque ha habido siempre gentes que no eran "prácticas," sino únicamente convencidas de la verdad, que trataron de hacerla penetrar ésta, con todas sus fuerzas, por doquiera, y es por esto que hoy el hombre comienza á conocer su origen y á despojarse de las preocupaciones que tenía sobre la autoridad divina y humana.

* *

En su libro, de verdadero mérito, *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, M. Guyau, en un capítulo admirable, desarrolla esta idea: "El que no obra como piensa, piensa incompletamente. Nada más cierto. Cuando uno está bien convencido de una idea, es imposible

que deje de propagarla, que no intente realizarla, ¡Cuántas veces se producen disputas entre amigos por cosas fútiles, por sostener cada uno su modo de ver, sin otro móvil que el de la convicción que cada uno tiene de tener razón! Nada costaría, sin embargo, para dar gusto á un amigo y aún para evitar el choque, dejarle decir sin aprobar ni desaprobár; lo que sostiene no tiene verdadera importancia para nuestras convicciones, ¿por qué dársela? ¡Cuántas veces se obra así en la conversación tratándose de asuntos sobre los que no se tiene una idea fija; pero al momento que un asunto, sobre el que tenéis formada opinión, se pone sobre el tapete, aprisa, por poca importancia que tenga, terciáis en él y disputaréis con el mejor de vuestros amigos por sostener vuestra manera de ver. Luego, si se obra así por futilidades, ¿cuánto más grande no ha de ser el impulso que se recibe tratándose de ideas que interesen al porvenir de la humanidad toda, á la manumisión de nuestra clase, de nuestra decendencia y de la propia?

* *

Comprendemos, ciertamente, que todo el mundo no puede aportar igual fuerza de resistencia á la lucha, el mismo grado de energía para combatir las instituciones actuales: no son del mismo temple todos los temperamentos y todos los caracteres. Las dificultades son tan grandes, la

miseria tan dura, las persecuciones tan múltiples, que comprendemos haya grados en los esfuerzos por la propaganda de lo que es reconocido verdadero y justo. Pero los actos están siempre en razón de la impulsión recibida y de la intensidad de la fé que se tiene en las ideas. Es probable que á menudo os detengáis por consideraciones de familia, de amistad, para conservar el pan cotidiano; pero cualquiera que sea la fuerza de estas consideraciones, si uno no es un cualquier cosa, jamás llegarán á haceros digerir todas las infamias que se desarrollan antes vuestros ojos: llega un momento en que uno manda al diablo todas las consideraciones para recordar que es hombre, que ha soñado algo mejor que lo que nos hacen sufrir.

Los que no se sienten capaces de hacer ningún sacrificio por las ideas que pretenden profesar, es que no creen en ellas; se engalanan con tal nombre solo por ostentación, porque en un momento dado puede ser de buen tono, ó porque pretende justificar alguno de sus vicios con la ayuda de sus ideas: guardaos de confiarles nada, porque os engañarán. En cuanto á los que tratan de aprovecharse de las instituciones actuales simulando así ayudar á las modernas ideas, no son más que ambiciosos que enzalzan el porvenir para gozar en paz el presente.

Es, pues, evidentísimo que nuestras ideas no son realizables inmedjatamente; no tenemos in-

conveniente alguno en reconocerlo; pero ellas lo serán por la energía que sabrán desplegar los que las hayan comprendido. Cuanta mayor sea la intensidad de la propaganda, más se acercará la hora de su realización. No es doblegándose ante las instituciones actuales como se las combate, ni reservándonos las ideas para nosotros como las haremos germinar.

Para combatir á las instituciones sociales, para trabajar por el advenimiento de las modernas ideas se necesita, pues, energía; esta energía sólo la convicción puede darla. A los que ya posean esta convicción correspóndeles, pues, trabajar para formar otras.

*
*

No siendo, pues, aplicables las reformas, como creemos haberlo demostrado, sería engañar á sabiendas á los trabajadores encomiarles su eficacia. Por otra parte, sabemos que la fuerza de las cosas llevará infaliblemente á los trabajadores á la revolución: las crisis, los paros, el desarrollo mecánico, las complicaciones políticas, todo concurre á arrojar á los obreros á la calle y les impulsa á sublevarse para afirmar su derecho á la existencia. Luego, puesto que la revolución es inevitable y las reformas son ilusorias, no nos queda más que prepararnos para la lucha; y esto es lo que hacemos al marchar directos á nuestro objeto, dejando á los ambi-

ciosos el cuidado de proporcionarse posiciones y rentas con las miserias que pretenden aliviar.

*
**

Mas, oímos ya una objeción: "Si reconocéis, nos dirán, que vuestras ideas no pueden ponerse en práctica inmediatamente, ¿no es esto predicar la abnegación de la generación presente en provecho de las generaciones futuras, pedirles que luchen por una idea cuya realización inmediata no podéis garantizar.

No predicamos la abnegación; lo que hacemos es no dejarnos engañar por los hechos ni queremos contribuir á ayudar á engañar á los entusiastas. Nosotros tomamos los hechos tales como son, los analizamos y comprobamos esto: una clase que lo detenta todo y no quiere ceder nada; de otra parte, una clase que todo lo produce, que nada posee, y que no tiene otra alternativa que inclinarse cobardemente ante los explotadores, esperando servilmente que les echen un hueso para roer, abdicando su dignidad, su orgullo, todo cuanto revela los caracteres; ó bien rebelarse y exigir imperiosamente lo que se le niega á las genuflexiones. Ciertamente que para los que sólo piensan en su personalidad, para los que á cualquier precio quieren gozar sin importarles por qué medio, nada tiene de agradable esta alternativa. A estos les aconsejamos que se dobleguen ante las exigencias de la actual

sociedad, que traten de hacerse su lugarcito, sin mirar donde ponen los piés y sin miedo de aplastar á los que les estorben en su camino: éstos nada tienen que ver con nosotros.

*
**

Pero á los que creen que no serán verdaderamente libres hasta que su libertad no sea un obstáculo para la de los que son más débiles que ellos; á los que no podrían ser felices sino sabiendo que los goces en que se deleitan no habían costado lágrimas á algunos desheredados, á éstos les decimos que no hay abnegación alguna de parte de nadie en reconocer que hay que luchar para emanciparse.

Hacemos constar el hecho material de que sólo la aplicación de nuestras ideas puede manumitir á la Humanidad: á ella toca ver si quiere manumitirse de un solo golpe completamente, ó si por siempre debe una minoría privilegiada aprovecharse de los progresos que se realizan, á espensas de los que mueren condenados á producir para los demás.

Mas, ¿veremos lucir esta aurora nosotros? ¿Será la generación presente, la que le seguirá, ó más tarde todavía la que contemplará esta aurora? No lo sabemos, ni nos preocupa. Los que tengan bastante energía y corazón para ser libres, serán los que la vean.

XXII

La verdad sin rodeos

Seguramente que el lenguaje usado en el anterior capítulo es contrario á todo lo que se dice en los partidos políticos, donde se les promete montes y maravillas, donde la más infima de las reformas trae un período edénico para los que las han apoyado. Pero nosotros que personalmente nada esperamos de las idolatrías de la masa; nosotros que queremos que sepa conducirse por sí misma, no debemos tratar de ilusionarla. Para dar más fuerza á nuestro pensamiento, más impulso á nuestras acciones, nos es preciso ver claramente el camino, guardarnos de toda ilusión, desembarazarnos de todo prejuicio que nos pueda hacer equivocar la senda.

Nuestras ideas sólo serán aplicables gracias á la energía desplegada en la propaganda y á la difusión que de ellas hagan los que las hayan comprendido. El éxito depende de la fuerza que

nosotros pongamos al servicio de la revolución. Mas, si no empleamos inmediatamente esta fuerza, si no intentamos pasar de sopetón de la teoría á la práctica, es por que reconocemos la existencia de obstáculos. Si nuestras ideas fuesen realizables inmediatamente no tendría excusa el dejar de intentar la solución. Luego, cualesquiera que sean las dificultades, en vez de negarlas, hay que obrar sobre ellas para anularlas.

Además, si nosotros hacemos propaganda, es precisamente para tratar de practicar nuestras ideas, pues si fuesen inmediatamente realizables bastaría la sola fuerza de las cosas para que se efectuara el cambio.

Debemos acostumbrarnos á mirar las cosas friamente, á no obstinarnos en mirar con cristales de aumento el objeto de nuestros deseos, y con la pequeña extremidad de la lente lo que tenemos. Lo único que es buscamos la verdad. Si nos engañamos nosotros mismos, engañaríamos también á los demás y la revolución que se hiciera tendría que recomenzarse.

* *

Generalmente, sólo cuando nuestros contradictores agotan todos los argumentos nos objetan que nuestras ideas son impracticables. Debemos confesar que esta objeción es siempre embarazosa, no por su fondo, sino por la forma,

ya que, en efecto, en la sociedad actual nuestras ideas parecen una utopía. Es muy difícil al individuo que jamás dirigió su mirada más allá de la sociedad actual, llegar á comprender que se podrá vivir sin gobierno, sin leyes, sin jueces, sin policías, sin férula de ninguna clase, sin moneda ni valor representativo, cuando ya es tan difícil entenderse en el estado presente, á pesar de las leyes, reputadas de tener por objeto el facilitar las relaciones.

No podemos contestar á esta objeción con hechos, ya que lo que queremos nosotros no ha pasado del estado de proyecto. Podemos citar las tendencias que lleva la humanidad y los ensayos que en pequeña escala se hacen en esta sociedad; pero ¿qué impresión puede causar esto en el espíritu pesimista de aquellos cuyas aspiraciones no van más allá del mejoramiento de lo mismo que hoy existe?

¿Negar la objeción? Esto sería hacer lo que el avestruz; no por eso dejaría de subsistir la objeción. ¿Contestar con sofismas? Se nos acorralaría en un callejón sin salida, del que no podríamos salir más que con otros sofismas. Con este juego, nada ganan las ideas. Queriendo dilucidar las ideas y estar en condiciones de responder á todas las objeciones, debemos buscar todos los argumentos que se nos pueda oponer y aun suscitarlos, á fin de poder responder con otros mejores. Más, ante todo, debemos tratar de ser

claros y precisos, no espantándonos ante la verdad *verdadera*, ya que ésta es la que buscamos. Afirmamos nosotros que nuestras ideas reposan sobre la verdad, y nos toca demostrarlo buscándola en todo y por todo.

*
*
*

Reconocemos que no es este un lenguaje á propósito para seducir á la multitud, para levantar á las masas; algunos camaradas podrían acusarnos de sembrar la desilusión y el desaliento en nuestras filas, al no ocultar bastante el lado débil de nuestras teorías.

Esos reproches sólo pueden suscitarlos reminiscencias de la educación adquirida en los partidos políticos. ¿Por qué prometer lo que no depende de nosotros el cumplir y, por consiguiente por qué preparar de antemano una reacción que se volvería contra nuestro ideal?

Si fuésemos un partido político deseoso de llegar al poder, podríamos hacer á los individuos un cúmulo de promesas á fin de que nos elevaran al pináculo; pero en la anarquía no sucede así: no podemos prometer, ni pedir, ni dar nada. Y cuando nuestros contradictores nos objetan la imposibilidad de practicar nuestras ideas, después de haberles expuesto los hechos que demuestran las tendencias de la humanidad hacia este ideal, no nos queda más que reanudar la demostración de los abusos que emanan de las actuales insti-

tuciones, la falsedad de las bases en que reposan, la ineficacia de las reformas con ayuda de las cuales se les quiere adormecer y presentarles de nuevo la alternativa en que se hallan: ó sufrir la explotación ó rebelarse; teniendo cuidado de demostrarles que el éxito de la revolución dependerá de la fuerza desplegada en *querer* realizar lo que ellos reconocen bueno. He ahí nuestra tarea; el resto depende de los individuos y no de nosotros.

*
**

Por lo que á nosotros se refiere, no somos partidarios de la propaganda hecha con la ayuda de grandes frases, ampulosas ó sentimentales; incitan á los individuos á esperar una realización inmediata del ideal, lo que no es posible. Llegan éstos á la propaganda ardientes, inflamados, creyendo tocar con el dedo el fin perseguido; y al no alcanzar nada, se descorazonan y, poco á poco, uno tras otro, desaparecen sin que nunca más se sepa de ellos. ¡Cuántos hemos visto llegar á los grupos, desde hace una docena de años, que lo que menos querían era derribar las columnas del Templo, como Sansón! ¿Dónde están ahora?

Nuestro ideal es hacer la tarea menos grandiosa, menos brillante, pero más durable. Lejos de nosotros el limitarnos á atraer los individuos por el sentimiento; preferimos, ante todo, con-

vencerlos por la lógica y por la razón. No queremos tampoco, de ningún modo, limitar á los que su talento consiste en atraerse á los individuos por el sentimiento. A cada uno corresponde su tarea según sus concepciones, su temperamento. Más, en lugar de buscar *creyentes*, queremos hacer *convencidos*. Se necesita que todos los que vengan á la propaganda conozcan las dificultades que les esperan para que estén prestos á combatirlas y no se desanimen ante las primeras dificultades que encuentren al paso. Larga y ardua se presenta ante nuestros ojos; que antes de ceñirse la cintura para la marcha, consúltese la voluntad y los músculos, ya que habrá víctimas que se ensangrentarán en las asperezas, en los recodos del camino y cadáveres que marcarán etapas. Los que no tengan un corazón animoso que se queden atrás; no podrían servir más que de estorbo á la columna.

*
**

Es también una preocupación que goza de gran crédito entre los anarquistas, la de considerar á la masa popular como una pasta maleable que se la puede mover como se quiera y de la que no hay que preocuparse. Esta preocupación proviene del hecho que, habiendo dado un paso más que los demás, se creen una especie de profetas y mucho más inteligentes que el común de los mortales. "Haremos que la masa haga eso, la

arrastraremos hacia de nosotros, etc., etc." Verdaderamente, no hablarían de otro modo los dictadores. Este modo de considerar á la masa popular, lo conservamos de nuestro pasado autoritario.

No es que queramos negar la influencia de las minorías sobre las multitudes; precisamente, porque estamos convencidos de su acción insistentes tanto. Sólo que creemos que, en época revolucionaria, la sola influencia que los anarquistas podrán ejercer sobre la masa será la de la acción: poner en práctica sus ideas, predicar con el ejemplo; sólo así se podrá arrastrar á la multitud. Más, hay que estar convencidísimos de que, á pesar de todo, estos actos no tendrán influencia sobre la masa mientras ésta no está preparada por una propaganda clara y precisa, que haga que ella misma se levante al impulso de las ideas anteriormente recibidas.

••

Entonces, si nosotros sabemos hacer la propaganda de las nuestras, su influencia será la que se deje sentir; sólo á condición de haber sabido dilucidarlas y hacerlas comprensivas tendremos ocasión de tomar parte en la transformación social. Entonces no tendremos que temer el no ser secundados pero sí tendremos que temer los obstáculos aportados por los que se consideren directores.

En tiempo de revolución los precursores siempre son sobrepujados por las multitudes. Esparzamos, pues, nuestras ideas, expliquémoslas, dilucidémoslas, rehagámoslas, si es necesario, no temamos el mirar cara á cara á la verdad. Esta propaganda, lejos de alejar los adherentes á nuestra causa, no puede menos de contribuir á atraer á los sedientos de Justicia y de Libertad!

⇒ FIN ⇒



INDICE

<u>CAPÍTULOS</u>	<u>PÁGINAS</u>
Juan Grave, su vida y sus obras	5
Prefacio.	11
I—La idea anarquista y su desarrollo	17
II—Individualismo—Solidaridad	29
III—Demasiados abstractos	44
IV—¿Es malo el hombre?	55
V—La Propiedad.	65
VI—La Familia.	81
VII—La Autoridad	93
VIII—Magistratura	105
IX—El derecho de castigar y los sabios.	117
X—Influencia del ambiente.	134
XI—La patria.	150
XII—El patriotismo de las clases directoras.	161
XIII—El militarismo	171
XIV—La colonización.	187
XV—No hay razas inferiores.	199
XVI—Por qué somos revolucionarios.	215
XVII—De como los medios emanan de los principios.	229
XVIII—La revolución y anarquía	243
XIX—Eficacia de las reformas	252
XX—¿Y después?	282
XXI—La idea anarquista y su practicibilidad.	292
XXII—La verdad sin rodeos.	300



Libreria Sociológica

CALLE CORRIENTES 2041—Buenos Aires

SE HALLAN EN VENTA LAS SIGUIENTES OBRAS:

Memorandum á los anarquistas de España y Cuba por P. ESTEVE	\$ 0.50
I crimini della polizia nei processi politici di E. CIACCHI, volume illustrato	» 1.20
Lotte Civili, di EDMÜNDO DE AMICIS. Raccolta di bozzetti sociali con illustrazioni artistiche	» 1.50
Dopo la Scommunica, di LEÓN TOLSTOI	» 0.25
Allo Czar! di LEÓN TOLSTOI	» 0.25
El Proletariado Militante, por ANSELMO LORENZO—Un tomo en 8.º de 448 páginas.	» 1.50
El Dolor Universal, por SEBASTIAN FAURE Dos tomos	» 1.30
Palabras de un Rebelde, por PEDRO KROPOTKINE	» 0.65
Las ruinas de Palmira, meditación sobre las Revoluciones, por C. F. VOLNEY	» 0.60
La Conquista del Pan, por PEDRO KROPOTKINE	» 0.65
Evolución y Revolución, por ELISEO RECLUS	» 0.65
Memorias de un Revolucionario, por PEDRO KROPOTKINE, 3 tomos	» 3.00
Conferencias Populares, Sobre Sociología por A. PARAIRE	» 0.60
Lombroso y los Anarquistas, Refutación de RICARDO MELLA	» 0.50
Antroposofía, di B. GIAROLI—Opera eminentemente rivoluzionaria	» 0.80
El hombre libre, de LEÓN TOLSTOI	» 0.60
La Aurora Social, por LEÓN TOLSTOI	» 0.60
Socialismo ó Monopolismo? Confutación delle obiezioni in voga contro il Socialismo—Anarchico, dell' Avvocato SAVERIO MERLINO. Volume di 300 pagine	» 1.30